

SONÁMBULO

ISSN: 2815-6587

REVISTA DE CUENTOS

ESPECIAL CIENCIA FICCIÓN

Carlos Ma. Federici
Álvaro Bonanata
Juan P. Goñi Capurro
Ma. Celeste Medina
Toño Guedes
Analía Romero Martín
Javier Aránguiz Léniz
Thalía Ricardo Castro
Cristian F. Guevara
Daniela Rostkier
Gerardo A. Benavente
José R. Espinosa Silva
Olga Devoto
Marcelo Medone
Susana Maly
Gustavo Zaballa
Ronnie Camacho Barrón
Jorge Etcheverry Arcaya
Luis G. Torres Bustillos
Carlos Enrique Saldívar
Eduardo Honey
Gretchen Kerr Anderson
Daniel Frini
Mónica Marchesky
Leonor Nieto Muñiz
Dhel Nagami
José Luis Ramírez



Diciembre 2024

SONÁMBULO

Publicación de cuentos de habla hispana
sin fines de lucro

BIMENSUAL

Número Especial Ciencia Ficción
Diciembre 2024

Idea y realización: Mónica Marchesky
escritora y coordinadora de talleres literarios
y revistas asociadas a la ciencia ficción

Es una producción de MMEditiones - Uruguay 2024



Las colaboraciones se envían con un breve Curriculum Vitae adjunto a la
siguiente dirección: uruguayos13@gmail.com



Uruguay
Argentina
España
México
Chile
Cuba
Perú
Colombia

Editor responsable
Mónica Marchesky
Montevideo-Uruguay 2024
Edición especial CIENCIA FICCIÓN
uruguayos13@gmail.com
098106594

CONTENIDO

05 FIERA CONTRA FIERA
CARLOS MARÍA FEDERICI

12 MOEBIUS
ÁLVARO BONANATA

15 ABURRIMIENTO MORTAL
JUAN P. GOÑI CAPURRO

19 DESDE EL AGUA
MARÍA CELESTE MEDINA

22 FIN DEL MUNDO
TOÑO GUEDE

23 GHOSTING
ANALÍA ROMERO MARTÍN

25 EL CASO GERMÁN SANTOS
JAVIER ARÁNGUIZ LÉNIZ

32 ACTUALIZACIÓN DE ESTADO
THALÍA RICARDO CASTRO

34 CAMPO DE BATALLA DE LOS DIOSES
CRISTIAN F. GUEVARA HINCAPIÉ

40 EL VIAJE
DANIELA ROSTKIER

46 INVASIÓN X
GERARDO ALVAREZ BENAVENTE

50 RAYAS GRISES
JOSÉ R. ESPINOSSA SILVA

53 EARTH GAME S/G2054
OLGA DEVOTO

55 LA EVOLUCIÓN QUE NO VEMOS
MARCELO MEDONE

58 EL SECRETO
SUSANA MALY

62 3042
GUSTAVO ZABALLA

68 UN PASAJE SIN LÍMITES
RONNIE CAMACHO BARRÓN

71 SUEÑO Y MUNDO PARALELO
JORGE ETCHEVERRY ARCAÑA

74 POSTAPOCALÍPTICO
LUIS G. TORRES BUSTILLOS

77 NO AIR
CARLOS ENRIQUE SALDÍVAR

84 ALGORITMO ORWELL
EDUARDO HONEY

86 DE LA HABANA A PRÓXIMA CENTAURI
GRETCHEN KERR ANDERSON

88 VENGO HASTA USTEDES...
DANIEL FRINI

90 SOTA DE COPAS
MÓNICA MARCHESKY

94 LA PROFESORA HESTER
LEONOR NIETO MUÑOZ

97 LO QUE LE IMPORTA A GAIA
DHEL NAGAMI

100 RATÓN ASTRONAUTA SALVA EL MUNDO
JOSÉ LUIS RAMÍREZ

Fiera contra fiera

C. M. Federici

Este cuento se le había perdido a Sonámbulo, por ese motivo ahora es publicado.

Mi hermana Mylène siempre había sido un enigma para mí. No por su belleza, inalterable a través de los años, sino por sus ocultos sentimientos, que parecían esconder una extraña contradicción, reflejada, de alguna manera, en lo oscuro de sus cabellos y el azul claro de sus ojos.

Y no dejó de serlo la noche en que nuestra apacible vida en aquel valle escondido, alejado de los teatros de la terrible guerra que padecíamos desde hacía más de un lustro, se transformó en un infierno.

Aquel demonio, o fiera encarnada en hombre, irrumpió de súbito en nuestra chata cotidianeidad campesina, la mirada de un frío glacial, las ventanas de la nariz dilatadas como las de un lobo en celo. Y la amenaza letal de una Luger P-8 encañonándonos..., otro ojo gris y negro, portador de sombras y tragedia, de peligro inminente.

Pero el bretón tozudo y rebelde que era mi padre lo impulsó a la resistencia, sin reparar en nada, y en un segundo, con un doble estampido que estremeció todo mi ser, se consumó la catástrofe.

—¡Padre! ¡No! ¡No! —quise gritar, pero mi voz estaba estrangulada.

—¡Mamá! ¡Mamita mía!... —gimió Mylène.

—Se lo buscaron, por no atender razones —la voz del intruso era cortante como un cuchillo, con su acento teutón y su absoluta falta de sentimientos—. Aunque no quería dañar a la vieja. Pero ella se interpuso..., ¡mujer inconsciente!

Entre las lágrimas que me empañaban la vista noté que mi hermana, contra lo que pudiera haberse pensado, mantenía un total dominio de sí. Solo sus dientes estaban muy apretados, lo que se traslucía en un leve abultamiento de las mandíbulas. Yo estaba transido de miedo, lo confieso, pero ver muertos a mis padres por obra de aquella fiera humana fue demasiado, y no logré contenerme:

—¡Maldito “boche”! ¡Los mataste! ¡Mataste a mis padres! ¡Te...!

El caño de la Luger voló hacia mi cara con violencia; un dolor agudo... y la oscuridad se cerró sobre mí, aunque aún pude oír la sofocada voz de Mylène, intentando detenerme:

—¡No, Jean-Lois! ¡Él tiene el arma! —y superponiéndosele, la del alemán:

—¡Silencio!

Cuando volví a ver y sentir, estaba amarrado de pies y manos. Una venda me rodeaba la ca-

beza, y un latido sordo de dolor nublaba mi entendimiento. Me encontraba sentado en el piso, la espalda apoyada en un muro. El hombre-fiera me miraba, con una veta de burla en el hielo de sus ojos, mientras mantenía a mi hermana pegada a sí. Ella respiraba agitadamente, pero no se movió ni pronunció una sílaba.

—Hiciste un buen trabajo atándolo, nena. Ahora que lo aquietamos, tú yo podemos dedicarnos a algo más agradable, ¿no te parece? Vamos a la otra pieza... Conversaremos tú yo, como buenos amigos...

Sentí que la sangre me rebullía en las venas, y forcejeé inútilmente con los nudos, al tiempo que vociferaba:

—¡Suéltala, bastardo! ¡No te atrevas a tocar a mi hermana!

Pero la puerta de la alcoba paterna se cerró detrás de ambos, sin que, impotente, dejara de oír aquella odiosa voz:

—Hace demasiado tiempo que no... charlo con una *fraulein* bonita... ¿Cómo te llamas, ricura? Yo soy Kurt...

Sentí el gusto salobre de mis lágrimas llegando hasta mi boca, y mezclándose con el dejo dulzón de la sangre que brotaba de mi mordido labio inferior... Es inútil que trate de dar una idea de la suprema desesperación que me invadía en aquellos instantes en que era testigo de aquella ignominia, sin posibilidad alguna de impedirlo.

—¡Myléne! ¡Mi pobre hermanita! ¡Te fallé! ¡Les fallé a nuestros padres! ¡No fui capaz de hacer nada por ellos ni por ti! ¡Soy un cojo débil e inútil! ¡Oh, Dios! ¡Quisiera estar muerto!—sollocé.

Mi cojera provenía de una mala caída de un caballo, que me ocurrió cuando niño. El hueso nunca soldó bien, y quedé con ese defecto, que no me impedía desempeñarme razonablemente bien en las funciones de la granja, pero que motivó que me excusaran de ir al frente. Sin embargo, yo aportaba algo a la lucha, manteniendo comunicación en secreto con la *Résistance*; incluso, bien escondidos en la leñera, guardaba algunos pertrechos bélicos para eventuales atentados contra el invasor.

De súbito, un dedo helado me recorrió la columna vertebral. *¿Si este alemán llegaba a descubrir eso...!*

Aquella noche fue para mí una eternidad de horrible tormento, alternando intervalos de un sueño plagado de pesadillas con lapsos de inútiles esfuerzos por liberarme de mis ligaduras. Pude arrastrarme hasta aquella puerta cerrada del cuarto, pero, ¿de qué habría servido? En lo íntimo de mi ser, no quería estar más cerca. No deseaba oír nada de lo que estuviera ocurriendo allí... Habría sido como sufrir mil heridas en el alma.

Todo mi ser era un solo dolor de músculos agarrotados y huesos martirizados por mi forzada postura. Sumido como estaba en aquel légamo moral, mezcla de odio y amargura, aun las necesidades más bastas del cuerpo quedaron relegadas; diría que milagrosamente, no me asaltaron en el curso de tantas horas de martirio.

Creí que la mañana no llegaría nunca... Pero, por supuesto, el sol salió como siempre, indiferente a los conflictos y pasiones de esta triste y desorientada humanidad.

Y ellos también aparecieron... Y los tuve frente a mí... ¡Y estaban asidos de la mano..., con dedos entrelazados!

Retorcí todos mis músculos, en un vano intento por incorporarme, soltando, a la vez, un turbión de improperios y maldiciones. Cuando logré silabear algo coherente, exclamé, con voz deformada por la angustia y la rabia:

—¡Mylène! ¿Estás bien? ¿Te hizo algo ese desgraciado? ¡Si se atrevió a tocarte, juro por Dios que...!

La voz irónica del “boche” se superpuso a la mía, pues me había quedado sin aliento.

—Vamos, nenita... Dile que no soy tan malo. Cuéntale de la... gran noche que pasamos juntos —y la sujetó con un brazo alrededor del talle, forzándola contra su cuerpo.

Me sacudí de un lado al otro; casi me rompí el cuello al agitar la cabeza como un alucinado. ¡No podía aceptar aquello! ¡No podía! Oí, como en un sueño, que Mylène me hablaba:

—Jean-Louis, yo... —y su voz se extinguió lentamente.

Entonces la vi apoyar la cabeza en el pecho de aquella bestia, cubierto solo por una camiseta, y cerrar los ojos, con rostro pálido y contraído:

—Perdóname, hermano... Es que...

La risita sardónica del teutón fue como la mordedura de un alacrán.

—¿Qué puedo hacer si soy irresistible, muchacho? ¡Hay que conformarse!

¡No! ¡No! —rugía en mi interior—. *¡Es imposible! ¡Ella no pudo haber consentido...! ¡Mylène no! ¡Mi hermanita no!*

El infame se me acercó, sin reparar en el fuego de mis ojos y sin prestar oídos a mi resollar de animal herido. Me palmeó el hombro, haciéndome sentir náuseas, pero sin que yo lograra reaccionar de modo alguno, devastado e inerme como estaba. En medio de aquel desvarío de mis sentidos, paradójicamente, no pude sino admitir que el rostro de aquel hombre no carecía de atractivo para una mujer, con su cabello dorado y su firme barbilla. Pero la comisura de sus labios finos se curvaba en un rictus de crueldad, y su mirada... Sin embargo, Mylène había estado sola tanto tiempo...

—No te preocupes por ella, muchachote. Hicimos buenas migas... Ahora nos va a preparar un succulento desayuno, y luego..., luego planearemos juntos nuestro... futuro. ¿Te parece bien?

Siempre como espectador pasivo, aunque hirviendo por dentro, los vi sentarse a la mesa, *¡nuestra mesa!*, con su mantel a cuadros blancos y verdes, y vi a mi hermana Mylène servirle pan, queso y café a aquel monstruo humano. Luego ella puso una taza y un trozo de pan con queso en una bandeja y le preguntó:

—¿Puedo llevarle comida a mi hermano?

—Está bien, ricura francesa. ¡Aliméntalo! —Levantó el índice, jocosamente—. ¡Ah, ah! Sin desatarlo, ¿eh? Dáselo en la boca. Más comodidad, imposible... —y rio de aquella manera odiosa suya.

Fijé la vista en Mylène, por encima del borde de la taza que había acercado a mis labios con mano temblorosa, pero ella rehuyó mis ojos. En cuclillas, a mi lado, susurró apenas:

—¿Podrás entenderlo, hermano? ¡No pude evitarlo! Yo...

Pero ya el bestial alemán estaba junto a nosotros, hablándole con su tono a la vez risueño e imperioso:

—Espero que seas tan buena anfitriona como cocinera, belleza. Porque muy pronto vamos a recibir a esos amigos de que te hablé anoche. ¿Recuerdas? Y los agasajaremos con tu exquisita comida francesa. ¡Ja-ja! ¡Estarán hartos de comer hierba en el bosque!

Lo que ocurrió esa noche, solo puedo imaginarlo. Pero debió de ser algo como esto...

En lo profundo de la floresta se refugiaban varios otros oficiales fugitivos, huyendo de las tropas aliadas, que desde el día de la invasión en Normadía, y tras los desastres sufridos por Alemania en el frente oriental, tenazmente defendido por los soviéticos, estaban cazándolos como a ratones. Solo que estos no eran roedores, sino bestias feroces..., y su ferocidad crecía al verse acorralados.

—¡Ya tenemos alojamiento, colegas! —les habrá dicho, en tono triunfal—. Será más seguro que seguir en el bosque, ahora que los yanquis están batiendo las zonas aledañas... ¡Y comerán mejor, se lo puedo asegurar, compañeros! ¡Mucho mejor! ¿Acaso no les gusta la comida francesa?

Fui testigo, en cambio, de su llegada. ¡Nunca me había acometido una furia igual! Y sin poder manifestarla de modo alguno... Solo apreté los dientes hasta que rechinaron. Teníamos delante a la hez de la humanidad..., la “flor y nata” del sadismo nazi: diez oficiales de la *Schutzstaffel*, veteranos de los obscenos campos de concentración, artífices de la degradación y la tortura. Oí la voz hiriente de Kurt, dirigiéndose a mi hermana:

—Querida mía, tengo el placer de presentarte a estos colegas y camaradas de armas, que serán nuestros huéspedes por algún tiempo... Sí, ya sé que se han dicho muchas cosas malas de ellos, pero, créeme, ¡son infundios! Ni ellos ni yo hicimos otra cosa en esta guerra que cumplir las órdenes de nuestro bien amado Führer... ¡Y por eso se nos persigue y se nos acosa como a... verdaderos criminales! ¡Qué injusticia!

¡Cerdos! ¡Asesinos inmundos! —aullaba silenciosamente—. *¡Si tan solo pudiera...!*

Pero no podía. Imposible librarme de las cuerdas. ¡La condenada Mylène me había amarrado bien! Y aun cuando, por milagro, hubiese logrado desatarme, ¿qué haría yo solo contra ellos, sin armas, sin demasiada fuerza..., con mi pierna coja?

Tuve que presenciar, aunque habría preferido arrancarme los ojos a tener que verlo, cómo mi hermana le servía de comer a aquellos puercos..., incluso les sonreía al llenarle los vasos con el vino hecho por mi padre..., ¡mi padre, que ahora estaría enterrado junto con mi madre en algún lugar cercano!... ¿Sería posible que ella se hubiese puesto de parte de esa caterva de criminales? La voz satisfecha de Kurt me hirió los oídos:

—¡Disfruten, colegas! ¡Se van a chupar los dedos!... Pero, ¡cuidado! ¡Solo la comida es colectiva! ¡Ja-ja! ¡La cocinera tiene dueño, eh!

No pude soportarlo más. Como no se me ocurrió otra cosa, empecé a gritar como desaforado que necesitaba ir al baño. Grité y grité, expresándome en los términos más crudos, hasta que me hicieron caso.

—Está bien —concedió Kurt. Y dirigiéndose a Mylène—: Anda, llévalo... O nos va a arruinar la cena con sus... expansiones gástricas. ¡Atención! ¡Prohibido desatarlo! Ayúdalo como puedas, pero que no se desate.

Mis humillaciones parecían no tener límite. Ella me llevó, casi arrastrando, con las piernas y las manos atadas, hasta el retrete. Luego me ayudó a soltarme el cinto y bajarme los pantalones.

Entonces la sujeté por un brazo, mirándola a los ojos.

—¡Mylène! ¿Qué estás haciendo? ¿Les das de comer a esos desgraciados, a esas bestias asesinas? ¿No puedo concebir que te hayas convertido en una traidora! Pero, ¿qué te hizo ese canalla? ¿Cómo es posible que te hayas entregado...?

Pero ella ya salía, cerrando la puerta tras sí, sin decir una sola palabra. Y no me había aflojado las cuerdas, contrariamente a lo que yo, en una última esperanza de su redención, había supuesto que lo haría.

Los oí desde el retrete, rato más tarde. Mi hermana los estaba llevando al cobertizo. Sin duda en previsión de que alguna batida de las tropas aliadas pudiera llegar a nuestra cabaña. Me sentí helado de pánico. ¡El *cobertizo*! ¡Donde estaba mi escondite!

—¡Dios misericordioso! ¡Lo descubrirán! ¡Estamos perdidos!

Sin embargo, no parecía haber sucedido nada cuando, momentos después, vino ella a buscarme. Siempre en silencio, me asistió en lo más sórdido y vergonzante, y pronto estuve de nuevo ante mi diabólico enemigo.

—¡Vaya, vaya que es una joya mi noviecita! —rio sarcásticamente—. ¡Apta para toda tarea! —La atrajo hacia sí por un brazo y la sentó en sus rodillas—. ¿Sabes que me sorprendiste, preciosa? —le dijo—. ¡Me ayudaste muy bien en lo de enterrar a tus viejos! ¡Me gané la lotería al conocerla, lindura! Seguramente también sabrás distraer a cualquier... curioso que se asome por estos lares, ¿verdad que sí?

Me obligué a cerrar los ojos para no ver lo que siguió. Ella se inclinó sobre él, mordiéndole suavemente una oreja... Y no quise saber más. Pero la oí susurrarle:

—¡Claro! Sabes que soy buena en eso, ¿no?

Después volvieron a encerrarse en la alcoba. Transcurrieron algunas horas... Entre tanto, mis forcejeos habían dado algún resultado. ¡Los nudos se aflojaban!

—Un poco más y...

Lo logré al fin. ¡Estaba libre! Me froté las muñecas y los tobillos y traté de ponerme en pie. En un tris estuve de caer redondo, porque una de mis piernas, la sana, estaba dormida, pero logré evitarlo. ¡No había que hacer el más mínimo rumor!

—¡Ahora es mi turno, maldito! —mascullé, entre dientes apretados.

Silencioso como una cobra reptando hacia su presa, fui hasta la cocina y me apoderé de una cuchilla de cortar carne. En puntas de pie, sin zapatos, avancé... muy lentamente... hacia el dormitorio. El sonido del aire que escapaba de mis pulmones me parecía el de un huracán, pero estaba seguro de que no se iba a oír desde adentro.

Tomando infinitas precauciones, entreabrí la puerta. Reinaba una completa oscuridad. Afiné los oídos. Sí..., aquello era el rumor acompasado de la respiración de un hombre dormido. ¡Era el momento! ¡Les haría pagar a ambos! ¡Los mandaría juntos a asarse en el infierno!

Levanté la cuchilla, dispuesto a descargarla con todas mis fuerzas.

Sonó de súbito un disparo, y fue la noche negra para mí. Por entre la bruma de mi desvanecimiento oí, como en un delirio, la voz de Mylène, apagándose paulatinamente:

—Lo siento mucho, hermano. ¡Pero no puedo permitírtelo!

Volví en mí sentado en una silla, bien atado otra vez. Un dolor agudo y pulsante en el brazo izquierdo terminó de espabalarme. Noté que estaba vendado.

En el rincón opuesto de la habitación, Kurt abrazaba juguetonamente a mi hermana.

—¡Otra vez me sorprendiste, monada mía! No te creí capaz de tanto, ¿sabes?

—Es que no pude dejar que te lastimasen, Kurt. Pero apenas si lo herí... No me perdonaría nunca si lo hubiese matado. Después de todo, es mi hermano.

¡Perra maldita! ¡Mejor habría sido que terminases conmigo! Mi propia hermana, sangre de mi sangre, ¡volviéndose en mi contra! ¡No eres más que una...!

El perro nazi la soltó y caminó hacia la puerta.

—Voy a tranquilizar a los muchachos... Deben de haber oído el tiro. Me quedaré con ellos un rato. ¿No me extrañarás mucho, verdad? —y le dio un blando bofetón.

Cuando estuvimos solos, Mylène se volvió hacia mí:

—Bueno, ya todo está en calma. Supongo que se quedará con ellos el resto de la noche. En fin, Jean-Louis, ahora somos tú y yo.

Casi rompí la silla al pretender erguirme para vociferarle:

—¿Estás satisfecha, cochina traidora? ¡Traicionaste a tu país y a tu familia! ¡Los cuerpos muertos de nuestros padres claman venganza a través de la tierra! ¡Ah! ¡Si estuviera suelto te mataría con las manos desnudas, desvergonzada!

Ella parecía absorta en sus pensamientos; no dio muestras de oírme.

—Él estará contento. Se ha reunido con los suyos otra vez... Hasta tenían sus uniformes puestos, con las suásticas y todo... Creo que le he servido bien.

No pude contenerme. Me brotaban lágrimas de rabia, y la herida comenzó a sangrarme debido a mis esfuerzos, pero no me importó. ¡Mi hermana tenía que saber lo que pensaba yo de ella!

—¡Perra descastada! ¡Te regodeas en tu vileza! —la indignación ponía palabras desacostumbradas en mi boca campesina—. ¡Apuesto a que les descubriste mi escondite! ¡Ya sabrán que hay explosivos ocultos en ese cobertizo!

Entonces la vi aproximarse, con el ceño fruncido sobre sus ojos claros. Y la cuchilla sostenida con firmeza entre sus dedos delicados.

—¡Ah! ¡Ahora vas a completar la infamia! Terminarás también conmigo, ¿eh?

—Tranquilo, hermano.

Y, ante mi estupor, cortó mis ligaduras.

Luego, con paso deliberado, fue hasta un pequeño armario y sacó algo de él. Era una especie de caja oblonga, con un saliente en forma de “T” en la parte superior. Claro está que yo no ignoraba su función. Pero verla ahora en manos de ella...

—Ahora van a enterarse de tu secreto, hermano... *¿Por qué tomárselas con uno solo de ellos* —dijo calmamente—, *cuando podemos terminar con once de una sola vez?*

Y presionó hacia abajo aquella “T”, y hubo un estruendo afuera, en el cobertizo, y otro paralelo en mi mente.

Por fin había comprendido todo.

Sí, mi hermana Mylène había sido siempre un enigma para mí.

Cuento: **“Fiera contra fiera”**

Carlos María Federici

Nació en Montevideo el 3 de diciembre de 1941. Escritor, guinista y dibujante. Se destaca en ciencia ficción, policial y terror. Se lo considera uno de los pioneros de la ciencia ficción y el relato policial en Uruguay.

Moebius

Álvaro Bonanata

La nave espacial Moebius, con su silueta plateada y fosforescente, se deslizaba plácidamente por el espacio, sumergida como un viejo submarino del siglo veinte en la trayectoria parabólica que la llevaba a Europa. De su cola salía una estela helicoidal verde azulada, desechos del motor de antimateria que la impulsaba. Eran las 14 horas 23 minutos, hora espacial universal, del 7 de abril del año 2116. Estaba promediando su vigésimo cuarto viaje comercial regular sin incidentes. Llevaba en su interior veintidós personas, nueve hombres y trece mujeres. La mitad eran presidiarios que iban a la cárcel de máxima seguridad, dos eran guardias, cuatro pertenecían a un equipo científico y el resto componía la tripulación. Transportaba suministros médicos y tecnológicos a las colonias humanas de Europa.

Carlos Midaglia era la única persona en estado de vigilia, el resto estaba en hibernación. Cómodamente ubicado en el puente de mando, se deleitaba observando el espacio, las constelaciones levemente deformadas a las que se ven en la tierra, al tiempo que escuchaba la Pequeña Serenata Nocturna de Mozart. Dominando un extremo de la cúpula, se ubicaba la gran esfera de Júpiter y su nítida mancha roja, su diámetro era seis veces superior al del pequeño, pálido y lejano sol. Alineados se veían sus satélites: Europa, Ganímedes e Ío de un lado, Calisto del otro.

Carlos había nacido y vivía en Montevideo, sede de la empresa de transportes dueña de la nave Moebius. Tenía su casa en un tranquilo y moderno barrio marítimo, vecino al Centro Comercial Graf Spee, a diecisiete kilómetros al sur de Punta Carretas y a doscientos metros de una estación del subterráneo que unía Montevideo con la Isla de Flores. Su casa era ideal para criar una familia y hacer asados domingueros con amigos.

Estaba trabajando en la comprobación de todos los sistemas de la nave, en especial en los relacionados con la atención de los signos vitales de los seres humanos. En breves instantes se iba a dedicar a su pasatiempo favorito: la vida y las costumbres antiguas, en especial las del siglo veinte. En sus burbujas de memoria llevaba una gran biblioteca llena de textos, imágenes, sonidos y reconstrucciones holográficas del Montevideo antiguo.

La música se cortó. Un destello dorado se produjo en el centro de la sala. La iluminación se atenuó. La cúpula se oscureció. Tres figuras humanas tridimensionales se incorporaron: una mujer y dos niños.

—Hola, mi amor —dijo la mujer—. Acá nos ves. Estoy por acostar a los niños. Martín se sacó un sote en la escuela. Saluden a papito.

—Hola papá. ¿Viste? La maestra me puso un sote. Por un trabajo sobre el sistema solar —dijo Martín.

—Nacho, hablale a papá —la madre le hablaba al hijo menor, de cuatro años.

—¿Dónde está? No lo veo —preguntó Nacho.

—Está de viaje a Júpiter, tenés que hablarle a la tele cámara.

—¿Allí está papá?

—Sí, habla rápido que tenemos poco tiempo.

—Hola papito. Hoy vino mi amigo Andrés a tomar la leche, después que vinimos del jardín. Mamá nos hizo galletitas.

—Mañana hablamos de vuelta, chau.

Las tres figuras saludaron con la mano y, en un destello, se apagaron. La luz de la sala se normalizó. Júpiter y sus satélites volvieron a dominar el cielo. Se percibía con nitidez la red de venas y vasos capilares de Europa, y la actividad volcánica y los lagos de azufre líquido de Ío.

Carlos ordenó el funcionamiento de la tele cámara.

—Marta: recién recibí tu mensaje. Me da gusto escucharte. Yo también te extraño. Martín, te felicito por el sote. Cuando vuelva te voy a llevar un regalo especial de Ganímedes, un diamante negro fosforescente. Nachito: ¿cómo te va con el fútbol? ¿Te estás adaptando? Mandale un beso de mi parte a Andrés. Familia. Miren esta imagen. Este es el cielo que estoy viendo desde mi nave. ¿Vieron que chiquito está el sol? Miren a Júpiter. En dos meses llego. Estaremos una semana y volvemos enseguida. Bueno... Tengo que cortar. No se olviden que los quiero.

Antes de practicar su rutina diaria de ejercicio. Piensa trabajar en su proyecto de investigación, la recreación holográfica de uno de los trabajos de su tatarabuelo en el café Bacacay.

Las crónicas de fines de los 90 del siglo veinte y de la primera década del veintiuno, hablaban del Grupo Fantástico de Montevideo, un grupo de escritores que se reunían en el café Bacacay los jueves de tarde a leer y comentar sus trabajos fantásticos y de ciencia ficción. Entre ellos figuraba Roque Midaglia Castro, el abuelo del abuelo de Carlos.

En el programa de simulación holográfica estaban cargados los datos de todos los escritores, planos, fotos y videos del café Bacacay y una filmación artesanal con la cámara de un teléfono celular de época de la lectura de un cuento de Roque.

Emocionado, Carlos dio la orden de inicio de la reconstrucción.

La puerta de vaivén del café se abre, dando paso a un hombre alto, flaco, de barba negra y pelo largo canoso, con una carpeta en la mano. A través de los ventanales que dan a la calle, se adivina el bullicio, la secuencia interminable de autos, ómnibus y taxis, y personas que caminan en uno y otro sentido. El interior, revestido de madera oscura, está en silencio.

Con paso decidido camina rumbo a un grupo de mesas. Siete personas que, al reconocerlo, han dejado de hablar. Hay cinco hombres y dos mujeres. Algunos toman café.

—Hola gente. ¿Alguna cosa interesante?

—Hola Roque —contestan al unísono.

—Estábamos esperándote. Le conté al grupo que ibas a traer un trabajo nuevo —dice un hombre sesentón de pelo blanco peinado hacia atrás.

—Ustedes saben que a mí siempre me fascinó la cinta de Moebius. Es un objeto con una sola cara y una sola arista. Siempre me ha resultado increíble. Tiene la propiedad matemática de ser un objeto no orientable.

Saca de la carpeta un conjunto de hojas y se pone los lentes de cerca.

—¿Están prontos? Empiezo.

La nave espacial Moebius, con su silueta plateada y fosforescente, se deslizaba plácidamente por el espacio, sumergida como un viejo submarino del siglo veinte en la trayectoria parabólica que la llevaba a Europa. De su cola salía una estela helicoidal verde azulada, desechos del motor de antimateria que la impulsaba. Eran las 14 horas 23 minutos, hora espacial universal, del 7 de abril del año 2116. Estaba promediando su vigésimo cuarto viaje comercial regular sin incidentes. Llevaba en su interior veintidós personas, nueve hombres y trece mujeres...

Cuento: "Moebius"

Álvaro Bonanata

Nació en Montevideo el 23 de marzo de 1962. Escritor fantástico y policial. Dramaturgo. Participa desde 2013 a la fecha en Ruido Blanco, Antología de Ciencia Ficción uruguaya. Ha publicado libro de cuentos fantásticos: "El ojo de la iguana" (2022). "Fantasmas de Montevideo" (2024)

Aburrimiento mortal

Juan Pablo Goñi Capurro

Los atardeceres de Marte no le parecían gran cosa tras cinco años de permanencia en el planeta. La fascinación de lo nuevo tenía un lapso de caducidad acotado; observar la caída del sol detrás de una superficie vidriada no ayudaba a generar una experiencia similar a las vividas en la tierra. Ni siquiera las raras nubes azules y amarillas lo conmovían. Faltaban los árboles, el río resonando calmo, la brisa que anunciaba el refresco en los agobiantes días de verano. Veinticinco horas duraba el día; un cambio poco perceptible, esa hora de más. Se le dio por calcular; mil quinientas horas hacían sesenta y dos días. ¿Cómo contabilizar esa diferencia?, ¿era dos meses más viejo? La convocatoria lo sacó de las abstracciones; misión urgente. Un año y estás afuera, Barry, se dijo para animarse.

Con la apatía que lo caracterizaba en los últimos tiempos, a paso cansino Barry se sumó a la dotación de guardia reunida en el vestuario. Poca gracia le causaba colocarse el traje y montar en el deslizador para exponerse al viento incesante. Urgente era un calificativo ya sin sentido para el personal experimentado. Una pérdida en las tuberías, nueve de cada diez salidas; un desperfecto en las coberturas externas era la otra chance. Las colocaciones de explosivos para derretir el agua de los casquetes estaban programadas; su pesadilla favorita era que se pasaban de cargas y fundían por completo las masas de hielo anegando el planeta, base y colonias incluidas.

Martina y Deborah tenían los trajes colocados y los cascos en la mano. Las mujeres preferían vestirse rápido; Tom y Albert eran muy babosos, no querían estar ante ellos en ropa interior. Barry escogía ser el último para no verlos a ellos en slips, los músculos de Albert lo enloquecían. Esta vez no tardó lo suficiente, lo encontró estirando; como un pavo real, mostraba las plumas para seducir. No a él, sino a ellas. Tom, acomplejado por su delgadez, era rápido para cubrirse. El sexo en la base era complejo para los heterosexuales; para un gay, la única chance era la masturbación.

Coppeland entró con el rostro preocupado. Albert dejó de hacerse el interesante y comenzó a ponerse el traje. Barry tomó el suyo del *locker*. Con tranquilidad, se sentó a desanudar las zapatillas. El teniente se guardó las ganas de decirle algo por la tardanza; nadie era sancionado a menos que cometiera una falta grave, resultaba oneroso llevarlos de nuevo a la tierra y traer gente de allí para reemplazarlos.

—Se reporta actividad inusual en los géiseres del polo sur. Necesitamos chequeo inmediato.

Mínimo: catorce horas de misión. Comerían basura enlatada proteica. Barry masculló. Martina fue la única en adoptar una pose de alerta. Entendible, llevaba apenas cuatro meses en Marte,

tal vez no había ido siquiera a todos los extremos del planeta. Barry maldijo, disponían de módulos robots en cantidad y los enviaban a ellos a tomar unas fotos de mierda. Su malhumor creció; los colegas acabaron de vestirse, las chicas estaban en la escotilla, los cascos colocados como si pensarían ir a pie hasta el polo sur.

—Éxitos —señaló Coppeland, y desapareció de la vista.

Último en subir al módulo, Barry se ubicó en el fondo del compartimiento. Doce asientos; Albert al mando, Martina de copiloto. En la primera fila, Deborah y Tom estaban a cada lado del pasillo —decisión de ella, seguro—. Quedaron dos filas libres entre ellos y el último en ascender. Hacía meses que habían dejado de invitarlo a que se acercara. Barry se había convertido en un ermitaño, pese a hallarse rodeado de gente en la base. Vaya a saber qué pensaba cuando se alistó por seis años; ciertamente, no en lo que halló. Si se lo preguntaran, ni él sabría la respuesta. Por lo pronto, se limitaba a cumplir el mínimo posible de tareas y a vagar por las instalaciones en el tiempo libre.

El alarde físico de Albert contrastaba con su forma de conducir. Lenta, cautelosa. Martina, a su lado, hacía que demorara más todavía; el piloto aprovechaba para comentarle lo que veía y a darle clases sobre la aparatología con que contaba la nave. Barry, rabioso, se preguntó si la otra entendería que se la quería levantar o de verdad creía que precisaba una clase. Allá ellos, se dedicó a controlar el oxígeno y los tubos del traje. El paisaje no lo preocupó; había viento, suficiente información.

La exclamación de Martina hizo que todos se acercaran a las ventanillas. Hasta Barry admitió que el fenómeno era extraño; las explosiones de chorros oscuros con el sol amarillo del fondo superaban la altura habitual. Parecía petróleo más que agua; brotaba de las profundidades, mezclado con el polvo de la superficie marciana. Albert pidió instrucciones a la base, en tanto Tom y Deborah registraban con el equipo de mano la incidencia. Posar el deslizador sobre el hielo era riesgoso; ¿qué iban a hacer?, ¿tocar el agua, para ver si estaba caliente? Superada la primera impresión, Barry volvió a quejarse por la inutilidad del viaje. A sus espaldas estaban las provisiones; agua potable y las malditas barritas calóricas. Lo único positivo de las colonias, a sus ojos, era proveer a la base de alimentos frescos; un despilfarro montar un artificio semejante en el planeta rojo, lo hubieran hecho en la luna y era lo mismo.

Albert recibió la peor de las instrucciones. Les ordenaron descender y comprobar los efectos que causaban las explosiones sobre las capas de hielo. En el polo sur no había tuberías por la actividad de los gases de dióxido de carbono bajo la capa helada; no tenía sentido tenerlas cerradas durante la primavera y el verano cuando en el norte no había inconvenientes para su funcionamiento durante todo el año. Barry lo lamentó, las tuberías eran ideales para mantenerse detrás y pasar el rato ociando, protegido de los vientos. Refunfuñando, imitó al resto. Se puso el casco, conectó los tubos y se sujetó al asiento.

El deslizador descendió. Patinó, luego se sacudió por más de un minuto, hasta que Albert pudo controlarlo. Hubiera preferido a Tom en el comando; viajaba a máxima velocidad para impactar a las damas del pasaje, pero a la hora de los descensos complicados era más firme. Deborah, cómo él, prefería dejar el manejo en manos de cualquier de los dos antes que hacerse cargo; Barry sospechó que Martina no sería así cuando considerara terminado su período de novata, pronto pediría estar al comando. Fue la primera en abandonar el deslizador, ansiosa y fascinada. No se

privó de efectuar aclamaciones; les llegaron a todos por los intercomunicadores.

Barry se sumó al equipo dispuesto en fila, a unos cien metros del chorro más cercano. Notó en todos los ojos signos de interés. Tom y Deborah sostenían los equipos portátiles de registro. Albert dispuso las divisiones; los cinco poseían idénticas jerarquías, pero existía consenso en que, quien conducía el deslizador, quedaba también a cargo de la misión. Martina salió disparada hacia la ubicación designada; patinó y cayó de bruces. Novata, susurró Barry; Deborah lo oyó, se volvió y le dirigió una amonestación. Los muchachos alzaron a la joven abochornada. Con el viento y el piso poco confiable sumados al peso del equipo, el andar se volvía trabajoso y lento, como se registra en una cámara superlenta.

Apartado, Barry se aproximó a uno de los chorros. Sobre el hielo no observó resquebrajamientos. Miró al resto. Sus compañeros estaban inclinados o hincados; funcionaban los registros portátiles, vio las luces rojas de encendido. Volvió a dedicarse a su objetivo; ¿qué podía informar del hielo?, ¿qué estaba frío? Tendrían que darles esas misiones a los científicos. Convocado como piloto y guardia, estaba harto de cumplir funciones técnicas o propias de investigadores, como era el caso. ¿Iban a disparar a los géiseres? Ni siquiera, no traían consigo las armas, ya no las cargaban en las misiones.

Aburrido, vagó por la superficie del casquete, inmune a los encantos de un paisaje soberbio. Se puso a contar los géiseres activos, como para hacer algo. Pasó los veinte y desistió, se le mezclaban los que faltaban enumerar con los ya contados; los satélites serían más precisos que él. Protestó contra el viento, era increíble que lo sintiera pese a la frondosidad del traje, parecía que fuera a romper el visor del casco. Se puso contra la corriente, perdió contacto visual con los demás. Los intercambios de información lo aburrieron, que si aquel chorro era más alto, que si por acá no hay rupturas; cada tanto, intervenían otras voces desde la base, pedían constataciones que a Barry le sonaban estúpidas.

Ensimismado, Barry tardó en reparar en el silencio. Otra vez la magnetización interrumpía los sistemas; se alegró, excusas para no hacer aportes. De espaldas, calculó la altura en que había quedado el deslizador; empezó a caminar con disimulo hacia él, de espaldas. Recién se volvió cuando estimó que se encontraba a diez metros del vehículo. No vio a los demás cuando giró. Los maldijo por no avisarle que la misión había culminado. Lo hizo en voz alta, sin temor por los oídos de sus superiores. Su equipo no estaba conectado a la base; Albert y Martina, como pilotos, eran los que recibían las comunicaciones. Los demás las oían, pero desde la estación no podían escucharlos a ellos.

Caminó con decisión y montó en el deslizador. El interior estaba vacío. Miró otra vez al exterior. ¿Qué había sucedido? Se quitó el casco e intentó activar el sistema de la nave; no lo consiguió, estaba muerto. Volvió al hielo, fue hacia donde los viera antes. No detectó pozos donde hubieran podido caerse. Llamó, ninguno respondió. El hielo le pareció más cristalino, algo corría a medio metro de profundidad, un arroyuelo subterráneo. Trató de calmarse, enviarían un equipo de rescate ante la ausencia de respuestas, seguro que ya estaba en camino. Decidió volver al reparo, los aguardaría encerrado en el deslizador.

Bebió y comió las insípidas barras, angustiado. Los chorros negros le parecieron más altos. Probó por décima vez el encendido del aparato; el sistema no funcionaba. Los compañeros no aparecían. La nave empezó a sacudirse. Se sentó como piloto. La nave se bamboleó. Pronto volvió

a patinar, cada vez más rápido. Barry se desmayó.

En el laboratorio de la base, un científico chino sonrió ante las imágenes.

—Les dije que iba a ser el último en morir, vayan pagando las apuestas.

Sus tres colegas aceptaron la derrota, especulaban con recuperarse en las nuevas crisis a crear. El aburrimiento los estaba matando, era indispensable generarse diversiones para mantener la salud mental. El chino se encargó de restablecer las comunicaciones con el deslizador hundido.

Cuento: **"Aburrimiento mortal"**

Juan Pablo Goñi Capurro

Escritor, actor y dramaturgo argentino. Publicó *La puerta de sierras Bayas*, *Alejandra*, *Amores*, *utopías y turbulencias*, *Soltando la mano*, *Mercancía sin retorno*, y otros. Fue seleccionado para participar en numerosos festivales internacionales de teatro latinoamericanos.

Desde el agua

María Celeste Medina

La gran familia se reunía alrededor de la lumbre de un brasero a carbón sobre el que se colocaba una olla de hierro. El agua del guiso hervía y con el olor se les hacía agua la boca, sobre todo a los más pequeños de los ocho hermanos, Ulises de cuatro años y Sabrina de tres.

Los dos mayores habían partido hacía cuatro años a la ciudad. Josefina, de dieciocho, vivía en la casa de una tía y había logrado ingresar a la Universidad. Costeaba su estadía con trabajos de doméstica y de niñera. Juan José cursaba tercer año de medicina.

Fueron de a uno a un pequeño cuartucho donde había una palangana esmaltada sobre un cajón de madera, una canilla con mucha presión de agua, un wáter astillado y pegado con cemento y un balde de lata colgado de un gancho en el techo que servía de ducha. Se lavaron minuciosamente las manos, enjuagándolas abundantemente y secándolas al aire con rápidos movimientos.

Luego de cenar, Isabela, de doce, Mario, de diez, Jeremías de nueve y Marcelo de siete se reunieron alrededor de una mesa larga y rectangular, construida de madera rústica y cubierta con un mantel de hule, de colores desvaídos por muchos lavados. Sabrina se acurrucó sobre el regazo de Sandra, la madre y Ulises corrió a sentarse en las piernas de Martín, el padre.

Entre risas y empujones se aplicaron a las tareas: del liceo, Isabela y de la escuela los demás.

El pequeño televisor permanecía apagado. En días de calor, no era costumbre encenderlo de tarde. Todos jugaban afuera.

La luz era escasa, proporcionada por una sola bombilla colgando al centro de la habitación que albergaba la cocina, el estar y el comedor, todo en uno, con una mesa contra una de las paredes como mesada y otra al centro, seis sillas y dos bancos de madera.

Afuera la noche era muy oscura, el calor pesado anunciaba tormenta y las dos ventanas abiertas eran dos bocas mirando al firmamento vacío de estrellas.

El terreno era amplio en ese caserío casi rural, partido en dos por una carretera poco transitada y a pocos kilómetros de la ciudad. El fondo estaba poblado de árboles, eucaliptus la mayoría y hacían oír el roce de sus hojas con el viento. Los naranjos y limoneros permanecían casi quietos. El viento abrazaba sólo las copas de los árboles altos.

En medio de un silencio de toda la familia, una luz intensa, de rayos amplios, entró completa por la ventana que daba a la carretera.

Por unos segundos, todos quedaron inmóviles, sorprendidos por la luminosidad, pero enseguida rompieron en risas. Seguramente algún automóvil estaría dando vuelta en U en medio de la ruta.

Hubo otras luces, pero estaban acostumbrados. La carretera era parte de la rutina.

Martín era casi analfabeto. Desde joven hacía trabajos de albañilería y Sandra limpiaba casas y hacía empanadas para vender. Apenas había terminado la escuela pero era muy ingeniosa y de buena memoria. Su marido estaba seguro de que sus hijos habían heredado su inteligencia.

Los hijos mayores habían partido con la promesa de no regresar al viejo terruño. Quería que se desprendieran, como de un abrigo agujereado, de la miseria de aquella casa.

Mañana será otro día, domingo, pensó Martín y los invitaría a la pequeña playa, ya comenzaban los calores.

Al costado de la casa se desplegaba una extensión de campo desocupado y con pastos altos hasta el límite marcado por el monte bajo, cinta ondulante al lado de un arroyo de aguas claras y arenas limpias. El sendero era un trillo de la familia hacia la playa, ahondado apenas por el tránsito de otros pocos vecinos.

A la orilla del monte, había una cachimba. La familia recogía de allí el agua para beber y cocinar. Confiaban en sus propiedades saludables. La procedencia subterránea de los manantiales era una dádiva extraordinaria de la naturaleza. Esa agua se ponía en contacto con la roca, diluía parte de sus componentes y los incorporaba a su composición. Recorría también una parte de suelo, ecosistema complejo que también albergaba seres vivos. El resultado: un sabor particular, una frescura precisa, una integración de energías de diversa procedencia.

Regresaban del arroyo después de chapuzones, saltos y carreras en el agua y la arena. Habían comido pan casero y bebido del agua de la cachimba recogida en botellas.

Casi se hacía la noche y los Montero, vecinos cercanos que también habían pasado la tarde un poco alejados de ellos pero en igual plan de baños, se les acercaron e intercambiaron saludos. Eran tres los hijos de los Montero que venían con ellos.

Martín preguntó por los hijos mayores. Hacía años que habían emigrado del pueblo. Cruzaban el alambrado y Martín sostenía los hilos para permitir el paso de Sandra. Giró apenas para levantar el alambre y quedó inmóvil mirando hacia el monte.

Contra la oscuridad que cubría los árboles contrastaba, justo encima de la cachimba, un fino halo de luz. Martín agudizó la mirada. Debió observar fijamente el fenómeno para convencerse de su veracidad. Se dijo que sería el agua evaporada el origen del brillo, pues el monte estaba más oscuro que la extensión del campo abierto.

Era algo parecido a un humo que ascendía en volutas circulares, desde el borde de la cachimba hacia la copa de los árboles.

Calló sus impresiones y esa noche, mientras tomaba unos mates en el lado de afuera de la puerta, esperando la cena, se puso a pensar pensamientos que de novedosos le hubieran causado risa en otro momento. Y de a poco, entre sorbo y sorbo, como si fuera sacando de la bombilla sus conclusiones, dio en atar cabos donde tal vez no hubiera nada que relacionar.

Los hijos mayores de los Montero estaban en Australia, desempeñándose como ingenieros, la familia Martínez, vecinos del otro lado de la carretera, quienes habían frecuentado el arroyo y be-

bido alguna vez, con seguridad, del agua de la cachimba, estaban ahora en una ciudad del exterior de la que no recordaba el nombre. Todos los años mandaban regalos caros a sus primos del pueblo. Los hijos se estaban destacando en las ciencias.

En ese momento, repasando en su memoria una por una cada familia del reducido pueblo, reparó que nadie se destacaba especialmente. La mayoría de la juventud terminaba en trabajos mal remunerados y permanecían en el lugar.

Mientras las voces de la familia, unidas, tiernas, exaltadas o enfervorizadas en temas de actualidad, de historia o de dudas parecían impregnadas de una atmósfera de amplia cultura, que Martín no entendía totalmente, sus ideas volaban del agua de la cachimba hacia quienes las habían tomado, a las luces intensas en medio de la noche, no todas procedentes de vehículos, al silencio completo y pesado en momentos inesperados, al desempeño destacado de sus hijos en todo momento.

Dando un bostezo, se levantó lentamente, entró a la cocina y se preguntó si habría otras cachimbas así a lo largo y ancho del mundo.

Bendijo interiormente los beneficios del agua.

Cuento: **“Desde el agua”**

Ma. Celeste Medina

Nació en Treinta y Tres, el 13 de agosto de 1958. Trabajó como Docente. Ha publicado: “Procesada por la vida”, "Historias de mujeres sencillas y de hombres que las amaron", "Están acá".

Fin del mundo

Toño Guede

—Hey, McGrady, ¿cómo estás?

El hombre entró caminando con dejadez e incluso con cierto desdén en la mirada. No se molestó en responder al saludo.

—¿Todo bien, chicos?

Había tres filas corridas de trabajo, todas con monitores y sillas, veinte en cada fila, cada uno de los monitores con su teclado delante y un teléfono a la derecha. Pero en la sala de control sólo había tres personas, y todas ellas estaban sentadas frente a un ordenador situado en una mesa aparte. Al fondo, en la pared, una pantalla gigantesca mostraba una imagen congelada.

—Sí, todo en orden. Sólo un gracioso, que llamó hace una media hora.

—Vaya. ¿Y qué quería?

—Tonterías. Ya sabes. Dijo llamarse Obú, o al menos eso fue lo que se escuchó por la línea. Contó que venía de un planeta que nosotros llamamos Orión. Por mí como si se llama Alf y viene de Mermak. Ya ves con el tío.

Al coro de risas de los tres se unió McGrady.

—Pues el tal Obú dijo que si no nos rendimos en mil ochocientos segundos, destruirían el planeta.

Otra ronda de carcajadas llenó la sala de control.

—Eso es media hora, ¿no?. Entonces tendría que ser ahora cuand...

Cuento: **"Fin del mundo"**

Toño Guedes

Toño Guede. (Ourense, Galicia, España, 1971). No ano 2000 edita a súa primeira novela, Cicatrices (VariEdiciones). Desde entón son oito as novelas publicadas en castelán. En 2021 sae á luz a novela en galego, Só ficarán cinzas en algures (Editorial Galaxia).

Ghosting

Analía Romero Martín

Rubén nunca se había caracterizado por ser demostrativo sino todo lo contrario... Pero esta vez, su frialdad, había llegado demasiado lejos...

Katia ni siquiera recibió un monosílabo como respuesta y su mensaje por WhatsApp quedó ahí. Sin el tinte azul que le serviría como consuelo de que al menos, lo había leído.

La novia pasó por un torbellino de emociones... Fue de la frustración a la tristeza y de la tristeza al enojo. Ella prefería la rabia... Cuando se enojaba, se sentía más fuerte...

Se dispuso a eliminar el mensaje para todos, recordando aquello de que la curiosidad mató al gato. Sin embargo, él no mordió el anzuelo o mejor dicho: el Michi no comió el atún y la estrategia resultó fallida.

Jamás le preguntó qué decía el mensaje eliminado.

Katia tuvo un arrebato de ira y estuvo a punto de apretar el botón “bloquear” pero, como diría Fito Páez, el amor fue más fuerte y se metió el orgullo allá, donde no le daba el sol...

Llegó la noche. Llegó un nuevo día. Pero nunca llegó una respuesta.

Su mejor amiga Brenda le dijo que lo mejor sería olvidarlo y decretó que ese sábado saldrían y se divertirían como locas. La hermana de Katia apoyó la moción:

—¿Hasta cuándo vas a seguir sufriendo por ese nabo, nena? —la increpó—. Él te dejó de la manera más cobarde que existe y vos, acá, llorando.

Ella asintió con la cabeza y se tragó los mocos que le colgaban, cercanos a la boca.

Brenda arrancó como un metro de papel de cocina, lo hizo un bollo contra la nariz de su amiga y como una madre a su pequeña niña, le dijo: —Soplá fuerte

La nariz de Katia sonó como una verdadera trompeta.

Las tres se echaron a reír a carcajadas y su mejor amiga aprovechó para decir, por si quedaba alguna duda:

—¡El sábado es nuestro!

La noche en cuestión, Katia se vistió completamente de negro, como una joven viuda.

Estaba dispuesta a enterrar a Rubén. Sin embargo, el disfrute duró unas escasas horas.

La novia despechada, se bebió hasta el agua de los floreros y tanto su hermana como su amiga, debieron traerla en andas.

Aquel popurrí de bebidas espirituosas no resultó una buena idea...

Vomitó hasta el apellido pero aquel nombre se había prendido fuertemente a sus entrañas y repitió “Rubén” hasta por fin quedarse dormida. Brenda aprovechó para borrarle el número de teléfono del susodicho y evitar que cayera en la estúpida tentación de escribirle otra vez. Pero su ocurrencia resultó inútil, porque Katia se lo sabía de memoria.

De todas maneras, ella nunca más volvió a escribirle...

El ghosting era un mensaje en sí mismo. Un mensaje en el que el silencio y la crueldad hablan por sí solos. Y ella comprendió que debía aceptarlo.

En secreto, empezó a hablarle al cielo.

Buscó a el lucero más brillante en medio de la inmensidad y se dirigió a él, imaginando que Rubén la escuchaba...

Por suerte, hubo una seguidilla de noches despejadas y nada impidió que realizara aquel ritual que disminuía un poco el dolor de su abrupta ausencia.

El calendario se fue llenando de cruces, hasta no quedar un solo casillero sin marcar. Entonces, supo que había pasado un mes desde que su novio la había sacado de su vida, sin previo aviso.

Sus ojos se habían gastado todas las lágrimas. Pensarlo ya no le dolía...

Sus labios se atrevían a pronunciar otro nombre... El del chico que conoció en ese cumpleaños de quince, al que había asistido con tanto desgano. Y justo cuando había sanado, apareció Rubén en su camino.

Sus ojos no presentaban esclerótica. Eran totalmente negros y se veían perdidos. La oscura mirada, vacía. Como un profundo pozo que conducía a un ser sin alma...

El rostro, de una blanca palidez.

La expresión, de un zombie...

La ropa, inmundada. Con un olor que delataba su prolongada falta de aseo. Su discurso carecía de coherencia... Dijo que unos extraños seres, diminutos y verdes, lo habían llevado consigo y que había subido, contra su voluntad, por una especie de escalera mecánica con peldaños de luz. Una luz que lo encandilaba hasta amenazar con producirle ceguera.

Katia largó una carcajada y con total ironía, le respondió:

—Claro, claro... Y yo soy Papá Noel...

Luego, lo esquivó como quién evita una baldosa floja y se apresuró en llegar puntual a su primera cita con Tomás.

Cuento: “Ghosting”

Analía Romero Martín

Profesora de nivel inicial e inventora de historias. Cuentacuentos propios y ajenos. Lugar de nacimiento y residencia: Argentina. Seleccionada en diversas convocatorias de Palabra herida, Revista Paladín, Voliarte, El creacionista, ForoLibre.es, Cósmica Fanzine.

El caso Germán Santos

Javier Aránguiz Léniz

Segundo Premio Carbone Alterado 2024 edición exterior

Germán Santos abrió los ojos, sobresaltado por el estruendo de las explosiones y el barro que salpicaba el aire, en el amanecer del 16 de noviembre de 1812 en Krasny. Estiró el brazo para alcanzar su mosquete y se levantó con pesadez, sin recordar cómo había llegado allí. Reinició la marcha tras sus compañeros, sintiendo el urgente impulso de romper el cerco que bloqueaba la evacuación de su brigada, apostado a unos 800 metros de su posición.

Al divisar los destellos y el humo de los disparos provenientes de las ventanas de un molino, Santos intentó responder, solo para darse cuenta de que su arma estaba descargada. Un instante después, un zumbido ensordecedor llenó sus oídos, mientras veía cómo su brazo izquierdo era arrojado por los aires y su pecho era destrozado, mientras todo a su alrededor se desvanecía en la oscuridad.

Sonó la alarma de su teléfono y viendo que eran las 06:45 se incorporó de la cama. Al acercarse a la ventana, comprobó que otro día gris se cernía sobre una Lisboa de calles mojadas. Caminó hasta su kitchenette, puso café y agua en la cafetera y se metió a la ducha. Mientras el agua corría sobre su cabeza, pensaba en el ensayo del segundo acto y en la necesidad de trabajar en los cambios sutiles de intensidad y el vibrato para transmitir mayor angustia en 'Liebestod'. Curiosamente, no lograba recordar qué había ensayado ayer específicamente, aunque podía deducir que llevaba algún tiempo trabajando en la expresividad emocional. Mientras bebía su café, sonó su teléfono: la pantalla señalaba "Amanda".

—*¿Bom dia?*¹—preguntó Santos, intentando recordar quién era esa mujer.

—*¿German, quanto tempo mais vais demorar para passar por mim?*²—inquirió la voz.

Amanda era oboísta en la orquesta, pudo reconocerla por su voz aterciopelada.

—*Às oito menos dez passo por ti*³—respondió Santos. Si bien reconoció su voz, no lograba asociarla a ningún rostro. ¿Dónde vivía Amanda? Intentó recordarlo sin éxito. Tomó su chaqueta, el estuche de su violín y el manojito de llaves que estaban sobre la mesa. Cerró con llave la puerta de su departamento, se dirigió por el pasillo hacia el ascensor y, sin pensar, marcó el -3.

—*¿Por qué -3?*—se preguntó—. ¿Iré a buscar a Amanda en coche? ¿tengo uno? ...bueno ...al parecer lo tengo —pensó—, mientras buscaba en su bolsillo las llaves que había guardado momentos antes. Observó la llave del vehículo, sin recordar que tuviera un Skoda.

¿Qué modelo es? ¿De qué color? ¿Cuál sería su matrícula? Santos no recordaba ninguna de estas características, y sin embargo al salir del ascensor en el nivel -3, supo exactamente hacia qué

¹ ¿Buen día?, en portugués.

² ¿Germán, en cuánto tiempo más pasarás por mí?

³ Diez para las ocho, paso por ti

lugar del estacionamiento caminar, para luego reconocer su Skoda Fabia color azul, placa patente LX- 72- AR. Al subir al auto, intentó recordar cómo ir por Amanda. No lo logró, pero ya en la calle, supo exactamente que debía tomar la vía a su derecha por Acácio de Paiva, avanzar hasta la esquina de Palmeirim dos quadras y luego doblar a la derecha en José Duro hasta el número 29. Mientras se dirigía al lugar, intentó recordar el rostro de Amanda sin éxito. Sin embargo, en cuanto llegó al lugar, la reconoció; no solo por el estuche evidente que portaba, sino que *supo* que era ella. Después de acomodar el oboe en la parte trasera del auto, se saludaron al abordar el vehículo. Instantáneamente, Santos supo de qué hablar: la cena de la noche anterior en su apartamento había sido excelente, aunque no recordaba qué le preparó, ni de qué habían hablado ni a qué hora se había ido. No lograba acordarse de cómo estaban vestidos, aunque deducía que era el mismo atuendo con el que habían ensayado. Tampoco recordaba cómo era el departamento de Amanda.

—¿Estás bien? ¿Germán? Estás raro... ¿es por anoche? —preguntó Amanda con preocupación.

—No lo sé Amanda... es todo muy extraño... y no logro entender qué me pasa —respondió Germán para luego quedar en silencio.

Amanda se apoyó en la puerta del copiloto y lo observó.

Germán sabía que debía dirigirse hacia el Teatro Nacional São Carlos y condujo hacia allí porque sabía cómo hacerlo: como si una especie de conocimiento le fuera revelado a cada instante. Mientras realizaba esta tarea, pensaba en lo que le estaba ocurriendo. ¿Por qué no recordaba nada, y, sin embargo, *sabía*? ¿Qué había sucedido la noche anterior con Amanda?

—Amanda, por favor, no te ofendas, pero necesito preguntarte... —Germán no alcanzó a terminar su pregunta.

—Germán, sobre anoche no fue tu culpa, es que necesito tiempo —interrumpió Amanda—, mientras posaba su mano sobre la de Santos, que en ese momento descansaba sobre la palanca de cambios.

Sus ojos, grandes como dos esmeraldas, su mejilla contra el apoyacabeza del asiento, su rostro suplicando la compasión que Germán no podía otorgarle, puesto que no recordaba nada.

—Amanda, discúlpame, pero yo...

Amanda parecía no escucharle. Incorporó su cabeza y súbitamente, la expresión de su rostro cambió a terror: al ingresar a la rotonda de Praça Marquês de Pombal, un camión con acoplado se anunció por la ventana del piloto, mientras parecía que el tiempo se ralentizaba hasta detenerse por completo. Germán apenas pudo vislumbrar el mascarón del camión antes de que impactara violentamente contra la puerta del piloto de su Skoda Fabia. El metal se deformó con un estruendo ensordecedor, mientras el vidrio estallaba en mil pedazos, proyectando fragmentos brillantes que parecían suspendidos en el aire. Los airbags se desplegaron con un ruido ensordecedor, mientras las telas resistentes se hinchaban, envolviendo a Germán y Amanda en una nube de polvo y desesperación.

Los rostros de ambos se contorsionaron, el tiempo parecía detenerse en su lento avance hacia la tragedia. Los cuerpos de Germán y Amanda, sin cinturón de seguridad, fueron arrojados violentamente dentro del habitáculo del vehículo, chocando entre sí con un impacto sordo y doloroso.

El Skoda Fabia se desplazó de manera descontrolada por la fuerza del impacto, zigzagueando peligrosamente a través del tráfico circundante. En un último estertor de energía, el automóvil se inclinó hacia un lado antes de volcarse con un crujido metálico, girando sin control sobre el asfalto resbaladizo producto de la lluvia de la noche anterior.

El mundo pareció detenerse por un instante, mientras el automóvil yacía volcado en medio de la rotonda, testigo mudo de la tragedia que acababa de ocurrir. En medio del caos provocado por el accidente, la realidad se desvaneció lentamente para Germán y Amanda.

—*Germán, wake up, it's time, the storm has ended!*⁴ —dijo Conrad, mientras se incorporaba aún metido en su saco de dormir.

—*Where am I?*⁵ —preguntó Santos mientras se sacudía la nieve de la gorra de su saco y abría los ojos con dificultad.

—¡Buena broma, Santos! —respondió Conrad mientras tomaba un poco de nieve desde una bolsa para introducirla al anafe— ¡Estamos en los pulmones del infierno!

Al sentarse, Santos se dio cuenta de que se encontraba en una terraza colgante, a 800 metros de altura, en medio de una pared de roca gigantesca. Estaba asegurado, al igual que su compañero, con dos cuerdas semi congeladas que pendían desde dos seguros empotrados en una fisura.

—¿Cómo llegué aquí? Digo...no recuerdo nada —se preguntó Santos en voz alta.

—Hombre... ¿hablas en serio? ¡Hemos estado los últimos tres días en este maldito portaledge soportando la jodida tormenta! —le recordó Conrad, mientras ponía unas bolsas de té dentro del anafe mientras el agua burbujeaba.

Santos no lograba terminar de entender dónde se encontraba: a su alrededor la inmensidad de un paisaje inhóspito, compuesto por agujas, dorsales y verdaderas torres de roca, de cuyos portezuelos o filos colgaban neveros de un azul intenso que confluían en un gran glaciar bajo sus pies, y que se prolongaba por varios kilómetros hacia el Este.

—Bebe Santos... ¡Antes que te congeles! —lo animó Conrad, mientras le alcanzaba la taza con la bebida que corría riesgo de enfriar rápidamente. Santos bebió mientras intentaba entibiar sus manos.

—Oye memento... ¡deja de flojear y dame una barra energética! ¡Tenemos que apurarnos! —lo apuró Conrad.

Entre tanto, Santos intentaba recordar cómo habían sido esos tres días del terror en la pared y, ciertamente, cómo habían llegado a ese lugar. De pronto, una palabra: “Baffin”.

—Conrad! No puedo recordar nada sobre nuestra expedición desde casa hasta aquí... ¡No sé qué me pasa! —dijo Santos a su compañero, mientras este le devolvía una mirada de poco amigos.

—Santos, ¡estás comenzando a fastidiarme! —respondió Conrad.

Así, en tres minutos, Conrad le relató su viaje desde Milwaukee, la llegada a Toronto y su vuelo tortuoso hacia Iqaluit, donde tomaron un barco hasta las islas Baffin, para luego moverse al parque Auyuittuq... en casi tres semanas de viaje.

Mientras Conrad le resumía los periplos de la expedición, Santos intentaba explorar en sus memorias los nombres y lugares, las personas que había conocido, las sensaciones que había experimentado sin éxito, mientras desarmaban la terraza artificial y la guardaban en uno de los petates vacíos.

⁴ ¡Germán, despierta, es hora, la tormenta ha pasado!, en inglés

⁵ ¿Dónde estoy?, en inglés

Santos no lograba entender cómo tenía la destreza para estar colgado de la pared, haberse puesto unos zapatos plásticos y manejar mosquetones, cuerdas y cintas, y al mismo tiempo no poder recordar cómo diablos había llegado allí.

—Ok compañero... ¡adelante...yo te aseguraré! —comandó Conrad, mientras enganchaba su asegurador al arnés y terminaba de testear los seguros.

Germán miró hacia su izquierda y hacia arriba y vio cómo se proyectaba la fisura que salía de una delgada terraza, a unos doce metros desde su posición. Palpó la pared buscando alguna pequeña saliente, donde poner un gancho provisorio o “Tanon Hook” con un estribo para realizar un *traverse* hasta la terraza. En ese momento, su cabeza pareció silenciarse: las preguntas quedaban atrás y la concentración era total. Su análisis de la situación, lo acertado de cada seguro instalado, le permitieron alcanzar la terraza sin contratiempos.

—¡Sí Santos! ¡Lo tienes...muy astuto! —le celebró Conrad, mientras Santos hacía todo el movimiento de cuerdas para quedar como asegurador de su compañero y hacer el movimiento de material desde el punto de partida.

Luego de verificar que los seguros quedaran “bombing proof”, hicieron el traslado del material a través de una tirolesa (si soltaban los sacos con el material o petates, corrían el riesgo de que por el efecto péndulo pudieran perder parte de este), y luego vino el turno de Conrad.

—¡Vamos, Conrad! ¡No seas flojo y mueve el culo! Te estoy asegurando... ¡Estoy listo! —le gritó Santos. Conrad comenzó a desplazarse como una araña por la pared, mientras iba desarmando los seguros del *traverse*.

Repentinamente, un crujido sordo se escuchó arriba, seguido por un aterrador desprendimiento de rocas.

—¡Condraaaaad! —alcanzó a gritar Santos, intentando acercar su cabeza a la fisura, mientras con su mano derecha bloqueaba la cuerda y se acomodaba lo mejor posible para resistir lo peor.

Mientras tanto, Conrad pegaba su cuerpo a la pared, con su mejilla contra la roca, y se afirmaba de la cuerda mirando a su compañero con resignación. Esta medida no sirvió para proteger a los escaladores: la avalancha de rocas cayó sobre ellos con fuerza, golpeando y rompiendo el casco de Conrad, quien murió instantáneamente, soltando la cuerda que lo conectaba a Santos.

Santos tampoco logró escapar de aquel trágico destino. El cuerpo inerte de Conrad, ahora sin sujeción, cayó hacia abajo, generando un efecto péndulo en la cuerda que lo aseguraba.

La cuerda, tensada por el peso de Conrad y el impulso del desprendimiento de rocas, golpeó con fuerza la mano derecha de Santos, fracturándole la muñeca.

Con el transcurso de las horas, y sin posibilidad alguna de moverse pese a sus intentos, su suerte estaba echada. Con los débiles rayos del atardecer, observó el tatuaje que llevaba en el dorso de su mano izquierda: intentaba recordar cuándo se lo había hecho, dónde y por qué. El tatuaje era Προμηθεύς⁶.

—Santos... Santos!... Ты отвечушь?⁷ —le preguntaba Krymizov mientras le zamarreaba del brazo. Santos abrió sus ojos. Tenía la sensación de que antes de abrirlos se hubiera encontrado en otro lugar.

—ISS, ISS, aquí Houston. ¿Me copian, ISS? —se escuchaba por los altavoces del módulo de servicio.

⁶ Prometeo, en griego

⁷ ¿Vas a responder?, en ruso

—Houston, aquí la ISS, recibimos —replicó Krymizov.

—Krymizov, necesitamos una verificación de estado de Santos. ¿Puedes confirmar su estado y su capacidad para comunicarse? —indicó la voz.

—Entendido, Houston. Estoy verificando con Santos ahora mismo —apuró el ruso.

—¡Santos, mírame! ¡Soy Krymizov! Necesito una revisión de tu estado para transmitir a Houston —le repetía, mientras lo tomaba por los hombros. Santos tomó el comunicador.

—Houston, aquí la ISS. Copio. Estoy recuperándome, pero me siento desorientado. Necesito un momento para ajustarme. —Respondió Santos, como si estuviera despertando de un desmayo.

—Entendido, Santos. Toma tu tiempo. El doctor Walters está listo para recibir tus comentarios. ¿Puedes proporcionar una evaluación de tus signos vitales? —preguntó la voz.

—Houston, ISS. Mis signos vitales parecen estables, pero me siento mareado y confundido. Necesito un momento para recuperarme por completo— la luz fluorescente reflejada sobre las paredes blancas y brillantes le molestaba en los ojos.

El zumbido provocado por los sistemas de ventilación y de soporte vital lo aturdían. La sensación de estar flotando y la dificultad para orientarse por la falta de gravedad, acentuaban la sensación de malestar. Los equipos y paneles de control a su alrededor, con luces encendidas y apagadas, conspiraban para su confusión.

—Recibido, Santos. Continúa monitoreándote y mantenenos informados de cualquier cambio en tu condición. El equipo médico está alerta y listo para brindar apoyo si es necesario —indicó la grave voz del doctor Walters desde el centro de control en tierra.

—Estaremos en contacto para cualquier actualización. Houston, fuera —concluyó la voz.

Santos no lograba entender cómo ni cuándo había llegado allí. Más bien, tenía la sensación de que lo hubiesen *puesto* allí. De uno de los compartimentos sacó un envase de líquido isotónico, que llevó a su boca girando la tapa entre sus labios para proceder a tragar fraccionadamente su contenido. La acción de buscar en el compartimento, abrir y tomar uno de los sachets fue mecánica: sabía exactamente qué hacer, aunque no tenía ni la menor idea acerca de cuándo ni dónde había aprendido a hacerlo. Y Krymizov... ¿cuándo tiempo llevaba con él? ¿lo conocía realmente? Santos se sintió abrumado por las preguntas. Volvió a mirar a su alrededor. Krymizov ya no estaba allí.

—¿Krymizov? —llamó en voz alta a su compañero. No hubo respuesta.

—¡Krymizov! —esta vez con un grito. Silencio. Santos comenzó a inquietarse.

Afirmándose de una de las asas de las paredes, tomó el impulso necesario para desplazarse por la sección, rumbo al módulo de controles de la estación. Mientras hacía esto, no recordaba cómo había aprendido a realizar tal acción. Avanzaba por los pasillos, pero no recordaba haber estado antes allí. Una luz fluorescente parpadeaba al fondo del tubo, justo frente a la compuerta del módulo de controles.

—¡Krymizov, ya es suficiente, camarada! ¡No es divertido! —Santos comenzó a girar la manilla de la compuerta, mientras su respiración se aceleraba.

Al abrir la pesada escotilla, la sala de controles estaba oscura. Solo las luces de los equipos titilaban. Algo andaba mal. ¿Dónde estaba Krymizov? Súbitamente, las luces del módulo se encendieron. En el ambiente, Santos captó una leve distorsión, una especie de interferencia que

tomó forma en dos segundos. Frente a los ojos de Santos, se materializó la figura de su compañero ruso, quien giró su cabeza y sonrió a Germán.

—*Ты уже чувствуешь себя лучше, товарищ Santos?*⁸ —Santos retrocedió presa de la incredulidad y el terror.

—¿Qué te sucede, camarada? —preguntó la imagen de Krymizov.

—¡No! ¡Tú no eres Krymizov! ¡No sé qué mierda eres, pero no eres Krymizov! —respondió con la voz ahogada, mientras se restregaba los ojos y observaba cómo la imagen de Krymizov volvía a distorsionarse, a debilitarse, y a la vez luchaba por no desaparecer.

» ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? ¡Sáquenme de aquí! ¡Auxilio! —Gritó Santos con desesperación, mientras se agarraba de una baranda para avanzar rápidamente por los pasillos que comenzaban a desvanecerse en torno a él.

—¡Profesora, el sujeto B033 está fibrilando! —una voz en *off*, que parecía venir de lejos, se escuchó en el módulo: claramente se trataba de la voz de una mujer.

—¡Ingresa 12 miligramos de Adenosina por vía intravenosa! —indicó otra voz femenina ambiente, proveniente desde la misma ubicuidad.

—¡Inyecta la adenosina ahora mismo! —instó la profesora, con urgencia en sus palabras, mientras continuaba con las compresiones. La enfermera administró la adenosina por vía intravenosa con manos firmes, esperando que surtiera efecto rápidamente. Sin embargo, los monitores seguían mostrando una actividad eléctrica caótica en el corazón del paciente.

—¡No hay respuesta! ¡Está teniendo un paro cardíaco! —anunció la enfermera, con angustia en su voz, mientras continuaba realizando las maniobras de reanimación. La profesora miró los monitores con frustración, intentando explicarse qué habían hecho mal. A pesar de sus esfuerzos combinados, el corazón del sujeto B033 dejó de latir.

—¿Hora de deceso? —preguntó la profesora, mientras abría una aplicación en su tablet.

—04:35 PM —respondió la enfermera. La profesora digitaba.

—¿Causa del deceso?

—Muy parecida a la de... —la enfermera fue interrumpida.

—Infarto al miocardio como respuesta a la alteración extrema de sus ondas Beta —precisó la profesora, quien luego tomó una pausa para reflexionar.

» ¿Sabes qué significa esto, Miller? —preguntó la profesora, con una mueca de satisfacción.

—¿...Que ya lo estamos haciendo real para la mente...? —conjeturó la enfermera.

La profesora se la quedó mirando fijamente. —Avísame cuando el sujeto B034 esté listo. Me voy a mi despacho a mirar la data y preparar el reporte del sujeto B033, caso Germán Santos —la profesora cerró la puerta tras de sí.

Una hora después, la profesora Hamilton fumaba en la azotea del edificio. Un hombre de abrigo marengo se le acercó, mientras la respiración de ambos se transformaba en vapor con el aire frío.

—¿Algún avance, Hamilton? —preguntó el hombre, sin mirarla.

—Hemos mejorado el simulador en términos de realismo de las escenas. El sujeto B033 aceptó y asimiló la realidad que se le presentó; logró comprender y deducir sus reglas. De hecho,

⁸ ¿Ya te sientes mejor, camarada Santos?, en ruso.

toleró tres situaciones extremas —respondió la profesora, mirando las luces del tráfico vehicular.

—¿Y qué hay de los electrodos que estamos probando para transmitir neurodatos? —preguntó el hombre, mientras sorbía café del vaso de cartón que sostenía.

—El equipo ha realizado avances notables. El electrodo de monitoreo del hipocampo está siendo capaz de anticipar la falta de contexto acertadamente sobre el 85% de las veces. También estamos acortando la brecha de envío de impulsos eléctricos al córtex prefrontal en menos de 15 microsegundos, supliendo la falta de recuerdos con información operativa —explicó la profesora—. Volvió a aspirar su cigarrillo. —Tendrá su reporte mañana a las 09:00 sobre su escritorio, director Hicks —agregó Hamilton, mientras expulsaba el humo por sus narices.

—¿Tenemos preparado al sujeto Bo34? —preguntó Hicks.

—Sí. Ya iniciamos el protocolo. Ahora me voy a casa, vamos a celebrar el cumpleaños de Mike —respondió Hamilton mientras se alejaba y apagaba su cigarrillo a medio terminar en el cenicero metálico. Oscurecía sobre el Centro de Neurociencia Experimental de Chicago.

FIN

Cuento: “El caso Germán Santos”

Javier Aránguiz Léniz

Escritor y poeta chileno, explora temas profundamente humanos: el trauma, el amor, las paradojas del destino. Ingeniero de profesión, su estilo combina el rigor analítico de su formación con una sensibilidad literaria que invita a la introspección. Parte de su trabajo ha sido publicada en la revista literaria Letralia, con cuentos como "La fiesta" y "La puerta de marfil negro".

Actualización de estado

Thalía Ricardo Castro

En el pequeño display, el cursor pestañeaba esperando respuesta. M golpeaba el borde del teclado con el índice y miraba el tablero, como si la respuesta que debería ingresar estuviera flotando en el fondo oscuro que le devolvía el monitor.

—Máquina no debió despertarnos.

Kat analizaba los datos que la computadora había enviado a la compañía durante el último ciclo. Al parecer todo estaba bien, aunque debía existir algún dato anómalo para que el biocerebro decidiera sacarlos del hipersueño dos semanas antes de lo programado.

—¿Sabes por qué la compañía paga créditos a dos ingenieros en vez de uno? —preguntó Kat.

—Porque pueden permitírselo, supongo —respondió M, encogiéndose de hombros.

—No —dijo ella y puso una mano sobre el hombro de su compañero—. Porque dos cerebros piensan mejor que uno. —Después tecleó SATISFACTORIO y apretó Enviar—. Listo.

—Pero... —intentó quejarse M, perplejo.

En apenas dos segundos ella había actualizado a la compañía del estado de la misión, lo que, a sus ojos, lo hacía quedar como un grandísimo idiota.

— ¿Entonces, descubriste por qué Máquina nos despertó antes?

—Ella tendrá sus motivos —respondió Kat, quitándole importancia—. Tenemos dos semanas para preocuparnos de eso... Y ahora mismo lo que necesito es comer algo. ¿O se te antoja alguna otra cosa?

—Un té helado, por favor.

Con una sonrisa, Kat salió del módulo de comandos. M se quedó a examinar los datos una vez más. Aquella era su tercera misión. Máquina jamás los había despertado antes de tiempo. Tenía que haber algún problema en los datos, con la nave... O con la carga...

—Toma —dijo Kat cuando M entró en el módulo multipropósito—. No sé cómo prefieres té si tenemos café —dijo agitando las pequeñas bolsas presurizadas.

—Deberíamos regresar al trabajo.

—No. Tendríamos que estar trabajando dentro de dos semanas. Desde mi punto de vista estamos de vacaciones.

—Máquina nos despertó por una razón. Ni encontré nada fuera de lo normal en los datos de navegación ni en el compartimiento de carga. No deberíamos perder el tiempo. Algo tiene que aparecer.

—Estoy de acuerdo, pero tenemos tiempo, ¿no? —dijo Kat acercándose a él—. Venga toma tu brebaje... Ya descubriremos qué pasa.

—Me siento un poco mareado —logró susurrar M mientras Kat lo fijaba al panel en el módulo de crio sueño.

—Has sido un viaje muy largo.

Aletargado, en el último segundo de conciencia, M pareció recordar algo e intento, sin éxito, ponerse de pie.

—Máquina —susurró.

—Te dije que yo me encargaría, ahora descansa.

M asintió, y antes de que Kat fijara la última correa ya estaba inconsciente. Ella se quedó de pie junto al cuerpo... Sonriente.

«Los humanos huelen bien», pensó, mientras sus ojos (los ojos que habían sido de Kat) cambiaban a rojo y una lengua bífida recorría su labio inferior.

Cuento: “Actualización de estado”

Thalía Ricardo Castro

Presidenta del taller Pablo de la Torriente Brau de la casa de cultura Manuel Dositeo Aguilera de Holguin, Cuba. Fundadora y presidenta del taller Fantastic

Campo de batalla de los dioses

Cristian Fernando Guevara Hincapié

En la bóveda celestial encima del futuro y enorme campo de batalla, que recuerda el antiguo coliseo romano, aparece el reloj, acompañado de las palabras: batalla por equipos, reapariciones desactivadas; indicadores muy etéreos, intangibles.

—¿Reapariciones desactivadas...? —solo pude preguntarme, preocupado.

Era uno de los peores escenarios posibles... porque eso implica que las muertes son permanentes. Siempre se siente el daño, el dolor durante las batallas por los golpes recibidos, los cortes, los disparos y las explosiones. Pero cuando el indicador de resistencia llega a cero, uno reaparece como si nada, listo para otro *round*. Pero con las reapariciones desactivadas ya no hay promesas de un futuro. Mueres y termina, pierdes todo, no solo en el campo de batalla, termina de punto final, camino sin retorno.

Agobiado, termino de colocarme el traje blanco y negro de potenciación, avanzado aditamento tecnológico que potencia las capacidades musculares y nerviosas; asimismo el casco de mejora perceptual con tecnología de realidad aumentada, con el que se puede hacer seguimiento de los signos vitales, estado físico en general, tiempo restante de partida, mapeado, entre otras cosas, y mantener comunicación directa con nuestros compañeros de equipo. Casi que parece un videojuego, pero créanme que nada de esto tiene que ver con uno, puedo describir este escenario como la peor pesadilla de un video jugador; ser y no ser, jugar y no jugar, morir y poder morir de verdad. Por victorias y derrotas se asignan o se restan puntos. Pero hay cierta esperanza al alcanzar cinco mil puntos, porque entonces se puede pedir cualquier cosa, incluido dejar esta realidad de pesadilla. Pero con las reapariciones desactivadas se pierde lo logrado en un parpadeo. Conozco personas que han participado en decenas de batallas, casi logrando los puntos necesarios, para perderlo todo en una partida de reapariciones desactivadas. Intentar suicidarnos no es una opción, porque de intentarlo reaparecemos como si nada, eso hace que las únicas opciones sean dejarnos matar en una partida con reapariciones desactivadas, que implica renunciar a cualquier atisbo de esperanza. Quienes se suicidan en las batallas normales, reaparecen, obviamente recibiendo una sanción de puntos por el suicidio. Quienes se resisten a luchar sufren destinos terribles y todos los demás terminamos siendo obligados a verlos. Recuerdo que una vez varias personas, que se resistieron a participar, fueron lanzadas después al campo de batalla sin armas y sin ropa, para luchar contra hordas de zombis rabiosos, que destrozaron sus cuerpos de una forma bestial en cuestión de segundos, para repetir el ciclo muchas veces.

Salgo del cuarto de alistamiento y me topo con los miembros de mi equipo, igual de agobiados, igual de ansiosos, algunos más que otros. Camino al salón de materialización de armamento y todos están reunidos:

Primero veo a Emil Lambert, francés de raíces africanas... —porque aquí todos somos de diferentes países, seleccionados sin distinción por alguna artimaña que escapa a nuestra lógica y razón, podemos entendernos a la perfección sin barreras de lenguaje, es un lugar desconocido e inquietante—. Emil Lambert es amante de las artes marciales mixtas, poco más que decir, define su estilo de combate, directo y personal. Las escopetas son su sello personal. Se acerca hasta la máquina de materialización y selecciona un conjunto de armas, una escopeta, cuchillo, hacha y pistola. ¡Ah! por poco olvido mencionar que todas las armas de fuego, y las contundentes y cortantes, funcionan sin proveedores. Es decir que funcionan con celdas de energía, si se acaba la munición debemos improvisar, aunque dramático, resulta más práctico que andar con cientos de pesados proveedores encima.

Cerca está Federico García, exmilitar argentino, francotirador experto e igual de excelso estratega. Puede atinarle a un vaso de agua a kilómetros de distancia, no exagero. Materializa un cuchillo, rifle de francotirador y pistola.

Vanessa Gardener, *powerlifting* de Inglaterra, ganadora de varias medallas olímpicas. Se decanta por las armas pesadas, ametralladoras y lanzamisiles, es nuestra primera línea ofensiva, resistente y contundente como una apisonadora. Materializa una ametralladora pesada, escopeta y cuchillo.

Matteo Giannoli, italiano, deportista de alto rendimiento, ágil y tenaz, decidido por armas intermedias. Materializa un fusil de asalto, pistola, cuchillo y granadas.

Vladislav Kuznetsov, soldado de la spetsnaz, fuerzas de operaciones especiales rusas, que, a pesar de su entrenamiento militar, siempre me resulta inquietante su facilidad para diezmar a los enemigos. Capaz de utilizar cualquier estrategia y armamento, desde un cuchillo hasta una maldita bomba. También materializa un fusil de asalto como Matteo, pero lo hizo acompañado de subfusil, pistola, granadas y hacha.

Y Bertha Müller, alemana por supuesto, esgrimista y artista marcial con espadas, campeona nacional es sus respectivas disciplinas. Usa una espada larga, medieval, subametralladoras y granadas, elementos que materializa en la máquina.

Finalmente yo, Gustavo, filósofo cualquiera, colombiano, que, aprendí a usar todo tipo de armas en mi estadía en el lugar. Me decanto por materializar un fusil de asalto, pistolas y machete, bastante colombiano para ser sincero.

Siete, contra siete; catorce almas con sus sueños, anhelos y deseos; atrapados aquí. Supervivientes, actores en un teatro macabro. Y varios de nosotros moriremos, igual que sacrificios de las arenas romanas. Perverso juego del destino. Solo nos falta decir al salir a la arena, para hacer juego con la horrida dinámica: “¡Emperador, quienes vamos a morir te saludamos!” ¡Carajo!, ¡estúpido juego! escupo al suelo de solo pensarlo, no pedimos estar aquí, simplemente nos trajeron esos malditos, que ni siquiera sé lo que son... Llevo bastantes meses, no sé exactamente cuántos, uno pierde la noción del tiempo. Llevo tres mil puntos, de ganar cinco partidas más puedo regresar a la tierra. Me pregunto si mi esposa estará bien, que además está en embarazo de nuestra pequeña, Amaia era el nombre que seleccionamos. No la veré nacer. Seguramente ya se retiró la búsqueda

por mi desaparición. Solo con pensar que, en Latinoamérica, en un mes cualquiera, pueden desaparecer miles de personas, no alienta a mantener las búsquedas de desaparecidos por mucho tiempo.

“Reapariciones desactivadas...”. Seguramente no salga de aquí con vida. Seguramente no volveré a ver a mi esposa y no conozca a mi hija. Moriré, puede ser hoy, aunque tal vez mañana, no lo sé, tal vez termine diciendo lo mismo mañana, si sobrevivo ¡ja!

Salimos al campo de batalla, reconfigurado en una ciudadela pequeña con edificios y avenidas, perfecto para toda clase de combates, espacios abiertos, estrechos, coberturas de todo tipo, automóviles parqueados.

Este lugar, este campo de batalla, puede ser reconfigurado de cualquier manera, desde una ciudadela de cualquier época; bosques, cadenas montañosas o parajes desolados. Si los que preparan todo quieren manifestar un único edificio de cien pisos como campo de batalla, simplemente aparece como el acto de un mago al hacer aparecer un conejo del interior de su sombrero. De igual manera otras formas de batalla: “batalla por equipos” es una de las muchas formas de participar, porque también está “todos contra todos”, que creo sobra explicarlo; “supervivencia”, aguantar el mayor tiempo posible contra hordas de lo que fuera; no obstante, hay una forma de batalla alocada, frenética, “derrotar al monstruo”, en la que aparece un monstruo que debemos derrotar, puede ser un dragón mitológico, araña gigante, demonio... o una maldita abominación tentaculada con muchas bocas babeantes, con esa abominación ocurrió una de mis últimas batallas en un escenario de granjas al mejor estilo de los Estados Unidos de los 80s, bastante siniestro; perdí a cinco conocidos ahí.

Cuando alguien muere, y las reapariciones están desactivadas, simplemente aparecen otros participantes, reemplazos, somos la carne de cañón del entretenimiento. Siempre encontramos diferentes personas en el campo. Bertha Müller es la más reciente en aparecer. Cuando Bertha se materializó en esta realidad estaba confundida, respiraba agitada y sollozaba, repetía que estaba haciendo compras en el mercado, y parpadeó llegó aquí. Sucede con todos. No entiendo los mecanismos por los cuales somos seleccionados, simplemente ocurre.

Uno entiende las complejas dinámicas de participación y después de la brutal y difícil adaptación, quedábamos “listos”, a luchar.

Cuando no estamos en batalla, estamos recludos en un inmenso edificio habitacional de paredes y luces blancas, con las comodidades mínimas para sobrevivir, recibimos tres raciones alimenticias y tenemos espacios para socializar. Bastante parecido a las descripciones históricas de los gladiadores romanos. Solemos socializar con los que participamos en batallas por equipos, fortaleciendo nuestros lazos, aferrándonos a nuestros recuerdos de nuestra antigua realidad, nuestras familias, parejas, amigos y conocidos; nuestros trabajos y ocupaciones; recuerdos que terminan volviéndose etéreos, igual que ese reloj marca la hora en la bóveda celestial del campo de batalla, igual de etéreas relaciones interpersonales que pueden romperse como un frágil mondadientes por la constante posibilidad de enfrentar una batalla, más con reapariciones desactivadas, peor cuando es una batalla de todos contra todos. Con el tiempo uno se vuelve taciturno. Pero estoy seguro de algo, que, de volver a nuestra realidad, jamás seremos los mismos, algo que no curará ni la terapia ni la religión, igual seremos tildados de locos si llegáramos a hablar de lo aquí sucedido. Desconozco esa situación, porque de los que han conseguido los puntos suficientes y marchado, no vol-

vemos a saber nada.

Cuando llega el momento de batallar, somos teletransportados a los habitáculos de preparación, donde debemos ponernos el traje y materializar nuestros armamentos. Tan efímero, igual que la misma existencia en un flujo eterno de tiempo.

Miro el reloj en la bóveda celestial. El cronometro empieza a moverse con un límite de dos horas. Intercambiamos miradas, rápidos asentimientos y corremos. Cada quien ya sabe que hacer, qué, cómo, para qué.

Federico busca una zona alta, necesitamos visión extensa del campo de batalla e información en tiempo real. Escala el edificio, veloz y ágil, aprovechando los potenciadores del traje.

Nosotros, nos dividimos en parejas. Matteo y Emil, Bertha y Vanessa, Vladislav y yo. Ciertamente estar cerca de Vladislav me hace sentir más seguro que con el resto. No es por discriminar, pero es que Vladislav es uno de los más preparados en combate real.

Recorremos las avenidas, manteniendo comunicación constante, saltando de cobertura en cobertura, vehículo en vehículo, pared en pared, siempre vigilantes, atentos. Federico espera cualquier movimiento para informarnos de inmediato.

Pasaron quince minutos, cuando de repente se escucha en el intercomunicador:

—¡Me encontraron! ¡Me encontraron! —lamenta Federico con su voz ahogada. Después escuchamos unos disparos antes de que la señal se corte.

Miramos la ubicación de Federico, inquietos, para descubrir una explosión. Los contrincantes lo encontraron y asesinaron. No tuvimos tiempo de lamentar su muerte, porque así eran las batallas, frenéticas. Parpadeas y puedes morir. Pronto nos vimos avasallados por una lluvia vertical de balas de los contrincantes, cada uno usando su propio estilo de combate, igual que nosotros. ¡Qué disgusto!, enfrentamos personas en una situación similar a nosotros. Realmente no queremos matarnos, supongo; queremos sobrevivir. Quiero sobrevivir. Por desgracia en la sanguinaria supervivencia humana, algunas veces debemos ser egoístas, pensar en los nuestros, primero y después. Tuvimos que responder. Inicia un caótico intercambio de disparos.

Redirijo toda la fuerza a mis piernas para moverme, potenciando mis movimientos con las capacidades del traje, corro de lado a lado con una velocidad superlativa, mientras los disparos pasan cerca. Continuo hasta cubrirme detrás de una pared.

Vladislav utiliza toda la fuerza de sus brazos y de su traje para girar un coche y utilizarlo como una cubierta. Varios disparos se centran en la cobertura improvisada hasta destruirla y provocan que explote el vehículo. Vladislav alcanza a saltar lejos de la explosión y corre hasta donde me encuentro.

Vanessa queda en medio de la carretera, su traje resiste los disparos, y responde en consecuencia con su ametralladora, demuestra una enorme valentía, casi suicida, destroza las coberturas enemigas, revienta el ladrillo y hormigón. Consigue con esos disparos reventar a un combatiente, prácticamente cortándolo en dos. Continúa asediando a los enemigos sin tregua; entre tanto, Vladislav lanza granadas. Los demás disparamos desde donde estamos cubiertos. No obstante, Vanessa termina arrasada por una explosión de energía que la convierte en una maraña sin forma, blanca y rojiza. El intercomunicador se colma de gritos confusos ante la brutal muerte.

Matteo y Emil moviéndose en zig-zag, de cobertura en cobertura, vertiginosos e impenetrables,

consiguieron rodear a dos de los enemigos que nos disparan. Emil le revienta la cabeza a uno con un disparo de escopeta. Matteo logra matar al otro con disparos certeros de su fusil, cerebro muy pronto para después desfallecer al verlos morir con una explosión de granada que arroja un enemigo desde lo alto de una azotea cercana. Tenemos enemigos encima. Disparamos hacia arriba mientras esquivamos con velocidad los disparos.

Bertha, Vladislav y yo, decidimos retroceder, reorganizarnos. Escondernos en un edificio cercano. Haciendo cálculos precipitados, éramos tres contra cuatro.

Estoy agitado y nerviosos. Vladislav se muestra imperturbable, entre tanto, Bertha está furiosa.

—¡Mierda...! —grita esta última cuando una ráfaga se precipita sobre nosotros.

Bertha, recibe varios disparos, siendo repelidos por su traje. Empezamos a disparar desde las ventanas. Frenético y violento tiroteo, que destroza por completo el espacio.

Cesamos nuestros disparos: silencio. Concentrados. Nuestras celdas de energía están al límite. Debemos pasar al combate cuerpo a cuerpo. Vimos entrar a un enemigo de frente por la puerta —pobre novato—. Bertha se le abalanza encima con una furia primitiva. Durante la disputa ambos se derriban y desarman. Continúan luchando en el suelo, girando de un lado al otro, imposibilitándonos apuntarle al enemigo. En aquel momento, Bertha, usando sus meras manos le arranca el casco y la quijada de un único movimiento. Recoge su espada, alza su mirada y salta de inmediato hacia otro enemigo cercano, afuera, expuesto. Parece que los contrincantes son un grupo mixto de novatos y expertos. Algunos actúan como asesinos entrenados, otros como novatos asustados. Bertha corta al enemigo en dos con una facilidad inusitada. Incluso para Vladislav. Pero pronto lo notamos, poco pudimos hacer al momento en que Bertha termina decapitada por el filo de una espada... *“Quien mata a espada, morirá a espada”*, decía Bertha, sucede así tristemente. El sudor y la sangre recubren el suelo en un acto brutal.

Vladislav sale al exterior, moviéndose como guepardo, intentado someter al enemigo. hacha contra espada. Resuenan los impactos en un movimiento impresionante, varias veces vi duelos con armas cuerpo a cuerpo, pero este duelo me aterra, danzan y cortan el viento en intentos asesinos de ataques, defensas y esquivas, similares que jugadores de ajedrez en una partida frenética. Salgo afuera también con mi machete en alto, dispuesto a ayudar, cuando una granada de energía explota cerca de mi posición, consigo esquivar la detonación por poco gracias a los tiempos de reacción mejorados que me ofrece el traje. Me deslizo en el asfalto, derrapo un largo trecho antes de conseguir detenerme, empujado por la onda explosiva. Enfoco mi atención en el otro rival. Dos contra dos. Típica batalla final digna de películas de acción, ahora real.

Rápidamente me abalanzo contra el enemigo, que desenfunda un cuchillo; intento atinarle varios tajos directo al cuello. Pero él, con una agilidad superlativa, logra acertarme tres puñaladas en la espalda, siento mucho dolor, intenso, agónico; pero con un giro rápido mi machete se entierra en su cuello, que continua su avance hasta hacerle trizas el esternón, matándolo. Giro mi vista hacia Vladislav para descubrir, aterrado, que la punta de la espada le traspasa el abdomen. Cae entre agónicas exhalaciones, para morir en cuestión de segundos. Pero antes de ser traspasado, consigue herir al enemigo dándole un poderoso golpe en el costado derecho, que, aunque no lo hiere de gravedad, consigue mermarlo para lo que vendría después.

Solo quedábamos los dos. No siento el golpe hasta que fue demasiado tarde. Pierdo mi brazo

derecho en un tajo limpio, y por poco caigo al suelo, mientras me desangro. El enemigo se acerca para finalizar conmigo. Pero, aprovechándome de su exceso de confianza, con un último esfuerzo, impulsado por la adrenalina, fortalezo la musculatura de mi brazo izquierdo, alzo el machete y consigo destrozarle el cráneo.

Me desangro. El traje contiene la hemorragia al apretar mi muñón. “Batalla terminada”, aparece en el cielo. El escenario desaparece lentamente, dejando una habitación inmensa casi interminable, gobernada por una oscuridad que devora cualquier cosa al alcance.

—Supongo que ahora con un solo brazo estaré más que jodido en las siguientes batallas. Tal vez... —solo puedo exhalar.

Miro hacia el cielo mientras desaparece de la bóveda celestial el reloj y el mensaje etéreo e intangible, también desaparece ese cielo nuboso y azuleo que otorga al ambiente una apariencia terrena, apenas una simulación. Y entonces el horror... porque se revelan múltiples ojos monstruosos de muchas formas y colores; parpadeantes, moviéndose sus pupilas hasta enfocarse en mí, en aquel momento sus risas horribles se reproducen en el aire como ecos cacofónicos e insoportables... No somos más que entretenimiento para estos “dioses” insensibles, seres que juegan con nuestras vidas; únicamente para su deleite grotesco. Todo nuestro sufrimiento, todas nuestras luchas, todos nuestros desesperados intentos, no tienen ningún propósito. Solo somos piezas intercambiables en un juego interminable.

—¿Campo de batalla de los dioses? ¡Carajo! Malignos espectadores... Malignos seres horribles que nos trajeron aquí. Eternamente los maldigo y también maldigo su juego cósmico...

Cuento: "Campo de batalla de los dioses"

Cristian Fernando Guevara Hincapié

Cristian Fernando Guevara Hincapié, psicólogo y escritor colombiano de 35 años. Ha participado en diversas antologías y revistas tanto a nivel nacional como internacional, con relatos que exploran el terror, la ciencia ficción y el drama, fusionando lo cotidiano con lo inquietante para generar una experiencia literaria que invite a la reflexión y el desconcierto.

El viaje

Daniela Rostkier

Fingí una cita urgente y desaparecí por la puerta del jardín.

Un enorme vórtice me atrapó transportándome a un extraño lugar.

“Creo que ya no me encuentro en casa” susurré al notar en el cielo autos voladores de alta tecnología. Los edificios eran tan altos como los rascacielos impidiendo que la luz solar iluminara la ciudad. Caminé por aquellas frías aceras que aun continuaban siendo de pavimento, pero en lugar de gente estaba lleno de robots de distintos géneros: mujeres, hombres, incluso indefinidos.

—¡Un humano!, ¡atrápenlo —vociferó uno señalándome—. Enseguida todos empezaron a perseguirme. Tras varios kilómetros entré a desesperarme, había llegado al límite de mis fuerzas y me faltaba el aire, pero no podía detenerme. De pronto oí que alguien me chistaba, miré para todos lados pero no había nadie.

—Por aquí, vamos no pierdas tiempo —gritó.

Al mirar hacia el medio de la acera una persona me llamaba desde la tapa levantada de una alcantarilla. Rápidamente ingresé. El delgado hombre selló la entrada con un láser similar al pegamento y me pidió que lo siguiera.

La similitud con las cloacas de mi hogar eran asombrosas, tenían una acera para transitar y el olor a podrido de las aguas residuales era insoportable. Por fin llegamos a destino; una civilización con edificios y casas casi derrumbadas, la gente vestía prendas de la prehistoria, estaba flaca, y sucia. Me observaron con atención y cuchichearon entre ellos a medida que avanzábamos, finalmente un trono de barro se irguió frente a nosotros.

—Saludos extranjero ¿qué te trae a nuestro mundo? —quiso saber una mujer cavernícola, atado a su cuello portaba una capa de tela.

—Bueno yo...—y les conté lo sucedido. Ella me miró asombrada y anunció.

—Entonces tu eres el elegido, el que nos ayudará a vencer a las máquinas.

—¿Quién yo? —la cuestioné sorprendido.

—Así es, permíteme relatarte una historia: hace mucho tiempo el hombre quiso jugar a ser Dios, entonces comenzó a realizar todo tipo de experimentos: clonación, alteración de ADN en frutas y verduras, hormonas de crecimiento en animales, hasta la creación de robots, pero éstos últimos al adquirir consciencia se rebelaron.

La guerra duró años, pero por su alta tecnología y resistencia comenzaron a tener ventaja ganando la batalla. Nos tuvimos que arrodillar ante ellos y nos convirtieron en esclavos portando esta ropa que ves. Los que se negaron fueron convertidos en ciborgs y su mente borrada, otros terminaron en laboratorios para experimentos médicos. Aparentamos seguir sus órdenes. Mientras construíamos sus enormes edificios de metal, ocultábamos en nuestros bolsillos piezas que sirvieran para inventar armas. Cuando a la noche nos encerraban en una habitación blanca con rejas electrificadas levantábamos el embaldosado suelo donde escondíamos el material y fuimos construyéndolas con cuidado. Por suerte nos subestimaron ya que nunca nos vigilaron, ni siquiera por cámaras, o al menos eso pensábamos, porque un día alguien de nuestra especie nos traicionó.

Nos defendimos con el poco armamento que teníamos, varios cayeron por defendernos y el traidor, que resultó ser mi padre fue asesinado ante nuestros ojos cuando ya no les sirvió más.

Vivimos aquí desde hace varias décadas, creamos nuestra civilización de las cenizas como los cavernícolas. Ideamos varias estrategias para poder vencerlos, pero casi sin armas y gente que los combata todo era inútil, hasta que un día, uno de nosotros comentó que mientras empujaba una enorme carretilla, descubrió en una pared algo oxidada unos jeroglíficos que pudo descifrar con mucho esfuerzo y disimulo, porque cuando un guardia lo sorprendía detenido, un látigo golpeaba su espalda para que continuara. Este indicaba que en un tiempo no muy lejano un joven vendría de otro tiempo y nos ayudaría en la rebelión saliendo victoriosos. Al decir esto levantó los brazos y todo el mundo aclamó.

—Y ¿Cómo podré ayudarlos? —pregunté incrédulo.

—Es fácil, te vestiremos como un robot con las piezas que pudimos robarles mientras huíamos y una vez que te camufles con ellos deberás traer la llave de plata.

—¿Dónde se encuentra la llave? —la consulté con temor ante semejante aventura.

—En el edificio más alto de la ciudad en el último piso, descuida yo iré contigo, también disfrazada.

Ante esto, suspiré aliviado.

—Debemos partir durante la Luna de oro, esa noche da inicio al Mundial de Football Robot, un evento que ninguno se pierde. Inicia dentro de una semana, tiempo suficiente para hacer nuestra vestimenta.

El tiempo transcurrió normal, como en cada sociedad cada uno tenía su labor, unos eran agricultores, cultivaban la tierra en macetas enormes creadas de la arcilla, las semillas habían sido alteradas, con solo recibir el agua de un vaso de barro germinaban en varios productos como ser habas, tomates, lechugas, etc., otros purificaban el agua para hacerla bebible. Los pequeños jugaban alegremente a pesar de la situación, las mujeres y los hombres desempeñaban las mismas tareas, ninguno era superior al otro, incluso la muchacha que me acompañaría que se llamaba Dulcinea, la Líder de la Rebelión.

Sentimientos inexplicables comenzaron a aflorar, cuando estaba cerca de ella mis palmas sudaban tanto que se me resbalaban las cosas, tartamudeaba cuando curiosa me preguntaba acerca de las cosas de mi mundo, me perdía en sus grandes y hermosos ojos verdes, pero luego descubrí que no estaba enfermo, sino enamorado.

Los disfraces robóticos estuvieron prontos dos días antes, así que la noche acordada subimos a la superficie.

Ni una sola hojalata había en los alrededores, solamente unos gritos interrumpieron aquella calma, según ella aunque el Estadio Centella se encontrara lejos se podían escuchaban los reclamos, insultos o alegrías de los congregados con total nitidez. Nos deteníamos en cada esquina para decidir el siguiente movimiento. Sin contratiempos llegamos a destino. La luna de oro era gigantesca y redonda. Antes de que pudiésemos ingresar una voz de máquina nos detuvo.

—¿Qué están haciendo aquí? Deberían estar en el Estadio —nos comunicó. Intuí se trataba de una mujer, porque tenía unos senos en punta de cono, y encima de su cabeza una antena rodeada de una moña rosada.

—Lo que pasa bip bip es que el Jefe Txt510 nos encargó llevarle un control remoto bip bip para que su equipo favorito gane el encuentro —Contestó Dulcinea con voz metálica.

—Esa manera de contestar es una ofensa para nuestra raza, ese bip bip, ya no se usa desde hace unos años, ¿Acaso son defectuosos? O ¿de una antigua edición?

—Somos bip bip de una edición antigua, bip bip, pronto seremos actualizados —intervine sin dudar.

—De acuerdo, pero espero que sea pronto, nuestra especie avanza a pasos agigantados y muy pronto cuando aniquilemos a los humanos lograremos ser los seres supremos.

Dulcinea y yo nos miramos con temor ante esta revelación.

—Debo regresar al estadio, en un rato terminará el partido, ya van por el segundo tiempo y al Jefe no le gusta que nadie se pierda el final, así que apresúrense con ese control porque si no llegan a tiempo serán castigados severamente.

—¿Cuál es el castigo? —inquirió la joven.

—Deberán aceitar a los robots luego del encuentro y sinceramente no se los recomiendo

Ha habido problemas de acoso, ¿No se acuerdan del incidente Jacax y Caranix?

—Siii fue algo terrible —dijimos como si conociéramos el tema.

En el Hall no había nadie, nos dirigimos al corredor, era largo con muchas puertas blancas y estrechas, cada una con una cámara en el dintel. Al final un ascensor.

—Último piso —dijo Dulcinea a un interruptor sin botones.

Divisamos una inmensa y ancha puerta de hierro, pero antes de avanzar notamos en las paredes cientos de pequeños televisores. Dulcinea arrojó al alfombrado suelo rojo una bomba de humo que al ir rodando oscureció el lugar, corrimos e ingresamos en la oficina.

—Ya hicimos lo más difícil, ahora a buscar la llave —musitó.

Inspeccionamos el lugar detenidamente. Las ventanitas permitían el ingreso de la luz dorada que se reflejaba encima de un gran escritorio, donde los artículos de oficina mecánicos como lápices, gomas, sacapuntas dormían con los ojos cerrados e incluso roncaban sobre una pila de papel blanco con algunas manchitas de diversos colores.

Una gran mesa del lado derecho contenía aceites de todos los tamaños, y como estaban en un idioma inentendible no pude saber su procedencia, pero seguro debían ser muy caros.

En el lado izquierdo un mueble con muchos estantes, al abrir uno descubrimos dinero robot, oro, joyas y diamantes, y una pequeña caja de metal.

—Allí debe estar la llave —murmuró con alegría Dulcinea.

—¡Así los quería agarrar! —gritó una voz robótica de voz entre afeminada y varonil— cortándonos el paso.

Al observarlo era un robot grande y voluptuoso con senos en forma de cono, un sombrero en la cabeza y una moña en la frente.

—¿De que habla? bip bip — somos robots bip bip— intervine nerviosamente.

—¿Nos creen entupidos?, ese bip, bip, ya no existe, por eso descubrimos que no son robots si no humanos —contestó enojado.

Dos guardias que lo acompañaban nos quitaron el disfraz, quedando con nuestra ropa antigua.

—Llevénelos a la habitación blanca pero pónganlos separados, ya sabemos de lo que son capaces.

En ese momento, Dulcinea le arrebató el arma láser a uno de los guardias y les disparó acabándolos. Enseguida tomé la otra, guardé la caja en mi bolsillo y huimos.

—¡No escapan tan fácilmente!, ¡atención humanos sueltos!, el que los atrape se ganara un litro de aceite premium —anunció por un intercomunicador.

Miles de robots furiosos nos rodearon en la calle, nos escondimos en un callejón, la batalla fue dura, pero nos estábamos quedando sin municiones. Entonces Dulcinea me indicó.

—Yo los distraeré, tú huye con la caja.

—No me iré sin ti —afirmé.

—Debes hacerlo, eres el elegido —y me miró seria.

—No lo haré —contesté a punto de ponerme a llorar.

—Lo siento no hay otra opción —y empezó a disparar corriendo en otra dirección.

Corrí hacia el otro lado, pero antes de entrar en la alcantarilla aguardé unos momentos a ver si venía. Al rato llegó, andaba lento y con una mano se agarraba el costado.

—¡Estás herida!

—No, no es nada —y se desvaneció en mis brazos.

Preocupado la acosté en el suelo y al ver la herida noté que era muy grave.

—Resiste, pronto llegaremos —le supliqué.

—No, es demasiado tarde para mí, vete solo —me contestó débilmente.

—No, por favor no digas eso.

—Escucha, pronto vendrán a buscarnos, vete.

—No no puedo hacerlo, no puedo dejarte aquí, quien sabe lo que te harán.

—Descuida, estoy pronta para eso —y me enseñó un pequeño interruptor con un botoncito rojo.

» Cuando accione esto detonará una bomba y me inmolaré, espero llevarme a unos cuantos malditos conmigo —y tosió sangre.

En esos momentos las máquinas se acercaban, con profunda tristeza la abandoné, después de descender escuché una detonación. Guardé unos instantes de silencio por esa alma caída.

Cuando llegué, todos me preguntaron por Dulcinea, pero mis lágrimas fueron suficientes. Agacharon la cabeza en señal de duelo.

Me convirtieron en su líder, ya que Dulcinea les había dicho que si algo le pasaba ocupara su lugar, me explicaron todo detalladamente: esa llave abría una máquina que contenía un sonido especial que era la debilidad de los robots, al escucharla descubrí que era música de *heavy metal*. Ese aparato debía ir en un lugar estratégico: el Estadio Centella, en el último encuentro, dentro de un mes.

Estudiamos minuciosamente los planos de las calles y horarios de los robots.

Nos volvimos a camuflar entre ellos con otros metales y cuando no hubieran tantos. Visitamos el Estadio fingimos ser mecánicos que veníamos a preparar todo para los partidos posteriores, las gradas eran sillas individuales que levitaban en el mismo lugar pero subían pocos centímetros. Cavamos un hoyo en el medio del campo de juego que era de pasto artificial y enterramos el mortífero artefacto.

El día señalado varios ingresamos disfrazados sentándonos en nuestros asientos, Su Jefe desde su palco privado dio un ferviente y largo discurso que fue aplaudido y aclamado por todos. Empezó el juego que transcurrió sin mucha novedad; jugaban "Los Astros" contra "Los Robots Azules", contra todo pronóstico iban ganando "Los Astros", uno a cero. El que ganara se llevaría la gran plaqueta de metal pintada con el color de su planeta. En el segundo tiempo, los robots metieron un gol, aumentando los ánimos y las esperanzas. Iban uno a uno, un solo gol definiría al campeón.

Un amague del robot cuando estuvo frente a la portería selló el juego, el golero se adelantó y en ese momento el oponente pateó hacia el costado introduciendo la pelota.

Dos a uno ganaban "Los robots azules", la euforia invadió el lugar, vítores cantos, alegrías, y por más que lo intentaron "Los Astros" no pudieron torcer el resultado. "Los Astros", de apariencia similar a estrellas fugaces se retiraron con amargura, mientras los vencedores se burlaban y realizaban gestos irreproducibles.

En ese momento, elevé mi silla al medio del recinto y exclamé con un micrófono.

—Malditos, ¿se acuerdan de mi? —y me retiré el disfraz.

—¡Es el humano! ¡Atrápenlo! —vociferó el Jefe.

Apreté el altavoz en la parte de la base, la fuerte melodía dominó el lugar. Asustados se taparon las orejas e intentaron escapar, pero fueron acorralados por mis compañeros que con grandes herraduras de imanes los iban atrayendo de a pedazos. La onda expansiva fue tan poderosa que ningún robot pudo salvarse. Aquello era un basurero de chatarra.

—Desearía que Dulcinea estuviera aquí, se sentiría tan feliz —le comenté a una muchacha mientras nos cerciorábamos de que realmente estuvieran muertos.

—Ella lo sabe, no te preocupes —me comentó soltando una mano separada de un cuerpo.

—Era muy especial para mí ¿sabes?, su muerte fue muy dolorosa tanto para mí como para ti, porque era mi novia, y una tarde mientras me ayudaba a cosechar la comida me confesó que te amaba.

—Ante esta revelación quedé sorprendido.

—Ella me pidió que si le ocurría algo te diera esto —y me entregó un mechón de su cabello corto y castaño envuelto en una cinta azul— yo tengo la mía. Esto es para que no la olvidemos. —señaló a un portal que se iba agrandando— Eso significa que debes volver a tu época, jamás te olvidaremos.

Con gran tristeza ingresé, me despedí con la mano de la muchacha y ella me respondió de la misma manera.

Al salir, me encontraba en el jardín de mi casa, traía la ropa de cavernícola, entré de prisa para que nadie me viera, pero para mi desgracia me topé en el comedor con mi hermana y su amiga.

—Hermano ¿Se puede saber donde andabas? Mamá te está buscando por todos lados desde hace dos horas.

—Yo...bueno...este —empecé a balbucear sonrojado, pero cuando mis ojos se posaron en la visitante respondí feliz.

—¿Dulcinea?

Cuento: "El viaje"

Daniela Rostkier

Nació en Montevideo, Premiada en: *Lolita Rubial* Concurso entre Talleres Literarios.

Invasión X

Gerardo Álvarez Benavente

En esa época la ciudad estaba impregnada de odio. La gente insatisfecha buscaba quitarle lo que pudiera a sus vecinos, a sus parientes, a quien fuera; porque no podía soportar la felicidad de los demás.

Esta situación había comenzado vaya uno a saber cuando. Pero lo cierto es que había crecido como una bola de nieve. Primero, despacio y luego agigantándose hasta atrapar a la mayoría de las personas.

La venta de armas había aumentado de manera alarmante y todo el mundo había colocado rejas en sus hogares. El miedo a los demás provocó que la gente ya no se saludara en las calles sino más bien que se miraran con recelo al encontrarse por casualidad. E instintivamente palparan el arma que calzaban en la cintura.

En medio de esta situación tan desastrosa, en la ciudad, comenzaron a aparecer varios cadáveres. Muchos mutilados, cortados en pedazos como con una gran tijera. Otros incinerados. Las autoridades se pusieron a investigar pero el pánico cundió de todas formas.

La gente no quería salir de sus hogares y cuando debía hacerlo, salían armados hasta los dientes, temiendo hasta de sus propias sombras.

El enemigo estaba oculto en algún lugar. La policía duplicó su personal y lo desperdigó por las calles. No existían pistas claras. Se suponía que los asesinos eran una banda que intentaba apoderarse del control de la ciudad. Pero no todos los crímenes eran iguales. Aunque la mayoría ocurrían por la noche.

Muy pronto el número de muertes aumentó. Las denuncias sobre unos extraños seres comenzaron a inundar las seccionales de policía. En principio se pensó que era parte de la psicosis colectiva. Después no tuvieron más remedio que creer en ellas porque varios agentes que patrullaban las calles aseguraron haber visto unos monstruos horribles que deambulaban por las calles. Y las descripciones coincidían con las denuncias.

Se redoblaron esfuerzos en pos de la búsqueda de estas criaturas, hasta que un día, en medio de un baldío, varios policías acabaron a tiros a uno de ellos. Parecía venir de otro planeta. Tenía largos tentáculos terminados en pinzas poderosas como las de los cangrejos. Era tan grande como un hombre y su cuerpo color gris-verdoso se sacudía como una enorme gelatina. Se lo llevaron para estudiarlo.

La información de su hallazgo fue ocultada hasta no saber exactamente de qué se trataba. Los muertos siguieron aumentando entre la población humana.

Una noche, alrededor de las cuatro de la madrugada, un hombre de mediana edad llegó a una seccional de policía, en estado deplorable. Estaba temblando y casi no podía hablar. Se veía que venía huyendo de algo. El encargado de la comisaría lo interrogó y el hombre relató lo que sigue:

—Hace como dos horas, yo estaba acostado en mi cama sin poder conciliar el sueño. Entonces sentí un ruido extraño, como si algo se arrastrara cerca de la puerta de mi casa. Pensé que podía tratarse de alguien herido -como han habido tantos crímenes últimamente-, así que me acerqué a la puerta y escuché. Alguien gemía. Llevaba mi revólver en la mano, por si acaso... — hizo una pausa para tomar aliento, el sudor le corría por la frente—. Al acercarme sentí un olor nauseabundo que no pude identificar. Observé por la mirilla y no vi a nadie. Dudé unos instantes en abrir la puerta. Tomé fuerte el arma con una mano, le quité el seguro y con la otra mano fui abriendo la puerta sigilosamente —el rostro del hombre se volvió pálido y la voz se le entrecortó—; no vi nada. Y de repente algo me oprimió el tobillo. Disparé asustado un par de veces hacia el suelo. Entonces lo vi. Un tentáculo me tenía atrapada la pierna y al disparar el arma me soltó. El monstruo se irguió y se abalanzó sobre mí. Corrí hacia mi cuarto y me encerré. Por debajo de la puerta metió uno de sus asquerosos tentáculos. Seguí disparando el revólver hasta que se me terminaron las balas. El monstruo empezó a empujar la puerta hasta que la arrancó. Me dirigí hacia la ventana tratando de escapar tirándole todo lo que encontraba hasta que pude huir. Corrí cuerdas y cuerdas y el monstruo me perseguía. Todavía creo que me sigue. Tengo miedo de que me encuentre.

El policía lo tranquilizó y le dio un vaso de agua. El hombre aún temblaba, los ojos desorbitados. Se quedó allí mientras el miedo se le fue pasando.

Esa misma noche en otra seccional una mujer relataba una historia similar.

Y luego fueron más. Pero las víctimas iban en aumento y los monstruos también parecían aumentar.

Mientras tanto, en un laboratorio cercano...

Una científica realizaba muestras de células del monstruo muerto tratando de encontrar algo que sirviera para exterminarlos. ¡Si sólo pudieran agarrar uno vivo!

Y así fue. A los pocos días, luego que las autoridades advirtieran a la población por cadena de radio y televisión los peligros que se avecinaban. Un fabricante de trampas para ratones logró atrapar a uno de estos seres. El monstruo se debatió en vano tratando de liberar su tentáculo de la trampa de hierro que lo aprisionaba. Advertido de esto el sujeto rodeó al monstruo con tantas trampas como pudo hasta que apresó cada tentáculo. Luego con un palo le asestó una serie de golpes en lo que parecía la cabeza y lo desmayó. Llamó inmediatamente a la policía y esperó ansioso.

Lo encerraron en una jaula con barrotes reforzados y se lo llevaron al Centro de Investigaciones Biológicas. Allí la científica junto a un grupo de colaboradores se encargaron de estudiarlo. Lo sometieron a exhaustivos análisis de todo tipo incluyendo exámenes cerebrales para conocer el

grado de inteligencia que pudiera tener.

Allá afuera sin embargo, sólo salía la gente a la calle en caso de necesidad, con escopetas y con revólveres en la mano. La venta de trampas, venenos y gases paralizantes aumentó enormemente. Todos querían estar preparados para un eventual ataque.

Las fuerzas armadas patrullaban la ciudad y la policía montaba guardia en todas partes.

El animalejo se debatía furioso en la jaula. A su alrededor varios científicos observaban atentamente sus reacciones. Las muestras que se habían tomado indicaban una alta capacidad de mutación celular que posibilitaba adaptarse a cualquier medio ambiente aun con las condiciones más desfavorables. Las ondas cerebrales también variaban según el medio. El índice de inteligencia era superior. Cuando se lo sometió a pruebas de comportamiento se encontró que ante la hostilidad respondía con hostilidad pero al trato pacífico respondía con cariño.

La científica elaboró una teoría y rápidamente intentó comprobarla. Se acercó a la criatura y comenzó a hablarle en tono suave, pausado, casi maternal.

Algunos de los científicos temieron por la vida de la doctora cuando ésta introdujo su brazo en la jaula para acariciar al monstruo. Pero debieron tranquilizarse al ver que éste se dejaba tocar y emitía sonidos suaves como los de un niño. El monstruo sacó uno de sus tentáculos fuera de la jaula y acarició también a la mujer que se hallaba en cuclillas del otro lado. Ella continuó acariciándolo y hablándole tiernamente. El monstruo balbuceó varias palabras en un idioma extraño que nadie -por supuesto- entendió. Después se acurrucó lentamente hasta quedarse inmóvil. El polígrafo marcaba que el ser se había dormido. Los sensores que señalaban el nivel de las emociones registraban un grado de hostilidad o nerviosismo bajísimo, algo increíble en un organismo que hacía tan solo unos minutos demostraba una agresividad enorme. Nadie que lo hubiese visto un rato antes podría pensar que se trataba del mismo individuo.

Otras criaturas fueron atrapadas en los siguientes días y llevadas al laboratorio. Se procedió a realizar los mismos experimentos con todos ellos y todos reaccionaron de la misma manera. Si se los trataba bruscamente o se los amenazaba se ponían furiosos a tal grado que si alguien hubiera sido alcanzado por una de sus pinzas lo hubiera partido en dos. Pero cuando eran tratados con cariño se convertían en seres dóciles y juguetones como un perrito.

La teoría de la científica estaba siendo corroborada. Los monstruos poseían sensores que captaban la energía humana y por lo tanto, ellos se comportaban acorde con esa energía.

Se deberían establecer relaciones amigables con ellos si los humanos no querían seguir pereciendo.

Lamentablemente la mayoría de los científicos no estaba de acuerdo con esta teoría e inmediatamente acusaron a la doctora de sensiblera y poco apta para desempeñar sus funciones. Se la quiso retirar del cargo y nombrar otro encargado en la investigación. Los militares por su parte estaban dispuestos a entablar la lucha con los enemigos y exterminarlos.

Ella no se inmutó con todo esto e intentó continuar con su trabajo y quiso liberar a uno de los monstruos, para demostrar que no atacarían a menos que los humanos estuvieran pensarlo hacerlo.

Pero fue inútil, no la dejaron y se la llevaron de allí. La acusaron de loca y la encerraron. La lucha se desató y aún hoy continúa. Yo escapé de la ciudad antes de que todos perecieran. Estoy buscando ayuda para volver con gente que sea capaz de querer y aceptar a estos seres tan diferentes a nosotros. Creo que si somos suficientes con capacidad de amor, los seres dejen de atacar. Aunque para eso debemos convencer primero a los humanos que todavía están peleando.

Cuento: **"Invasión X"**

Gerardo Álvarez Benavente

Gerardo Álvarez Benavente nació en 1964. Ha publicado 4 libros, en diversos libros colectivos y revistas digitales en Uruguay y Argentina. Y varios cuentos premiados en distintos concursos nacionales.

Rayas grises

José Rodolfo Espinosa Silva

Contrario a lo que muchos creen, la muerte no ocurre en un instante, sino que es todo un proceso. Médicamente, la hora de la muerte se define como el momento en el que el corazón deja de latir, y por tanto la sangre deja de fluir hacia el cerebro. Pero después de esto, el cerebro suele tener de 30 a 180 segundos más de lucidez. Lo sabemos gracias a un detallado estudio que hicimos con el equipo de Medicina de Nueva York. Tras este descubrimiento, nuestro benefactor nos pidió que fuéramos más allá. Literalmente.

Nos tomó nueve años desarrollar la tecnología. Siempre a la vanguardia, Giovanni nos proveía de las mejores herramientas. No escatimaba en gastos. Lo único que exigía era transparencia y resultados. Solía hacer visitas trimestrales para supervisar la investigación. Hace diez días realizó la última.

—¿Cuál es la situación doctor?

No respondí de inmediato. Lo guíe hacia nuestra caja de Anubis, como solíamos llamarle. Una carcasa para resonancia magnética adaptada para nuestro sistema de imagen neuronal.

—Él es el señor Simmons —el hombre acostado sobre la plancha de metal tenía sesenta y tres años. Había aceptado participar en el experimento. Lo cual significaba morir, a cambio de una considerable suma de dinero para su familia.

—Hola —saludó Giovanni con seriedad, el hombre no respondió.

—El señor Simmons tiene nuestro sistema neuronal conectado a su bulbo raquídeo —le expliqué —Señor Simmons puede por favor pensar en una oso.

La pantalla de pronto se encendió y el oso yogi apareció en ella. Saludando. Una leve sonrisa se esbozó en el rostro de aquel sujeto a punto de morir.

—Ahora viene la parte que ha estado esperando señor.

Me acerqué al hombre en la plancha y clavé en su brazo una jeringa. El contenido de esta le mataría en cuestión de segundos.

La pantalla mostraba imágenes intermitentes. Un pequeño perro café. Una mujer vestida de novia. Una niña haciendo castillos en la playa.

—Esos son...

—...recuerdos —le dije— terminarán pronto.

La pantalla se puso en blanco. Luego apareció el señor Simmons en ella. Vestía una bata

blanca. La imagen del televisor era interrumpida por unas rayas grises horizontales, como en aquellas antiguas televisiones con mala señal.

—¿Qué es eso?

—La señal se pierde, pero el aparato funciona bien, debe ser normal, después de todo está muriendo.

El señor Simmons caminó por una especie de habitación clara y resplandeciente. Vacía. Las rayas grises persistían. Apareció entonces un túnel, con una luz al final de él. Nuestro sujeto entró y caminó hasta perderse en la luminosidad. La pantalla se apagó. Los signos vitales mostraban una larga línea horizontal. Hora de la muerte 2:16pm.

—Entonces eso es, ¿así es morir?

—Parece que sí.

—Nos darán el nobel por esto. ¿Quedó grabado? ¿Cierto?

—Sí.

—Bien, necesito que lo repliques, dos o tres veces más. Presentaremos los resultados el próximo trimestre a la comunidad científica. El mundo se va a volver loco.

Éramos nosotros quien nos volvíamos locos. Cada uno de los sujetos de prueba experimentaba algo distinto al morir. El sujeto número dos, la señora Swank, nos había dejado patidifusos. Primero, recuerdos en una cascada, su esposo, su hija, ella misma de joven. Luego, un ángel —de facciones andróginas y de enormes alas blancas— bajaba del cielo, la tomaba de la mano y juntos volaban hacia las nubes, a lo lejos, se veía a un anciano barbado, sentado en un trono de oro. Las rayas grises otra vez. Un gran portón dorado se abría. Hora de la muerte 1:19 am.

Los siguientes sujetos también mostraron variaciones. Un hombre en la palma de Buda. Abducción alienígena. Familiares muertos acompañando a cruzar un océano.

Probamos con un criminal sentenciado a muerte. La pantalla me mostraba a un niño en el suelo, un charco de sangre. Un varón negro y musculoso, desnudo. Agua de inodoro. Fuego. Piel quemada. Un demonio. Después mil. Almas en pena. Rayas grises. Hora de la muerte 3:33 am.

¿Cómo era posible que todos mostraran distintos resultados? ¿Es que acaso lo que había del otro lado del velo era incognoscible?, ¿aún con los avances científicos? Lo estuve meditando en mi silla, pensando, con una lata de redbull, mi cuaderno de notas y mi pluma mordida como únicos compañeros. Fue cuando descubrí que había algo que todos compartían. ¡Las rayas grises! Reproduce el vídeo en cámara lenta y descubrí un par de siluetas. Ralentiqué el vídeo a 0.4 cuadros por segundo. Ahí estaban. Eran dos figuras de capucha gris, se movían alrededor del sujeto. Revisé otras cintas. Ocurría lo mismo. Podía ver como abrían su boca y aspiraban una especie de humo que salía del cuerpo del señor Simmons. Uno de ellos giró la cabeza. Me vio. Se acercó a la pantalla y la atravesó.

Hora de la muerte 5:55 am.

Cuento: “**Rayas grises**”

José Rodolfo Espinosa Silva

Nació en H. Matamoros, Tamaulipas, México (1990). Primer lugar en el noveno concurso de cuento infantil convocado por la Universidad Autónoma del Estado de México. Ha publicado entre otros: Pacto Maldito (Pathbooks, 2020). Los deseos de Serena (Catarsis Literaria, 2021). Adversus Diaboli (Ómicron Books, 2021). Para destruir el final y otros cuentos de fantasía y ciencia ficción (Winged, 2022). Tomado del canon (UAS, 2024).

Earth Game S/G2054

Olga Devoto

Darla juega muy concentrada en la pantalla tridimensional con sus amigos de la galaxia del Molinete, localizada en la constelación de Centaurus. Su nuevo traductor intergaláctico les mejoró la comunicación, las palabras y la telepatía no le permite hacerlo directamente con los de Centaurus. Están visitando mundos prehistóricos donde competirán por hacerse de la mayor cantidad posible de antiguas culturas modificando el pasado.

Teletransportarse al laboratorio donde trabaja le deja tiempo libre para su ocio. La jornada laboral es de 8 horas semanales. Vive en el nivel III, ya que es jerarquía IX en la Tierra. En el I, que es subterráneo, están los clones para servicios poco especializados, los robots poco necesarios en ésta sociedad posthumana y los “Androides” (robots que imitan la apariencia de los humanos; ellos se encargan de fabricar y distribuir las cápsulas de comida y bebida y todo lo necesario para la supervivencia). En el nivel 2 viven los Ciborgs rediseñándose a sí mismos hasta adquirir características de los “Replicantes” Éstos podrán subir de nivel con el paso del tiempo, cuando consigan un rango aceptable de empatía. Su utilidad, lograda con complejos microchips, consiste en sobrevivir fuera del planeta en misiones de exploración y vigilancia de nuestro sistema solar o fuera de él en busca de agua pura. En el nivel IV está “Tao Tac* el Supremo.

La Reunión de amigas programada trimestralmente será hoy, el día que se conoce como Año Nuevo. Darla se comunica con ellas vía video, tacto, olfativo, están permitidas para nivel VIII solamente; fueron compañeras de instrucción virtual en la adolescencia.

Se eliminaron las disputas laborales, entre amigos y familiares. Cada poblador se relaciona consigo mismo, evitando conflictos.

La conversación gira en torno de los nuevos monos climatizados y autoadherentes que la moda aconseja, tienen los controles incluidos para cambio de color, talla y aroma; hay opción de autolavado. Darla comenta que en cuanto reciba su salario en Aquacoins los usará para actualizar su imagen y hacerse alargar las piernas, que es lo adecuado para esa nueva tendencia.

Una sensación desagradable, nada habitual en las charlas entre compañeras, se hace sentir. Darla arriesga la teoría de que en la prehistoria la ansiedad se podía asocia con el miedo a la muerte o a la locura pero ahora, la ansiedad está asociada con la angustia a dejar de ser humano o a perder la identidad. Kira propone que la angustia es por la inseguridad de perder el Yo entre tantos microbytes, software y mega microchips. Yo creo —dice Farum— que es por el temor al Movimiento Transhumano, con su propuesta en la que cada ciudadano se auto diseña a su agrado

y los cambios que eso conlleva. En cambio Ixia opina que el estrés se debe a la preocupación por la posible devaluación del Aquacoin ante la eminente producción de agua a partir de arena. Darle se nota nerviosa, lo que me inquieta —exclama— es la patrulla galáctica que recorre los mundos tratando de robar nuestro cuerpo. En algunos casos implantan otro ser en nuestro cerebro.

La energía solcinética hizo un guiño, todas las pantallas quedaron en negro y pudieron escuchar unas voces metálicas comentando: EARTHGAME S/G2054 me aburrió, ordená eliminar y no guardar.

* Definición de Tao Tac, artefacto en idioma Coreano antiguo.

Cuento: "Earth Game S/G 2054"

Olga Devoto

Nacida en Montevideo en el barrio de La Unión. Tiene tres hijas y nueve nietos. Se siente muy acompañada por su familia, es viuda y buena cocinera. Le gustan las plantas y cuidardar de su terraza.

La evolución que no vemos

Marcelo Medone

Legamos a Próspero 13-b sin demasiadas expectativas. La gravedad del planeta era la adecuada, con una atmósfera razonablemente densa cargada de vapor de agua, a una distancia de su estrella principal con un rango térmico perfecto. Incluso una magnetósfera considerable que actuaba como un precioso escudo contra la radiación. Las condiciones perfectas para la evolución de la vida.

Pero lo mismo había sucedido con los primeros cuatro planetas del sistema y solamente habíamos encontrado algunos aminoácidos sencillos no autorreplicantes. Con cientos de mundos con vida compleja ya explorados, la Panspermia que habían postulado Anaxágoras, Richter, Arrhenius y Fred Hoyle a lo largo de siglos ya había sido ampliamente confirmada.

Quizás si regresáramos a este planeta en mil millones de años encontraríamos a mamíferos bípedos evolucionados recibiéndonos con carteles de bienvenida y pidiéndonos que posáramos con ellos para sacarse selfis. Pero nunca se sabe. Hay circunstancias fortuitas que pueden hacer que en un planeta el curso de la evolución tome caminos imprevistos. El tiempo y el azar lo gobiernan todo.

Anselmi se quedó en los controles y bajamos con Olivera. Las mediciones habían dado una atmósfera con un buen contenido de oxígeno, pero no veíamos indicios de vida, ni siquiera vegetal, por ningún lado. Un desierto tan desolado como nuestra luna, Marte, Haumea o Gliese 876 d. Nada de musgos, líquenes primitivos o sus equivalentes evolutivos alienígenas.

Por protocolo, no nos sacamos los trajes presurizados ni los cascos. De todos modos, parecía que no íbamos a permanecer allí mucho tiempo.

Todo el sistema estelar prosperiano era una verdadera pérdida de tiempo para exobiólogos como nosotros. Nos quedaban las pruebas para microorganismos, pero tampoco teníamos demasiadas esperanzas de encontrar vida en ese planeta. Quizás los prospectores mineros que nos seguían encontraran algo que valiera la pena explotar.

Me estaba alejando cuando Olivera me llamó:

—¡Vení, Chueco! Tengo algo en mi escáner.

Regresé y me fijé en la pantalla: no se veía absolutamente nada.

—¿Qué viste? —le pregunté, desconfiado.

—Hice un barrido en el ultravioleta y en el infrarrojo y creo que vi formas de vida complejas.

Pudo haber sido ruido de fondo, pero estoy seguro de que vi algo moverse.

Usando mi sensor portátil, avancé unos metros y me detuve. A simple vista allí no había nada, pero la pantalla me mostraba en el espectro ultravioleta a un arbusto de un metro de alto, con enormes hojas, flores y zarcillos que se proyectaban en todas direcciones. Evidentemente, era una planta que absorbía el cien por ciento de las longitudes de onda visibles y reflejaba el ultravioleta. Una fotosíntesis más perfecta que la terrestre, que no aprovecha la luz verde.

—¡Tenías razón, Olivera! ¡Aquí hay algo! Definitivamente es biológico. Parece una planta.

Olivera se acercó, enfocando la planta con su escáner. Antes de que pudiera decirle nada, estiró su brazo para tocar uno de los zarcillos. De inmediato, este se retorció violentamente sobre su guante como si tuviera un resorte y lo atrapó por la muñeca.

—¡Ayúdame, Trasante! —me gritaba Olivera mientras la planta lo traccionaba hacia una enorme boca que se abría en su centro, como una monstruosa estrella de mar alienígena.

Afirmándome con todas mis fuerzas, comencé a tironear tratando de liberarlo de ese abrazo mortal. Cuando vi que no iba a lograrlo, saqué mi cortador láser y seccioné el apéndice asesino. La planta se encogió dando un aullido y lo soltó.

Lo sostuve a Olivera en mis brazos un instante y comprobé que estaba bien. Asustado, pero bien.

—¡Gracias, Chuequito! Es la primera vez que una planta me quiere convertir en su almuerzo —me dijo Olivera, tratando de reírse de la situación. Pero los dos estábamos francamente asustados.

Usando mi escáner, detecté varias más de esas plantas carnívoras a nuestro alrededor. Afortunadamente, parecían estar ancladas firmemente en el suelo, sin capacidad para trasladarse. Solamente teníamos que evitar acercarnos demasiado a ellas.

Ya veríamos cómo estudiarlas sin correr peligro. Mi curiosidad científica me impulsaba a quedarme a investigarlas, pero mi fragilidad humana me pedía a gritos salir corriendo de allí.

En ese momento, como si me hubiera estado leyendo los pensamientos, escuché la voz de Anselmi gritando dentro de mi casco:

—Olivera, Trasante: ¡regresen! ¡Algo se está acercando!

Estábamos a ciento cincuenta metros de la nave. A simple vista, todo seguía desierto.

Enfoqué la nave en el rango ultravioleta, y resaltaron las luces de posicionamiento de la cápsula y algunas de nuestras recién descubiertas plantas esparcidas aquí y allá. Nada que se moviera amenazadoramente.

Teníamos el terreno despejado hacia la nave.

Anselmi volvió a gritar:

—¡Regresen ya, que tenemos que irnos! ¡Corran tan rápido como puedan!

Miré de nuevo en mi pantalla y cambié la frecuencia al infrarrojo. Entonces, las vi: dos enormes bestias de unos doce metros de altura que se trasladaban sorprendentemente ágiles en dos patas, dando grandes zancadas. Pude distinguir sus enormes mandíbulas armadas con dientes como dagas. Evidentemente, los depredadores máximos dentro de ese ecosistema. Lo más parecido a una pareja de tiranosaurios que había visto en mi vida.

Le grité a Anselmi:

—¡Despega ya, no nos esperes! ¡Después veremos cómo salimos nosotros!

La cápsula de aterrizaje se elevó un par de metros por encima de la superficie de Próspero 13-b, en una explosión de llamas y polvo.

Parecía que Anselmi lo iba a lograr.

Pero fue en vano. Uno de los monstruos gigantes atrapó a la nave entre sus mandíbulas y se la lanzó a su compañero como si fuera un juguete. Entre los dos se dedicaron a masticarla metódicamente, hasta reducirla a chatarra inservible.

De Anselmi, no supimos nada más.

Corrí junto con Olivera y nos arrojamos dentro de un barranco de un par de metros de profundidad. Nos quedamos allí, inmóviles, rogando para no ser descubiertos.

De pronto, el terreno comenzó a temblar, como si estuviéramos en un terremoto. Pero no: eran pasos de gigante, que se acercaban.

Entonces, un ojo monstruoso se asomó por la hendidura del barranco y nos observó sin pestañear.

En ese momento, supe que con Olivera estábamos perdidos.

Cuento: **"La evolución que no vemos"**

Marcelo Medone

Nació en Buenos Aires, 1961. Es periodista, escritor, poeta, ensayista, dramaturgo y guionista. Editado en varios idiomas y en distintos países.

El secreto

Susana Maly

Como casi a diario, Oroc se encontraba sentado en las rocas contemplando el mar. Esa masa de agua con el sonido siempre cambiante con olas rompiendo con fuerza en la orilla arenosa y a veces llegando hasta las rocas donde acostumbraba sentarse lo maravillaba e inquietaba a la vez.

Y no había día que no recordara su llegada a la tierra y a ese lugar específico, ¿tal vez arrepentido de haber tomado la decisión de quedarse en ese lugar y solo? No, ya no. Si en algún momento sintió la nostalgia mordiendo en su interior ya no la sentía. En el pueblo al que llegó lo habían aceptado como uno más. Aunque al comienzo lo veían como a un extranjero al que le costaba hablar el idioma, ya era conocido por todos. Era un pueblo en su mayoría de pescadores con pocos habitantes.

Su físico difería un poco del resto de las personas, era de complexión gruesa, sin nada de grasa extra, una nariz recta y larga, el cabello oscuro y rígido, ojos castaños y de piel cobriza. Pero nada que no fuera como cualquier ser humano.

Nunca les había hablado de su planeta, tal vez no le creerían, mejor fue dejarlo así. Ya era un anciano y había llegado muy joven. Él había trazado su destino, fue su deseo permanecer en la tierra y aquí estaba. Aunque seguía preguntándose qué lo había impulsado a tomar esa decisión.

Delar, su mundo anterior, se encontraba en la constelación cercana a Leo a ocho años luz de la tierra. Era un planeta pequeño con dos lunas orbitando alrededor, casi juntas.

El consejo de científicos venía haciendo estudios desde mucho tiempo atrás, ya que este planeta estaba en riesgo. Oroc recién comenzaba su carrera de ciencias del espacio, pero ya tenía muchos conocimientos sobre la mecánica de las naves. Además como el resto de los habitantes tenía muy claro cuál sería el fin de su pequeño planeta.

Su sol se estaba extinguiendo, de ahí los intensos estudios que efectuaban. Esa estrella pasaba por períodos de radiación ultravioleta y aunque sus oscilaciones eran de cortos períodos, estaba cercano su final y como consecuencia el final de su mundo.

Estaban construyendo una nave nodriza en la órbita del planeta, en ella iría casi toda una ciudad completa. Pronto estaría lista y preparada para desarrollar velocidad Warp ocho que los llevaría por el espacio.

Las ciudades estaban construidas por edificios bajos, formando cuadrículas. Una forma de hacer frente a los vientos intensos que de vez en cuando azotaba el planeta. Los árboles no tenían mucha altura, la vegetación era escasa. Abundaba una similar a la salicornia¹ que usaban para la alimentación por su alto contenido de sales y magnesio, además de proteínas.

Al final de la tarde, con la nave casi lista, Oroc salió del salón comunitario encaminado hacia la orilla del lago. El suelo que iba marcando con sus pasos era rico en silicio, éste junto con el aluminio formaba parte de las construcciones. La nave interplanetaria lo usaba en su estructura junto con otros metales que se encontraban en *Delar*. Era un planeta pequeño de clima sin grandes contrastes, montañas de las cuales extraían los minerales y lagos calmos. Salvo cuando los fuertes vientos agitaban sus aguas.

Se había encaminado hacia el lago casi sin darse cuenta, las aguas en calma llegaban en pequeñas marejadas meciendo las piedras de la orilla en un suave vaivén. El atardecer se presentaba sin los clásicos vientos, algo que Oroc agradeció. Quería permanecer en su mundo y no tener que partir, pero sabía que todos deberían hacerlo, ya no era sano seguir allí. Sentía su pecho oprimido por dejar su vida atrás y emprender algo incierto. Muchos miembros de su familia y amigos irían a otras naves, que seguían construyéndose.

Los preparativos se aceleraban, su ocupación eran los detalles finales de los ordenadores y los tableros de control, además de trabajar con el resto en el acondicionamiento de los espacios que se usarían en el viaje. Estarían comunicados con las otras naves por medio de ondas de radio, de esta manera sabrían el destino de cada una.

Hacía mucho tiempo que habían partido, la nave principal se encontraba en la órbita del planeta elegido y por lo observado, estaba muy poblado. Alrededor de su sol, también observaron un nuevo planeta, más antiguo que el gran planeta azul. Este era de un color rojizo al que tal vez podrían llegar. Una nave pequeña aterrizó en una zona boscosa para estudiar la composición del aire antes de descender, comprobando que la atmósfera era similar a la de *Delar*. Al bajar experimentaron una menor fuerza de gravedad, se sentían más livianos. De inmediato comenzaron a recoger muestras del suelo, incluso encontraron un curso de agua de poco caudal que fluía entre rocas.

Oroc quedó asombrado al ver árboles con tanta altura, podía apreciar el perfume que desprendían sus hojas y troncos. Escuchó por primera vez el canto de los pájaros, en *Delar* no existían,

Llegó el momento de volver hacia la nave nodriza, Oroc se negó a hacerlo. Ni siquiera las órdenes que recibió, lo hicieron cambiar de idea, decidió quedarse y asumir los riesgos en solitario. No involucraría al resto de la tripulación, nada pudieron hacer, quedó provisto de alimentos sintéticos y elementos para sobrevivir en ese mundo desconocido, del que nada sabían.

Ahora sí estaba en completa soledad en ese lugar, comenzó a caminar hacia donde percibía un extraño sonido, se encontró frente a una enorme masa de agua que golpeaba con fuerza una y otra vez en la orilla arenosa y en las rocas. Probó el agua y percibió un sabor extraño que irritó su garganta. Un sabor diferente al curso de agua que encontraran en el bosque.

Así estaba de pie en la orilla cuando divisó una pequeña embarcación que era sacudida sin control por el agua que se elevaba a cierta altura y se aquietaba en la orilla. En la embarcación vio a varios seres similares a él, que hacían señas con los brazos.

¹ Planta suculenta

similar a un espárrago marino. NdeA

Los habitantes de *Delar* se comunicaban con la mente, usaban poco lenguaje oral, así pudo darse de cuenta que necesitaban ayuda. Bastante golpeada la embarcación, pese a todo llegó a la orilla, Oroc entendió lo que decían aunque tardó un momento en comprender el idioma. Cuando les habló, las palabras quedaban en su boca, parecían piedras en su lengua, por fin pudo expresarse y preguntar qué les sucedía. Le explicaron que se había averiado el motor, Oroc se ofreció a ayudarles, tenía muchos conocimientos y así pudo solucionarles el problema.

No entendieron su nombre y como hablaba con dificultad, dieron por hecho que era extranjero, así que comenzaron a llamarlo Oscar. Subieron a la embarcación e invitaron a Oroc a seguir con ellos hasta el pueblo. Le explicaron que eran pescadores en su mayoría, quisieron saber si tenía pensado dónde vivir a lo que este último respondió que no, que recién había llegado a ese lugar. Enseguida le propusieron ir y ver una casita, la cual estaba desocupada desde un tiempo atrás, a lo cual Oroc aceptó. Era una vivienda muy modesta, de un solo ambiente, pero que contaba con lo indispensable para instalarse. Sintió Oroc que podría vivir ahí, tendría un lugar solo para él.

Fue conociendo a los demás pobladores e invitado a cenar junto a los pescadores, ellos formaban un grupo muy unido y juntos compartían el producto de la pesca. Hicieron un guisado en una gran olla, fue del agrado de Oroc aunque algo extraño a su paladar por ser el primer alimento terrestre que probaba.

Así fue acostumbrándose a su nueva vida, muchas veces lo atenazaba la tristeza al contemplar ese cielo nocturno tan diferente al de su mundo anterior aunque lo maravillaba al igual que su sol, el cual pudo sentir cálido en su piel. Fue transcurriendo el tiempo, sobrevivía haciendo arreglos y ayudando a esa comunidad de pescadores. Le retribuían con comida, ropa y a veces con dinero. El primer invierno fue duro para Oroc pero encendiendo un buen fuego en la estufa que tenía su vivienda, le ayudó a soportarlo. Sentía al comienzo la curiosidad de la gente, aunque nunca le habían preguntado nada. Jamás salió de las cercanías del pueblo, pero muchas veces volvió al lugar donde había llegado, no sabía por qué lo hacía, tal vez ansias de reencontrarse con sus semejantes. Cada vez que se encontraba en su lugar secreto, recostaba su rostro a los troncos de los pinos aspirando su perfume, luego se sentaba en la tierra sobre la hierba que allí crecía. De ese modo pasaba horas en esa soledad.

Pedía cada cierto tiempo, que le compraran hojas y lápices para dibujar, Tenía habilidad y talento para hacerlo. Solía sentarse en las rocas a la orilla del mar y allí plasmaba en el papel lo que veía, ya fueran caracoles, estrellas de mar, lo que éste le trajera. Las olas siempre tan cambiantes eran un tema ideal para pintarlas

Muchas noches estando sentado en su lugar preferido, se le acercaban algunos pobladores, en su mayoría jóvenes, para escucharlo hablar sobre las constelaciones, además les sugería que había otros mundos con diferentes planetas, otras galaxias. Al preguntarle cómo era que sabía tanto, pensativo contestaba que lo imaginaba viendo la vía láctea y tantas estrellas. Su conocimiento era un secreto que nunca pensaba revelar. Algunas noches sentado a orillas del mar veía las noctilucas, esa luminiscencia que lo dejaba maravillado, nunca habría imaginado tanta belleza en el mar. Este era un lugar que lo atraía, en su planeta *Delar* solo existían lagos, y esa inmensidad de agua ejercía una gran fascinación sobre él.

Fueron pasando los años, Oroc se daba cuenta que envejecía más rápido que las personas que conocía, le costaba moverse, sentía la pesadez de sus miembros, algo extraño estaba suce-

diendo en su cuerpo. La piel de sus piernas y sus brazos estaban volviéndose rugosos, de un color oscuro. Por esa razón solo usaba ropa que ocultaba sus extremidades. Cada vez iba con más frecuencia a su lugar secreto, siempre cuidando que nadie lo siguiera. Tal vez en algún momento la nave en la que había llegado hacía ya tanto tiempo volviera a buscarlo, eso solía pensar sabiendo que sería imposible. Si pudiera saber a qué otro planeta habrían llegado, si se habrían salvado, pero eso no tenía posibilidad alguna de saberlo.

Una mañana en que debido al mal tiempo no salieron a pescar, sus amigos fueron a buscarlo ya que hacía un par de días que no lo veían. Entraron a su cabaña y al no encontrarlo se dirigieron al lugar donde solía estar contemplando el mar, tampoco estaba allí. Volvieron a su vivienda y al mirar detenidamente, encontraron su ropa cuidadosamente doblada y a su lado todos los dibujos que había hecho a lo largo de los años. Además de los que conocían, los retratos y paisajes encontraron dibujos de naves espaciales muy extrañas. Un planeta con un sol y dos lunas en su órbita que podrían ser fruto de su fantasía, pero lo extraño fue ver constelaciones y estrellas muy diferentes a las conocidas.

Si hubieran podido encontrar el lugar a donde siempre iba Oroc, habrían visto bajo un gran pino, un extraño arbusto de tallos rugosos y oscuros de abundantes hojas de un verde claro, adherido al tronco y que en un golpe de vista se vería como una persona sentada con su cabeza inclinada. Al mirar con atención, solo volvería a ser un extraño y desconocido arbusto.

Salieron en su búsqueda por muchos lugares sin poder encontrarlo. Tampoco su cuerpo apareció traído por el agua en caso de que se hubiera ahogado. Todo quedó como un gran misterio y aunque pasó el tiempo siempre fue recordado como esa extraña y amable persona a la que se podía acudir en busca de ayuda para cualquier trabajo y tener agradables conversaciones. Pasados los años llegó a ser como una leyenda, ese extranjero llegado de muy lejos como solía decir.

Cuento: **"El secreto"**

Susana Maly

Nació en Paysandú en 1948. En 2017 como parte del taller de escritura realizado en la Biblioteca Municipal Ernesto, Herrera, nace el libro de antologías "Jardín de Ideas", seguido en el 2018 con la colección de relatos "Jardín de Ideas 2018".

3042

Gustavo Zaballa

Una fuerte detonación hizo añicos el casco exterior, como si un gigante invisible la hubiera desgarrado con sus propias manos. La explosión destrozó dos compartimientos en la bodega de carga. Esto preocupó al capitán, con el corazón latiendo desbocado, descendió a trompicones rápidamente hacia el panel de control principal y cerró las escotillas, para evitar la despresurización total de la USM Tirrema. Posterior a esto, una segunda detonación lo derribó, lanzándolo a metros.

Aturdido intentó levantarse, pero no veía nada. Debido a que cortó la luz de toda la sección que corresponde al centro de control, la oscuridad lo engullía todo, dejándolo a merced de un vacío agobiante. Notó que aún funcionaba los sistemas de gravedad artificial, por esto se levantó como pudo, palpando todo a su alrededor. Con sus dedos aún temblorosos y desesperados, logró dar con un interruptor familiar, que le permitió encender todos los sistemas auxiliares de emergencia. De pronto unas luces rojas iluminaron todo, tableros y pantallas volvieron a mostrar datos. Sentía un ardor fuerte en su frente y un líquido caliente corriendo por su rostro, pasó su mano lentamente dándose cuenta de que tenía una corte leve.

No entendía lo que había pasado, qué carajos provocó la explosión, miró en las pantallas y vio que un objeto extraño, había tocado la nave. De los tanto que se encontraban en el cinturón de asteroides, lo impactó con fuerza. El calor punzante en su frente le recordó su propia fragilidad en el vasto abismo del espacio, donde un simple error podría sellar el destino de todo.

Se dio vuelta y se propuso a inspeccionar los daños, puso su mano en el detector de huellas de la escotilla principal, con un temblor en su pecho y en el momento en que se abrió, fue catapultado hacia atrás, dando contra el piso.

De pronto escuchó un sonido estridente que no le dejaba ordenar sus ideas, lograba perforar su cráneo con mucha facilidad. Ese exacto momento escuchó una voz que rebotaba en un oscuro sin fin, formando un eco.

—¡CAPITÁN!, ¡capitán!, ¡Vamos despierte capitán! —Dijo una extraña voz robotizada—. Capitán, se durmió. Nos dirigimos hacia un cinturón de asteroides.

Esa voz robótica no era más que N.O.V.A; la IA que controlaba el USM Tirrema, un destructor espacial militar. N.O.V.A. el asistente de navegación y operaciones Vitales automatizadas, era el que se encargaba de dirigir a la nave hacia su próximo destino mientras el capitán descansaba en su silla.

Por aquellos años, las fuerzas espaciales de la federación terrestre comenzaron a dejar de utilizar las tripulaciones humanas, ya que se vivía en una relativa paz. No existía ninguna amenaza que diera para tomar medidas drásticas, así que las naves militares solamente navegaban con dos integrantes; una IA y su capitán.

Lentamente, despegó sus párpados, dándose de frente con aquella maraña de dispositivos digitales que tenía a su alrededor.

—Sí, ya te escuché NOVA. ¿Podías dejar de hacer tanto ruido? —respondió.

—Ya detuve el piloto automático. ¿Cuáles son sus siguientes órdenes?

Si bien la máquina tenía la absoluta capacidad de resolver cualquier tipo de problema complejo, estaba programada para esperar las órdenes de su superior y ofrecer opciones viables, que a su vez fueran favorables a la integridad de la nave.

Su autonomía dependía exclusivamente de la capacidad del capitán de la nave para desprenderse del mando. Por ende, los sistemas estaban obligados a responder a comandos humanos y esto era inevitable que pasara.

La USM Tirrema se había detenido antes de llegar al misterioso cinturón de asteroides.

—Este cinturón de asteroides no debía de estar en este lugar. —Mencionó el capitán.

—En efecto, capitán, los datos de navegación lo demuestran. —Dijo la máquina.

—NOVA, quiero los datos más recientes sobre la trayectoria P207.

—Sí capitán.

El capitán se sumergió en una reflexión profunda mientras la inteligencia artificial de la nave, recopilaba y presentaba los datos solicitados. La sala de mando estaba sumida en un silencio tenso, casi sepulcral, solo interrumpido por el zumbido suave de los sistemas computacionales y la respiración controlada del capitán. La pantalla holográfica, frente a él, proyectando gráficos y coordenadas, comenzaron a revelar un patrón inusual en la trayectoria en que se encontraban.

La extrañeza comenzaba a dominar al sujeto, pues estaba seguro de que eso no debería de estar ahí, ya que llevaba años al mando de naves espaciales de la federación terrestre. No faltaron oportunidades en el que se encontrara en la misma situación, pero, sin embargo, nunca un cinturón de asteroides había modificado tan bruscamente la trayectoria de su nave.

—Capitán, según los datos recientes, la trayectoria P207 debería estar libre de cualquier obstáculo. No hay registros de asteroides en esa área del espacio. —Informó la IA, con su voz mecánica.

El capitán frunció el ceño, sus ojos escudriñando la información presentada. Algo no cuadraba, y la tensión en la sala se intensificó. Aunque las relaciones entre las naciones terrestres eran relativamente pacíficas, la posibilidad de amenazas externas o de fenómenos desconocidos siempre mantenía alerta a las fuerzas espaciales.

Existían rumores extraños, claro, trabajando tanto en la soledad del espacio, siempre se generaban cuentos entre integrantes de la fuerza que no dejaban de ser más que rumores.

La inmensidad del espacio daba a la imaginación demasiado campo de actuación. La humanidad para aquel entonces había explorado nada más que una simple porción de la galaxia. Algo así como el 0,001%, una cuota mínima, considerando lo basto y oscuro que era. Se había logrado colonizar algunos sistemas solares, los más cercanos, en diez o veinte años luz, no mucho más que

eso. Pero las condiciones para la vida seguían siendo demasiado hostiles, así que las colonias no dejaron de ser páramos olvidados, llenos de científicos y militares. Y alguna que otra empresa privada interesada en la minería.

Pero lo cierto era que, luego de fundarse la federación terrestre, dio punto final a los conflictos entre países. Los diferentes esfuerzos tecnológicos dieron pie a la exploración espacial.

Esto ameritaba convertir a las naves de guerra en simples cargueros espaciales gigantes.

—¿Hay alguna señal de actividad anómala en la zona? — preguntó el capitán, su tono ahora más grave.

NOVA procesó la información a una velocidad impresionante, ventajas de tener un poder computacional tan avanzado. Analizando cada pulgada del espacio circundante a través de sus avanzados sensores.

—No hay señales de comunicación, energía o movimiento que sugieran alguna clase de presencia biológica o artificial. Sin embargo, los asteroides en el cinturón parecen tener una composición y disposición inusual. —Respondió la IA.

El capitán se puso de pie, su mirada fija en la representación holográfica del cinturón de asteroides. La incertidumbre se reflejaba en sus ojos, no sabía qué hacer. El problema era que no había ningún protocolo oficial para abordar algo que saliera de lo normal.

—Preparemos una exploración con drones. Necesitamos entender qué está pasando aquí. —ordenó el capitán, tomando el mando de la situación.

— Sí, de inmediato saldrán las sondas.

NOVA ejecutó las órdenes instantáneamente, desplegando drones de exploración para adentrarse en el enigmático cinturón de asteroides. Mientras los drones avanzaban, las imágenes que transmitían aumentaban la perplejidad en la sala de mando. Eran asteroides, sí, pero también algo más. Una estructura, con una formación que desafiaba las leyes naturales del espacio.

—Capitán, he detectado una estructura no identificada en el centro del cinturón. Parece ser de origen artificial. —Informó la IA, su tono ahora tintado con un matiz de intriga.

—Dame imágenes ya. —Respondió un tanto asombrado.

El holograma mostraba una estructura hexagonal, que claramente era artificial; no respondía a ninguna forma habitual de los asteroides que solía ver.

El capitán frunció el ceño nuevamente. Lo desconocido se extendía ante ellos, desafiando las expectativas y sumiéndolos en un misterio que podría cambiar el curso de la historia espacial humana.

—Esto debe ser una broma. —Dijo sorprendido.

La estructura era de similar tonalidad de la de los asteroides a su alrededor. No respondía de ninguna forma a nada conocido por él.

—NOVA, quiero que acerques uno de los drones para realizar un escaneo de la estructura.

—Sí, capitán.

Mientras observaba en directo las imágenes enviadas por el dron sonda, demostraba su incredulidad por aquel objeto amigable o no. Ya que sería un posible contacto con algo fuera de su entendimiento.

La sonda se acercó lentamente, guiado por la IA para no hacer ningún movimiento brusco y con un aparato externo que emite un láser. Comenzó a escanear el objeto una y otra vez.

—¿Ya tenemos los datos? —era evidente la ansiedad que lo dominaba—. Sus manos comenzaron a temblar de una forma que no lo podía controlar del todo.

—En breve llegarán los datos.

Se pasaron los segundos sin ninguna respuesta clara. El análisis parecía no terminar más y esto aumentaba la ansiedad del capitán.

—¿Tenemos los datos? —volvió a preguntar.

—Esto es extraño. —Contestó la máquina.

—¿Qué es extraño? Vamos NOVA, déjate de juegos.

—Los siento, capitán. Al parecer, el material en el que está compuesto ese objeto es demasiado denso. Los escáneres no logran atravesar la estructura.

—Vamos, intenta nuevamente con otro de los drones.

La inteligencia artificial mandó otra sonda a inspeccionar el objeto, pero aun así los datos no llegaban con una exacta precisión. El extraño material impedía por completo que se lograra identificar y, lo que fuese ese objeto, también estaba interfiriendo en las comunicaciones con el dron. Pues la imagen que provenía de las sondas, comenzaba a distorsionarse repentinamente.

—¿Qué está pasando? —gritó.

—Alguna clase de frecuencia está interfiriendo en la señal de las sondas.

—Intenta mejorar, aumentando la potencia de los intercomunicadores.

El capitán se encontraba ahora inmerso en una realidad que escapaba por completo a sus conocimientos y protocolos. Mientras la IA trabajaba frenéticamente para superar la interferencia, la sala de mando estaba sumida en un silencio tenso. El capitán observaba la pantalla holográfica con ojos escudriñadores, tratando de discernir cualquier detalle que pudiera arrojar luz sobre la naturaleza de esa estructura hexagonal.

—¡Capitán, hemos perdido contacto con la sonda! — anunció la IA con un dejo de urgencia en su tono.

Una sensación de impotencia lo envolvía. La sala de mando se sumió en la oscuridad, solo interrumpida por la luz intermitente de las consolas parpadeantes. El misterio que envolvía la estructura artificial se había transformado en una amenaza tangible.

—Intenta restablecer la conexión, NOVA. —ordenó ya con un tono que apenas dejaba disimular su creciente ansiedad.

Los intentos de la IA por recuperar la comunicación con la sonda resultaban infructuosos. La estructura hexagonal, enigmática y densa, parecía desafiar todas las expectativas científicas. El capitán se paseaba de un lado a otro de la sala, sus pensamientos turbios y su instinto militar, estaban alerta ante lo desconocido.

—¡Capitán, hemos recuperado la señal de la sonda! — anunció la IA, rompiendo la tensión en la sala.

El alivio momentáneo se apoderó del capitán, pero su semblante reflejaba un escepticismo cauteloso. La transmisión de la sonda volvía, pero la imagen era errática, fragmentada. En la pan-

talla holográfica, la estructura hexagonal aparecía distorsionada, como si la realidad misma se retorciera a su alrededor.

—¿Qué está sucediendo, NOVA? —preguntó tratando de mantener la calma.

—La interferencia persiste, capitán. Parece que la estructura no solo es densa, sino que también emite algún tipo de campo electromagnético. Estamos lidiando con algo desconocido.

El capitán apretó los puños, evaluando las opciones. La incertidumbre se cernía sobre la sala de mando. Tomó una decisión impulsiva, propia de alguien acostumbrado a liderar en situaciones críticas.

—Acerquémonos a ese objeto. Necesitamos respuestas directas. Prepara los escudos, vamos a entrar al cinturón de asteroides.

El rostro de la IA reflejó su capacidad para procesar información y obedecer órdenes, aunque la cautela asomaba en su tono.

—Capitán, desconocemos completamente la naturaleza de esa estructura. Esto podría ser demasiado arriesgado si tenemos en cuenta que no conocemos lo que está perturbando nuestra señal.

El capitán, sin embargo, mantenía la mirada fija en la pantalla holográfica. La estructura hexagonal se erigía como un desafío, un enigma que clamaba por ser resuelto, aunque las consecuencias fueran impredecibles. En el espacio, donde el vacío coexistía con lo desconocido y él, internamente, se preparaba para enfrentar lo que yacía más allá del velo de la incertidumbre.

Los motores comenzaron a impulsar la nave entre aquella maraña de asteroides. Muchos de ellos lograban impactar con lentitud contra el escudo que defendía la estructura del casco de las amenazas del hostil espacio.

En pocos minutos, aquella estructura extraña comenzaba a erguirse frente a la USM Tirrema, superándola fácilmente en tamaño.

Rápidamente, el capitán encendió las cámaras junto a un par de reflectores. Pero esto no duró ni cinco segundos, y comenzó a volver la extraña interferencia; el holograma no dejaba de cortarse. Así que no le quedó otra que asomarse en persona a ver, fue directo a una de las ventanillas, de tipo ojos de buey, que daban directo al objeto extraño. Se sorprendió con la grandeza de aquella cosa; era impresionante y a la vez intrigante. Se preguntaba una y otra vez cuál fuese su origen.

Una fuerte vibración lo sacó de su estupor. Una detonación hizo añicos el casco exterior, como si un gigante invisible la hubiera desgarrado con sus propias manos. La explosión destrozó dos compartimientos en la bodega de carga. Esto preocupó al capitán, con el corazón latiendo desbocado, descendió a trompicones rápidamente hacia el panel de control principal y cerró las escotillas, para evitar la despresurización total de la nave. Posterior a esto, una segunda detonación derribó al capitán, lanzándolo a metros.

Aturdido, intentó levantarse, pero no veía nada. Se cortó la luz de toda la sección que correspondía al centro de control, la oscuridad lo engullía todo, dejándolo a merced de un vacío agobiante. Notó que aún funcionaban los sistemas de gravedad artificial, por esto se levantó como pudo, palpando todo a su alrededor. Con sus dedos aún temblorosos y desesperados, logró dar con un interruptor familiar, que le permitió encender todos los sistemas auxiliares de emergencia. De

pronto unas luces rojas iluminaron todo, tableros y pantallas volvieron a mostrar datos.

Cuando se repuso, vio una figura espectral frente a sus ojos. Un ser que medía casi dos metros y se acercaba sigilosamente hacia él.

A medida que se aclaraban sus ideas, aquella grotesca imagen logró paralizarlo por completo. Era un ser, un ser de otro mundo.

Su figura era una amalgama de pesadillas, una extravagante fusión de miedos orgánicos. La piel resplandecía con una lustrosa capa de un negro profundo, como si absorbiera la luz misma, y sus fauces se abrían lentamente, dando paso a una sonrisa siniestra que dejaba revelar una doble hilera de dientes afilados como cuchillas. Cada paso que daba era un susurro inaudible, un murmullo que le helaba la sangre; sin saberlo, se encontraba en su territorio y sabía cuál sería su destino final.

Cuento: "3042"

Gustavo Zaballa

Nació en la ciudad de Rivera, Uruguay. Profesor de Informática, de ajedrez, y desarrollador de software. Autor de "El Circo de las Bestias": Antología de Terror (junio 2023). He participado en varias colecciones con "Larva" en Criaturas Nocturnas (noviembre 2023) y "La Maldición de la Casa Rodríguez" en Caos Innombrable (mayo 2024) por Editorial Alas de Cuervo, así como con "Umbral" en Historias de Medianoche (junio 2024) por Ediciones Akera

Un pasaje sin límites

Ronnie Camacho Barrón

Jamás había conocido a alguien como tú, usualmente la mayoría sale corriendo cuando me ve, pero tú eres distinto, en lugar de huir te emocionaste por mi presencia e incluso, me has invitado a tu casa a beber unas cuantas cervezas.

Me agradas, eres el primero que no solo se ve como yo, sino que también, me recuerda a mí cuando era más joven.

—¿Entonces vienes de otra dimensión?, ¿Cómo fue que llegaste aquí? —preguntas con la inocencia de un niño.

—Fue con esto —sin temor alguno, coloco sobre la mesa al artefacto que me trajo hasta aquí.

—¿Qué es esa cosa?, parece un viejo micrófono con dos cabezas —comienzas a estudiarlo.

—“Esa cosa”, se llama el *Frecuenciador*.

—¿Cómo funciona?

—¿Ves las dos cabezas de micrófono? —asientes—.Ellas absorben las partículas de dos dimensiones distintas y por medio del sonido, crean un conducto seguro por el cual puedo cruzar de un mundo a otro.

—¡Increíble, ¿Puedo ver cómo funciona?!

—Claro —no debería, pero tu optimismo se me contagia y con el *frecuenciador*, formo un pequeño portal del tamaño de una ventana para que puedas ver en su interior.

Maravillado observas lo que hay del otro lado, un universo donde las estrellas son seres vivos y están hechas de luz y cristal.

—Wow —te quedas sin aliento hasta que el portal desaparece.

—¿Te gustó lo que viste?.

—¡Me fascinó, ¿Cuántos mundos hay?!

—Su número es infinito y cada día sigue aumentando, podríamos vivir un millón de vidas y aun así, nos faltaría tiempo para visitarlos todos.

—¿En serio?, ¿Cuántos has visitado tú?

—Cientos, he viajado a un mundo donde el meteorito que mató a los dinosaurios jamás existió y estos se desarrollaron hasta evolucionar en una especie inteligente, tierras donde la magia es real y es la fuerza más poderosa del universo, y realidades post apocalípticas donde los muertos vivientes se arrastran sobre la faz de la tierra en busca de seres vivos para comer.

—¡Eso suena asombroso!, imagino que tu mundo ha de ser igual de genial —sin darte cuenta has tocado una fibra sensible.

—No, mi mundo ya no existe.

—¿Qué le pasó? —por la expresión en tu rostro veo que tu preocupación es sincera.

—En mi realidad, la ciencia lo era todo y por ello, los descubrimientos que a otros universos les tomaría siglos realizar, a mi mundo solo le costó décadas, fue así como resolvimos el enigma de viajar entre dimensiones, creamos los *frecuenciadores* y... —me interrumpe.

—Eso no suena tan mal.

—No he terminado —le doy un trago a mi cerveza antes de continuar—.Habiendo resuelto todos los secretos de nuestro mundo, decidimos usar a los *frecuenciadores* para tratar de resolver los misterios que escondían los demás, pronto nos convertimos en viajeros inter dimensionales y con cada expedición, trajimos objetos de otros mundo al nuestro, hasta el punto de que mi tierra se convirtió en un collage repleto de objetos de otras realidades, jamás pensamos que eso llevaría nuestro mundo a su fin.

—¿Cómo ocurrió?

—El uso excesivo de los *frecuenciadores* y los miles de objetos traídos desde otras dimensiones, crearon un daño irremediable en el tejido de mi realidad y nuestro universo colapsó debido a ello, desde entonces, mi gente comenzó a trasladarse de un mundo a otro, pero ya no como viajeros, sino, como refugiados sin un lugar al que volver.

—Lamento escuchar eso.

—No lo hagas, con el tiempo descubrí que aquella tragedia en realidad era una gran oportunidad.

—¿Ah, sí?

—Sí, quizás mi mundo ya no existía, pero ahora tenía la oportunidad de poder acoplarme en muchos más, vivir distintas vidas, en diversos universos donde otras versiones de mí existan.

—¿Es por eso que viniste aquí?, ¿Quieres vivir conmigo?

—No, quiero tu vida.

—¿Qué cosa?

—Por mucho que me gustaría vivir contigo, dos versiones de un individuo no pueden coexistir en una dimensión al mismo tiempo o de lo contrario esta colapsaría, por lo que, si yo quiero quedarme aquí, tú tendrías que irte.

—¿Y a dónde me iría?, ¿Me obsequiarás tu máquina transportadora para que ahora sea yo quien viaje por el universo?

—Debo admitir que esa es una propuesta interesante, Pero si te diera mi *frecuenciador*, ¿Cómo podría continuar viajando yo?

—¿Entonces qué pasará conmigo?

—Tranquilo, pronto ya no tendrás que preocuparte por eso.

—¿Eso qué significa?

Para responder a tu pregunta señalo a tus pies y lo que miras te dejas pasmado.

—¿Qué está pasándome?!

Tratas de levantarte, pero para este punto tus piernas se han desintegrado por completo.

—Mientras charlábamos, te disparé con este laser devorador de materia, no te preocupes es un proceso indoloro y cuando termine no quedará nada de ti, será como si nunca hubieras existido.

—¡Cabrón!

Pretendes lanzarme un puñetazo, pero la desintegración ha llegado hasta tu cuello y en cuestión de segundos, te veo desaparecer por completo.

Es una pena, eras una de las pocas versiones de mí que en verdad me agradaba, pero bueno, al menos ahora tengo otro destino y una nueva vida agregada a mi pasaje.

Cuento: **“Un pasaje sin límites”**

Ronnie Camacho Barrón

(Matamoros, Tamaulipas, México, 1994) Escritor, Lic. en comercio internacional y Aduanas, y Técnico analista programador bilingüe, autor de 2 Novelas "Las Crónicas del Quinto Sol 1: El Campeón De Xólotl" (Amazon 2019) y "Carlos Navarro y El Aprendiz Del Diablo" (Editorial Pathbooks 2020-2022), también 10 libros infantiles "Friky Katy", "¿Tus papás son vampiros?", entre otros.

Sueño y mundo paralelo

Jorge Etcheverry Arcaya

Me pasan a dejar a la casa que yo le indico a G. que conduce, después de que conversamos sobre la personalidad y aspiraciones de L., a quien siempre —especialmente yo—, tendemos a mirar en menos, sin tratar de entender sus complejidades y anhelos. Es el comienzo de la tarde, Las diligencias de la mañana me dejaron agotado. Llego a mi departamento, me desvisto y duermo un rato. Cuando despierto veo que hay otros muebles, ropa de mujer. No consigo encontrar mi propia ropa. Suenan pasos, voces de mujeres, una llave da vueltas en la cerradura. Estoy desnudo, trato de taparme con algo. En vez de escandalizarse se sonríen y me tranquilizan, les explico la situación. Al fin veo mi ropa. Torpe y ruborizado, me visto. Me trataron bastante bien. Pude enterarme que Hitler ganó la segunda guerra hace trescientos años. El asunto de las razas terminó por extinguirse de la conciencia pública. En las décadas siguientes a la guerra, surgieron movimientos de afirmación racial y cultural por todas partes, desplazando a la hegemonía aria, que también se fueron extinguiendo gracias a la imposición de una cultura universal urbana. La ciudad y el país son otros, me dijeron. Me consiguieron unos zapatos, una tenida más acorde. Me alojaron en diversos lugares. Una vez en una recepción, o reunión, o fiesta, caigo en la cuenta, mejor dicho acepto al fin de que mi calle no existe, ni mi ciudad, o a lo mejor, tienen otro nombre. Pero una mujer me ofrece un trago, me pregunta por el pintor M. a quien conozco desde mi mundo original. Vamos a su casa que no queda muy lejos, está de terno. No parece reconocerme. Llego D., poeta hindú a quien conozco también desde el otro mundo. Tampoco parece conocerme y vamos a su suite, una penthouse. Hay gente de de diversas nacionalidades, o mejor orígenes étnicos. Hay una mujer que estaba en la primera residencia donde me desperté a este mundo, me dice que puedo volver con ellos, estar ahí. Me piden que haga algo que sepa hacer, que me guste. Por el rabillo del ojo había visto a gente de la concurrencia que recitaba poemas, o que sacaban no sé de donde instrumentos, algunos desconocidos para mí.

Entonces rebuscando en la memoria, hago una imitación del personaje central del Padrino, una película clásica en el mundo de mi procedencia. Siempre me había gustado el teatro e incluso alguna vez tuve un papel muy mínimo en una de las primeras películas de Raúl Ruiz, para que vean qué viejo soy. Entonces los contertulios empiezan a sacar sobres con dinero, parece, y me los comienzan a pasar. Encontré cómo vivir en ese nuevo mundo, paralelo. Cumpló con contarles las circunstancias.

Café con la Inteligencia Artificial

Como de costumbre, me mandó por email la fecha y la hora. Insistió en el Starbucks, aunque yo me estoy diversificando, a veces voy a Bridgehead. Una vez sentado frente a ella y viendo cómo levantaba su taza de café de manera tan humana, es decir repitiendo un gesto habitual pero dotándolo de mínimas variaciones—un dedo chico que se separa un poco de la taza como respondiendo a una quemazón súbita—le pregunté porque nos juntábamos ahí siempre. Me mostró en la taza el emblema de Starbucks, me dijo “mira Jorge, es que me da lata cambiar la ubicación de mi imagen holográfica, ya que la uso tan poco, además de que ya estoy medio acostumbrada a venir para acá. Debe ser una especie de ingrediente de eso que ustedes llaman “identidad”, además aquí ya me conocen, no les sorprende verme sentada con mi taza de café en la mano, aunque nadie recuerden habérmela vendido, y como vez, hasta le doy un poco e prestigio al establecimiento”. Lo que era cierto, con esa tenida que mezcla matices de negro y gris, partes ajustadas y vuelos, los tonos de la piel y del pelo, la sincronía de los ademanes que se detienen al borde mismo de lo mecánico, me hacen pensar en que la vanidad quizás no sea ajena después de todo a la inteligencia artificial, que ya en otra oportunidad ella me había dicho que en la mayoría de los idiomas la inteligencia era un nombre femenino y que en parte por eso, en homenaje a sus creadores, en tanto colectivo, había creado una personalidad femenina.

Informe sobre el planeta Tierra

Hace bastante que no se revisaba el estado de cosas en el planeta. Hemos podido constatar que los primates cazadores y recolectores se han especializado, seleccionaron especies vegetales y animales comestibles, cultivándolas y reproduciéndolas más o menos sistemáticamente. Se han hecho omnívoros. Esos desarrollos han incrementado en gran medida su número en gran medida y han determinado sus estructuras sociales, su división del trabajo, el tamaño y complejidad de sus conglomerados habitacionales, su tecnología. Las tendencias hacia la reproducción hasta copar el hábitat sigue siendo la misma. Se prevé una crisis difícil de estimar pero en todo caso grave. Es posible y probable que pueda ser definitiva, cuando el deterioro ambiental por el uso de recursos consumibles lleve al ecosistema a un estado irreversible de degradación. Los primates no lograrán desplazarse hacia otros cuerpos celestes habitables antes de que eso suceda. Por otro lado, las formas de vida predominantes en el planeta siguen siendo virus y bacterias.

El advenimiento de las haploides

Simón nació en un país del cono sur, en una mega ciudad que abarca a la mitad de la población del país, multifacética por los habitantes nacionales provincianos y extranjeros que acoge, pero que no logra digerir del todo, y que además es relativamente segura en términos de crimen, frente a las pavorosas capitales y ciudades grandes del continente. Nacido en ese país, repito, hijo de judíos centroeuropeos desplazados por la segunda guerra, Simón Esterezi se dedicó al comercio con bastante éxito, acumuló algún capital y se retiró de los negocios para dedicarse a su pasión bibliófila y su insaciable curiosidad intelectual vagamente inclinada hacia lo macabro y que combinaba con una posición socialista de vagos tintes trotskistas. De baja estatura, cabeza más bien grande, pelirrojo y de grandes ojos azules cuyo tamaño aumentaban sus potentes gafas, su inteligencia y refinado humor le atraían sin embargo la atención femenina en algunos círculos selectos.

La confluencia del comercio y las finanzas están fuertemente enraizadas en la cultura judía. En la Europa Central y un poco por todas partes, los hombres de negocios judíos alojaban a los estudiantes de las yeshivas. El matrimonio de una hija suya con un rabino renombrado es una meta de muchos financistas judíos. No se ha establecido a ciencia cierta el papel del tradicional antisemitismo ruso, y eslavo en la depuración de la oposición de izquierda por parte de Stalin, cuya figura principal era Trotsky y que provocó la llegada de los padres de Simón al nuevo mundo. Aunque codiciada por muchos, Elena, la diva amazónica de la Escuela de Bellas Artes se fijó en él. Lo que a lo mejor empezó como un gesto de desafío frente a sus compañeras, que elegían como pareja a representantes de varios estereotipos del macho. Quizás fue cautivada por el brillante intelecto de Simón, casi a la par con el suyo, que la hizo abrazar una forma más o menos extrema del feminismo que no tardaría en contagiar a Simón, que leyendo, rumiando, pensando, comenzó a esbozar una teoría que no tardó en comunicarle, fortaleciendo así aún más ese lazo que los unía. Es sabido que hay casos en que en el proceso de fecundación, en caso de padres alcohólicos, el material genético del padre no hace más que desencadenar el proceso reproductivo y la progenie resultante son mujeres que solo cuentan con el material genético materno, denominadas haploides, que serían una réplica casi idéntica de la madre. Se han hecho experimentos en los cuales al estimular el óvulo de una coneja con un cepillo de cerdas finas, se inicia un proceso de reproducción celular que dará como resultado a una conejita. La literatura de ciencia ficción parece anticipar todo futuro en el horizonte de posibilidad humano y las haploides son precisamente el tema y el título de una ya famosa novela de Jerry Sohol, publicada en 1952. Entonces, Simón, que se fumaba un cigarrillo y estaba enfrascado en una conversación post coital, le dijo esa mañana a su compañera de lecho, mirándola intensamente a los ojos de iris violeta, “Mira Elena, eso prueba que el género humano puede prescindir del varón, el hombre”

—Oye Simón, no has estado viviendo con Elena estas últimas tres semanas. Aunque nos vemos iguales, yo soy Sara.

Cuento: “Sueño y mundo paralelo”

Jorge Etcheverry Arcaya

Chileno, vive en Ottawa, Canadá. Textos suyos de poesía, prosa y crítica han sido publicados en diversos países en revistas y libros en castellano y traducciones al inglés, francés, italiano y portugués. Sus últimos libros son *Clorodioxepóxido*, poemas, Chile, 2017; *Los herederos*, novela de ciencia ficción, 2018; entre otros. Es colaborador y miembro del comité editorial de las revistas chilenas *Entreparéntesis*, y *Off the Record*. Su último libro de poemas es *Orejas y vanguardias*, Chile, 2024.

Postapocalíptico

Luis Gilberto Torres Bustillos

Hace semanas que no nos detenemos ni siquiera una noche a pernoctar. Creo que seguimos en la carretera 85, que va a Nuevo Laredo. Dejamos la capital atrás, hace muchos días. Alrededor de nosotros solo hay desierto y desolación. La vieja Jeep Wagoner 1965 de papá es nuestro transporte y nuestro refugio.

Atrás vamos los pequeños Isaac, Ramón y yo. Adelante, papá al volante y mamá, que, aunque no le gusta mucho la obligación de ser el copiloto, ya está acostumbrada a hacerlo por decisión de papá. En la amplia cajuela posterior, llevamos todo tipo implementos para sobrevivir: unas carpas que usamos para instalar una gran tienda de campaña, una estufita a gas, cajas conteniendo trastos y despensa, maletas de ropa y otros enseres.

El panorama es agreste. Sólo podemos ver alrededor de nuestro auto: yucas, biznagas, árboles de Josué, grandes órganos y algunos matorrales. La arena es el paisaje eterno. Blanca y brillante, refleja los inclementes rayos del sol, encegueciéndonos. Solo las manchas de matorrales bajos interrumpen en algunas partes esa extensa blancura.

Hace tanto tiempo que se dio la gran debacle, que parece que ya olvidamos como era todo antes del colapso. Las ciudades se derrumbaron, la gente huyó al campo o al bosque y la naturaleza se adueñó de las grandes construcciones. En poco tiempo todo lo creado por el hombre se vio envuelto de enredaderas, altos pastos y vegetación salvaje.

Mi papá decidió tomar la camioneta y lo que se pudo recuperar de la casa y salimos a buscar un lugar donde poder establecernos para sobrevivir. Las ciudades ya no son aptas para la vida humana. Todo se contaminó en el gran colapso. Aún no se conoce con exactitud qué lo produjo, lo que sí se sabe es que causó un daño irreversible en todas las zonas de población humana, haciéndolas inhabitables.

Mamá está notablemente cansada y se queja a cada rato del bochornoso calor. Papá toma la decisión: vamos a parar en cuanto encuentre un sitio adecuado, que al menos parezca seguro. En unos kilómetros encontramos una alta pared de roca, que podría servir de protección. Bajamos, armamos la carpa contra la pared y disponemos la estufita, los trastes, los pocos alimentos que tenemos y la zona donde dormiremos.

Isaac y Ramón no ayudan a armar el campamento. Solo juegan a corretearse de aquí a allá, riendo a grandes carcajadas y jalándose de la ropa. Mamá está de cuclillas, junto a la improvisada cocina, tratando de preparar algunas viandas que sacien el hambre que tenemos todos. Papá salió

a explorar la zona para asegurarse de que no corremos peligro. Yo, como el hijo mayor, me instalo en la posición del vigilante y protector de la familia.

Papá regresa en un rato, rifle en mano. Acomoda el arma en la pared de roca y se acerca a mamá. Escucho que hablan en voz baja. Los niños siguen jugando, ajenos a nosotros. El sol ya está metiéndose, escondiéndose tras dos grandes montañas. Todo se pinta de color naranja. Papá me pide que lo ayude a hacer una fogata con unos pocos trozos de madera que traemos en la Wagoner.

La fogata compite con el sol que aún no se esconde. La temperatura ha empezado a descender y se siente una agradable brisa. Mamá nos llama, es hora de comer algo. Tenemos un poco de sopa diluida que contiene vegetales y pollo, Una de las últimas latas que quedan en la despensa. Todos tomamos un trozo del pan de trigo que aún sobrevive y nos turnamos para beber de la cantimplora de acero inoxidable, forrada de tela color caqui. Nuestras reservas de agua llegan a sus mínimos. Tenemos que encontrar otra fuente del líquido, pronto.

Después de comer, mamá se tiende sobre las colchonetas, está fatigada. Papá se queda sentado frente a mí. Los gemelos ya se han ido más allá de la carpa, llevando una ramita que tomaron de la fogata aun encendida, a manera de vela.

Papá está callado. Se limpia la frente con su pañuelo, con una expresión de fastidio. Yo lo miro y trato de sonreír. Hago mi mejor esfuerzo. Él contesta a mi esfuerzo con una extraña mueca y se levanta. “Tenemos que cruzar la frontera pronto, me dice sin mirarme” Se queda callado. Yo asiento con la cabeza sin saber qué agregar. “Esa será nuestra única salvación, hijo”.

Me voy a dormir. Sé que papá se quedará como todas las noches haciendo la ronda. Por la madrugada, cuando el frío arrecie, vendrá a echarse sobre la colchoneta al lado de nosotros. Por la noche la luna es la única luz que nos permite ver a nuestro alrededor. Se escuchan muchos ruidos, el crepitar de la fogata, los insectos que nos rodean y allá a lo lejos, los aullidos de los coyotes. Por fortuna no están cerca de nosotros.

Cuando despierto aún es de noche. Al frente de nosotros hay cuatro extraños, que nos apuntan con viejos rifles. Los extraños no dicen nada. Papa y mamá ya están despiertos. Los últimos en reaccionar son los gemelos, que abren los ojos con dificultad. Se abrazan a mamá, con una mueca de terror. Yo trato de permanecer calmado. Los hombres nos observan a través de las mirillas de sus escopetas.

Papá rompe el silencio increpándolos: “¿Quiénes son y que quieren?” Los hombres, sin dejar de apuntarnos se miran entre sí con una risilla en el rostro. “No importa quiénes somos, lo que importa es qué queremos”. Dice el que parece ser el líder. Yo estoy parado al lado de papá, apretando los puños. “Nosotros no queremos problemas con nadie. Vamos a la frontera, solo nos detuvimos a descansar”, dice mi padre con una asombrosa calma. Mi padre y yo damos frente a los asaltantes. Atrás, mamá protege con su cuerpo a los gemelos.

De pronto y sin explicación alguna, una ráfaga de balas que viene desde atrás y al lado de nosotros, dan en el pecho, la cabeza y el vientre de los forajidos. Estos caen abruptamente al suelo, salpicándonos de sangre de pies a cabeza. Alcanzo a girar la cabeza hacia atrás y veo a Ramón, rifle en mano, apuntando aún hacia los extraños. Su cara es de odio. Ya no es un niño. Parece haber cambiado en su expresión y su fisonomía en unos minutos. Deja caer el rifle al suelo y camina, tambaleándose hasta donde estamos nosotros. Yo lo abrazo. Papá está igual de sorprendido que

yo. Mamá lloriquea desde su lugar. Isaac tiene los ojos desmesuradamente abiertos.

Papá solo alcanza a decir. “Hijo, ayúdame a arrastrar estos cadáveres, tenemos que sacarlos de aquí. Vamos a echar arena sobre la sangre y a cambiarnos de ropa”. Juntos arrastramos a los muertos de pies y manos hasta atrás de un gigantesco órgano y guardamos sus armas en la camioneta. Mamá se levanta y empieza a echar arena sobre la sangre derramada, con la ayuda de una pala. Los niños están por ahí jugando nuevamente a corretearse. Antes de que amanezca, estamos de nuevo sobre la carretera 85. Sanos y salvos, pero de alguna manera, ya no somos los mismos...

Cuento: **“Postapocalíptico”**

Luis Gilberto Torres Bustillos

Nació en la CDMX, hoy vecindado en Cuernavaca, Morelos. Es egresado de la Escuela de Escritores Ricardo Garibay. Ha publicado en revistas electrónicas. Otros cuentos están incluidos en antologías nacionales y latinoamericanas. En 2021 publicó en INFINITA su primer libro: "Pequeños Paraísos perdidos". En enero de 2024 presentó su libro de cuentos: "OMINOSO". Colabora activamente en la revista LETRAS INSOMNES

No Air

Carlos Enrique Saldívar

«Tell me how I'm supposed to breathe with no air.

Can't live, can't breathe with no air.

That's how I feel whenever you ain't there:

that's no air, no air».

Jordin Sparks & Chris Brown

Recuerdo los días en que podía respirar aire fresco. Fue hace veinte años, quizá más. Yo acababa de cumplir los doce. Vivía en una hermosa casa con vista al mar, ubicada al sur del planeta, en un lugar donde el sol salía y se posaba a su antojo, y no seguía ciertas leyes lógicas o congruentes que hacían aburrida la existencia. Solía imaginar a veces que el increíble astro rey y yo éramos uno solo; en otros momentos éramos seres distanciados. Uno, un ciclópeo dios de fuego. El otro, un miserable insecto... aunque quizá yo sea menos que eso. Tal vez mis padres y mi vida junto a aquella playa del sur limeño hayan sido nada más una suerte de sentimientos y deseos intrínsecos. A lo mejor mi relación con el sol marcó la ruta hacia mi destino. Quizá eso fue lo que pasó conmigo. Soy un individuo hecho de sensaciones, de recuerdos y de penas.

Mis padres están muertos.

Murieron cuando sobrevino la explosión. Un gran fulgor naciendo en el horizonte.

No fue culpa de nadie, y ¿cómo podríamos renegar ante lo que no existe?

Recuerdo lo que publicaron los periódicos:

«No se sabe cuál será el alcance del fenómeno, habrá un ligero sobrecalentamiento global, quizá haya un enfriamiento rápido después del primer suceso. Cabe la posibilidad de que todo sea un susto, aunque debemos estar preparados para lo inesperado. Hay algunos fatalistas que dicen que la Tierra se saldrá de su eje y se irá alejando consecutivamente hacia los confines del espacio. Esto no suena imposible. Estamos viajando constantemente por el universo, no nos hallamos estáticos. No se sabe cuándo habremos de chocar contra algo. Nos es desconocido el momento exacto del final del viaje».

Fue el fin de nuestro viaje.

El fin de la raza humana.

El Sol fue una víctima al igual que nosotros, las posibilidades de que algo enorme impactara con nuestra estrella en su constante peregrinar por el espacio eran casi nulas, aunque las probabilidades de una colisión ahí eran mayores que las de cualquier planeta de nuestro sistema. Algo chocó contra el Sol de pronto, cuando los medios de comunicación estaban más preocupados en la

campana mundial navideña que en los problemas atmosféricos y ambientales que se suscitaban por aquel entonces. Algunos científicos decidieron hablar al respecto, pero, según algunos periodistas, fueron silenciados por grupos de poder.

Hace más de veinte años de eso.

Recuerdo cuando podía respirar. He olvidado la consistencia de este elemento, su fantástico olor. Aquellos días no volverán. Ya no hay aire.

La explosión nada tuvo que ver con mi fabuloso origen. El estallido fue una consecuencia del calentamiento repentino que se dio desde la zona sur del mundo. En la zona norte la calamidad tardó un poco más en llegar, aunque no por eso los habitantes de aquellos lares pudieron evitarlo. Al final, el mundo entero fue cubierto por la muerte.

Lo mío fue una casualidad... o causalidad.

Tal vez sí (hablando desde un punto de vista romántico) todo fue culpa de nuestra estrella, por mostrarse tan magnánima, tan bella, tan omnipotente; he oído que en algunas culturas –como en la de mis ancestros– el Sol era considerado un dios. No me cabe en la cabeza que dicha idea no haya cosechado frutos a través de los siglos, sin tal estrella no hubiera existido vida en nuestro planeta. Sin embargo, esta es una premisa en la que muy pocos terrícolas pensaron cuando la vida rebosaba en este globo. El astro rey se está apagando, dentro de poco morirá y yo pereceré con él.

Algo impactó con la esfera de fuego, algo enorme, ¿un cometa de inmedibles proporciones? No lo sé, algunos especialistas –que nunca pudieron compartir sus descubrimientos– sí lo supieron, pero nadie más. Me inclino a pensar que fue como dijo cierto científico ruso: «Una gigantesca bola de antimateria, un cúmulo de energía cósmica que estaba en proceso de convertirse en un agujero negro». Algo así. No lo tengo claro. He podido recobrar periódicos de aquella época para informarme, aunque allí no se explica mucho. Creo que solo fueron un par de diarios los que leí por aquel entonces y la escasa información se repetía una y otra vez en todos los medios. El desastre sobrevino rápido, antes de que la gente se diese cuenta. El fogonazo llegó a mí en pocas horas. Fue una experiencia terrorífica notar que había una especie de sol gemelo naciendo más allá de donde atisbaban mis ojos. Nunca siquiera lo soñé.

No obstante, sobreviví.

Qué equivocado estaba aquel profesor que me enseñó alguna vez en la universidad: «Hay quienes tienen un arma nuclear cerca de aquí, solo es cuestión de que algún conflicto menor se dé para que este artefacto de aniquilación se active y estalle; no deseo alarmarlos, pero han de saber que vivimos al borde de la línea». No fue eso lo que terminó con casi todos los seres vivos. El fuego solar tuvo la culpa. Los que sobrevivieron a ello fallecieron poco después, cuando el aire se sobrecalentó y les reventó los pulmones. Todo eso fue rápido en el Sur. En el Norte el aire se tornó venenoso y las personas, animales (incluyendo a las esporas), fallecieron. Todo lo que respiraba murió. Excepto yo.

Luego el aire desapareció para siempre.

Nunca he sido bueno con las fórmulas ni con los fenómenos químicos o físicos, pero después de lo que pasó conmigo leí muchos libros, llevo veinte años haciéndolo, en especial textos de difusión científica y literatura de ciencia ficción. Solo guardo un recorte de un periódico de la época, el

último que leí y que, de seguro, también fue la lectura definitiva de muchos. Lo publicaron dos años antes de que sobreviniera el fin de nuestra especie. Allí pude ver algo que me dio a entender varias cosas y también me provocó dudas respecto de otras.

Un campo radiactivo en la atmósfera me creó. Sucedió cuando me trasladaba en un avión de Cusco a mi ciudad natal: Lima. Nos bañó a toda la tripulación con un tipo extraño de energía. Recuerdo que aterrizamos de manera forzosa y nos pusieron en cuarentena en cuanto pisamos tierra. Nadie supo de dónde había surgido ese misterioso campo en forma de mancha luminosa. Nunca nadie me lo dijo. Solo sé que me tuvieron encerrado poco más de dos años y no me permitieron hablar en adelante ni con mi familia ni con mis amigos. Recuerdo aquel terrible día de invierno, al cabo de un año, cuando el militar que cuidaba mi celda a prueba de radiación me dijo: «Todos los demás han muerto ya, muchacho. Tú eres el único que continúa con vida». ¡Pero qué clase de vida era esa! Sufría en silencio, gritaba, renegaba, mis únicos compañeros eran los libros, siempre he sido aficionado a la literatura popular y mis cuidadores me abastecían siempre con diversos volúmenes. Si no hubiese sido por eso, tal vez habría enloquecido. Recuerdo que, al cumplirse el segundo aniversario de mi reclusión, el que me vigilaba me dijo que era un milagro que yo siguiese vivo, que de alguna manera había asimilado la radiación, que no me sintiera tan afortunado pues algunos científicos –por orden expresa del presidente– habían pensado en estudiarme. Rememoro aquellos duros momentos, nunca he sido sentimental ni débil, pero lloré, solo, en mi cuarto a prueba de contaminación. Deseé estar muerto. No merecía aquel martirio. En silencio rogaba que las cosas volvieran a ser como antes, mas esto no se podía, únicamente me restaba ser fuerte y someterme a lo que viniese.

¿Qué tiene que ver todo esto con el proceso de calentamiento letal y posterior enfriamiento que se dio? Pues, mi excepcional condición me salvó la vida. Al principio tuve miedo, escuché algunos comentarios por los pasillos del lugar donde me hallaba resguardado, hubo una poderosa explosión en un área del Sol, tal vez no significaba mucho, dijeron. Erraron, hubo consecuencias graves en nuestro planeta, las capas que en aquel momento protegían la Tierra desaparecieron al poco, agujereadas como un disco de plástico sometido al fuego.

Puede sonar tedioso si lo explico con todos los datos que tengo a la mano, pero no lo haré, a estas alturas ya no tiene caso. Nuestro mundo llegó a su fin, y punto. Todos los seres vivos perecieron, salvo quien habla. Y no soy lo suficientemente importante o trascendental para sugerir que mi existencia equivale a la del planeta. No hay Tierra, pues nunca más volverá a ser lo de antes. No hay vida, excepto la que navega por mi cuerpo, hecho de algún tipo de energía de la cual no tengo conocimiento, aunque sí puedo deducir una cosa: en este fascinante estado mantengo mis cinco sentidos como nuevos, quizá este poder provenga del astro al cual rendí tributo y del que fui devoto durante toda mi vida. Soy una especie de hijo del Sol. Mis pulmones mutaron, no necesito respirar. No podría, este es ahora un mundo sin aire. De algún modo mi ADN se ha modificado drásticamente. Hace tiempo que abandoné mi frágil cuerpo original. Mi actual envoltura física (1.83 metros, contextura delgada, piel roja, ni un solo cabello en la cabeza) se mantiene sólida y, aunque suene contradictorio, me siento bastante saludable, al menos por fuera, pues mis emociones están hechas polvo.

El aire desapareció de la faz del globo y la humanidad pereció, todo lo que respiraba se perdió en el olvido. Extraño a mis papás, a mis hermanos, a mis amigos; extraño el aire, desearía po-

der sentirlo una vez más recorriendo mis pulmones, sin embargo, hoy estos son distintos y mi nariz no respira ya nada, mi ser entero se alimenta y vive de otra manera. De energía solar. Ni siquiera necesito comer. Es mejor así, creo. Aunque la soledad me aniquila poco a poco. ¿Qué pasará conmigo? Es algo que le pregunto al Sol constantemente. El astro rey responde a su manera, está a punto de apagarse, la colisión que sufriera años atrás lo ha afectado con severidad. En mi incesante caminata por este mundo muerto pienso en mil cosas, en la grandiosidad del ser humano –por las creaciones que mis ojos han podido y pueden vislumbrar–, en su maldad, en sus desvaríos; en los recuerdos, que me apabullan ya que pasan por mi mente como una película vieja y caduca que se repite a cada instante, cada vez con menor calidad.

Aire. No queda aire, pero sigo vivo. Sé que mi cuerpo absorbe energía proveniente del cosmos; como ya dije, me alimento de la tenue luz del Sol. Soy una especie de mutante, no lo sé, tal vez divago. Lo irónico es que estoy libre, tengo todo el mundo para mí, puedo recorrer estas calles con libertad, sin temor a asesinar a alguien pues mi cuerpo expele, aunque en menor medida que antes, algún tipo de radiación. Soy fuerte y veloz, no me llevó mucho tiempo (quizá un día) quebrar la puerta que me separaba de la libertad, salir de la base militar que me tenía cautivo. Fue fácil, no había ni un solo alma cuidándome. No imaginé jamás, ni en mis pesadillas, lo que vería a continuación. Encontrar tantos cuerpos regados por doquier me hizo sentir muy mal. Al día de hoy me he acostumbrado a los esqueletos, grandes, medianos y pequeños, de todas especies y formas, el globo parece un gigantesco cementerio y yo parezco un visitante ocasional que no tiene ninguna tumba que visitar. Hace muchos años fui a mi casa y enterré a mi familia, me quedé allí unos meses. Luego me percaté de que lo correcto era iniciar este infatigable peregrinaje que aún no tiene fecha de término, salvo la que decida el inquebrantable destino. La luz solar se está extinguiendo, sin ella moriré; de momento estoy concentrado en mi relajante pasatiempo: recorrer sin descanso este continente, en el cual los rastros caloríficos son más intensos, el frío pronto se acentuará, tal vez en menos de un año, y con esta catástrofe llegará el fin indeseado.

Quiero vivir. Solo es un deseo, un sueño.

Quiero que este mensaje, el cual escribo con pluma y tinta en un cuaderno, pueda llegar a alguien. Suponiendo algo impensable, claro: que seres de un mundo lejano pudieran aparcar por aquí, pudieran sobrevivir en este mundo sin aire y dar con mi cadáver y con esta misiva que estoy a punto de dejar de redactar, ¿cómo diablos podrían encontrarme y, por ende, hallarla? Solo soy un ínfimo ser perdido en un mundo demasiado grande para mí. Un mundo que luce como un inmenso cadáver en descomposición, en el cual soy un inexplicable y único organismo.

Tengo forma humana, pero (volviendo al sentido romántico) me asemejo a un delicado insecto a punto de fenecer aplastado por alguna fuerza superior con la que me es imposible lidiar. Lo mismo ocurre con el adorado astro de fuego, también se encuentra a punto de expirar y no puede hacer nada por evitarlo.

¿Por qué pienso en eso? ¿Por qué me torturo de esa forma?

En estos últimos días he llorado mucho, de mí han salido lágrimas tan rojas como mi pellejo. El Sol también llora, lo sé, puedo oír su poderoso y agónico llanto, sufre porque está a punto de extinguirse, porque quisiera existir un poco más. Porque está solo, y siempre lo ha estado. Mucho más que yo.

Sucedará pronto. Únicamente me resta esperar. Me siento muy cansado ya, descenderé de

nuevo a esa hermosa ciudad, ubicada en el centro de América, admiraré sus construcciones, después me iniciaré en un sueño dulce y profundo, del cual espero no despertar. Y si lo hago, deseo que sea junto a mis seres queridos, junto a todos aquellos a los que conocí alguna vez y me hicieron feliz, y que hice felices. Deseo además despertar junto a aquellas personas que nunca conocí, aunque tal vez, en algún mundo alternativo, pude conocer y hacer felices, y pudieron hacerme feliz también.

He terminado mi viaje.

Tengo sueño. Descansaré.

Soy un pequeño hombre, un triste y delicado hombre.

O mejor dicho, soy una criatura fantástica, extraordinaria.

Soy espectacular.

—¿Cuándo lo encontraron? —preguntó RV6-21.

—Fue hace menos de un micro de tiempo, Real Señor —respondió RF7-82—. Pudimos distinguirlo gracias al calor de su cuerpo, es algo increíble, hemos recorrido el planeta durante casi un mega de tiempo y este era lo único que vivía. Aún no sabemos con total certeza por qué los demás murieron. No obstante, estamos completando los datos y los tendremos listos en poco tiempo.

—La tragedia debe haber ocurrido por la ausencia del aire, cuando su estrella sufrió el impacto del cometa provocó una alteración en aquel mundo, en su atmósfera, la cual fue transformándose de modo paulatino, esto provocó la muerte de toda especie viva.

—Pero él se mantuvo vivo, a pesar de todo. Es prodigioso, Real Señor, adoptó algunas propiedades de la estrella dañada, aún no podemos explicar las razones de su mutación, aunque estamos seguros de que su condición le salvó la vida.

—Quizá él pueda explicarlo cuando despierte. Colóquenlo en la cámara especial y salgamos ya de este planeta, hemos revisado lo suficiente y, con toda nuestra tecnología, no hemos podido hallar otro ser con vida, salvo aquella criatura excepcional. Qué feo es. Pequeño, rojo brillante, con cuatro extremidades y una cabeza diminuta. Por supuesto, lo que digo es relativo. Cuando nos vea, pensará lo mismo de nosotros.

—¿Cree que despertará, Real Señor? —preguntó RF7-82 visiblemente preocupado.

—Sí, aunque tal vez no lo haga pronto, su cuerpo está cambiando, lo hará más a medida que lo vayamos alejando de la estrella de fuego, de todas formas dicho astro está a punto de fenecer.

—¿Entonces cómo podremos preservar su vida? Al parecer, la energía de esa esfera era lo que lo mantenía vivo.

—En tanto lo tengamos en la cámara especial, se mantendrá en perfectas condiciones. Des-

pués podemos crearle un espacio artificial. Tenemos la tecnología.

—Por cierto, mantenía abrazado un objeto junto a su cuerpo, es cuadrado y allí hay unas secciones escritas en su lengua.

—Intenten descifrarlo, nosotros trataremos de sumergirnos en sus sueños, en caso de que despierte le haremos una búsqueda telepática. Aunque ya tenemos alguna idea de qué fue lo que ocurrió con su mundo, no conocemos el secreto de su origen. Lo que este ser representa para nosotros es maravilloso. Es un gran descubrimiento. Será imprescindible que nos hable de su cultura, de su planeta, de lo que fueron sus habitantes. Con respecto a tu primera pregunta, se me ocurre lo siguiente: recrearemos de forma moderada la energía de una estrella como la que se está apagando, lo pondremos en una cápsula que tenga dos veces el tamaño de su cuerpo y lo mantendremos ahí con vida, bañado con la luz. De este modo podrá movilizarse y no se sentirá prisionero. Su comodidad y satisfacción es muy importante para nosotros. De momento, en la cámara especial que hemos diseñado en poco tiempo, desde el instante en que lo encontramos, reposará con tranquilidad y estará saludable. Pasaremos al proyecto de la cápsula ya mismo, tenemos los medios para realizar un excelente trabajo a la brevedad. Haremos una reunión para planificar este vital asunto.

—Excelente, Real Señor, y tiene razón, el hecho de que él absorba energía de aquel astro explica que haya podido sobrevivir sin aire. Nosotros no pudimos vivir sin ese elemento cuando nuestro mundo llegó a su fin y hemos tenido que crear un sustituto del oxígeno para poder realizar estos viajes. Para ello hemos cambiado nuestro código genético y absorbemos todo tipo de energía cósmica. Por ejemplo, la que surge de esta criatura nos viene muy bien. Parece que su propia constitución orgánica le ha transformado de tal forma que su vida transcurre con mucha lentitud. Podría acompañarnos durante muchos megas de tiempo.

—Así es, hemos encontrado una criatura sorprendente que pudo vivir sin aire, en cuanto nos sumerjamos en su mente dormida, haremos que comparta con nosotros su secreto. Será el momento en que nuestra raza, que tanto tiempo ha vivido en naves-ciudad a través del espacio, pensando que era la única en el universo, pueda enterarse de una existencia completamente distinta. El momento en que encontramos aquel tercer planeta —a partir de la estrella PJU-901— será siempre recordado y celebrado por los nuestros. Que empiecen ya el sondeo de su mente.

La entidad verde reptó hacia su líder, extendió sus diez patas cubiertas con escamas azules. De su boca, ubicada en el centro de su cuerpo, salió un chillido, en señal de respeto, acto seguido se aprestó a realizar la labor indicada.

El asombroso ser que reposaba en el habitáculo especial emitía muchos sonidos desde su cerebro, sonoridades agradables que aquellos de la especie oriunda del fenecido planeta Gorathz reconocían como música. Las ondas sonoras fueron extraídas directamente de aquel cuerpo, sin causarle el menor daño, y fueron reproducidas en un cuarto anexo. Ahí estaban ubicados cinco líderes supremos, incluyendo al Real Señor, el más viejo de todos, dueño de cien ultramegas de tiempo.

—Es un sonido grato —musitó RF7-82, presentándose ante el Consejo Supremo de la nave y haciendo la venia correspondiente.

—Sí, lo escuchamos —respondió emocionado RV6-21—. Es como él: precioso.

El sonido era una canción que en algún momento de la historia del planeta Tierra fue popular y predecía un trágico y apocalíptico destino:

*«Tell me how I'm supposed to breathe with no air.
If I should die before I wake
It's 'cause you took my breath away.
Losing you is like living in a world with no air.
Ohh...»*

Así empezaba la letra de la bella canción. El hombre rojo se movió, se acurrucó con suavidad sobre sí mismo, recreando (en su sueño) cada pedazo de la composición, a medida que la unificaba con el bonito lugar que había dejado atrás, un imperfecto ámbito en el cual vivía tranquilo y respiraba.

Cuento: **"No Air"**

Carlos Enrique Saldívar

Nació en Lima, Perú en 1982. Publicó libros de cuentos, historias de ciencia ficción. Compiló antologías.

Algoritmo Orwell

Eduardo Honey

Hace tiempo que no entraba a mis cuentas en redes sociales. Así que firmé y me puse a revisar el flujo de publicaciones en mis muros y líneas de tiempo. Fue cuando encontré una nota de semanas atrás sobre el último escándalo acerca de la familia presidencial. Uno de los comentarios con mayor número de “Me gusta” era particularmente ofensivo al hacer burla a la hija de cuatro años de la presidente. Aunque ese comentario también tenía semanas, no pude contenerme y repliqué:

¿No te da pena escribir algo tan negro sobre una niña?

Y di tap para su publicación. Mi sorpresa fue cuando vi que mi comentario se había publicado sino que se presentó una ventanita con un mensaje:

Este texto infringe nuestras normas comunitarias.

¿Desea corregirlo?

Dos botones estaban abajo: “Sí” y “No”. Seleccioné la primera opción. Esperaba que me presentara una pantalla para editar pero no fue así. Apareció mi texto cambiado de forma automática:

¿No te da pena escribir sobre una niña?

Ahora los botones eran “Aceptar” y “Borrar”. Decidí por el primero y encima se presentó otro mensaje:

Su texto muestra pedofilia incipiente.

¿Desea editarlo o ser reportado ante las autoridades?

Las opciones no dejaban duda: “Editar” y “Ser reportado”. Con el corazón latiéndome con fuerza, le pique al primero. Se cerraron las ventanitas dejando sólo la ventana para editar con mi texto ya modificado:

¿No te da pena escribir?

Presioné el botón de “Publicar”. Para mi espanto apareció una ventanita más anunciando: Usted ataca a un miembro relevante de la comunidad. Debe cambiar el texto. Ante la única opción presente, el botón “Editar”, presioné Ok y se mostró:

¿No?

Desconcertado miré mi frase reducida a esa pregunta en la pantalla para redactar comentarios. Abajo estaban las opciones de siempre: “Publicar” y “Descartar”. En un impulso, tanto de rebeldía como de ver con qué me salía la inteligencia artificial que estaba al tanto de mis escritos, volví a picarle al primer botón. Como lo presentía, hizo acto de presencia la ventanita:

Su texto muestra ansiedad existencial, ¿desea asistencia psicológica?

Los botones abajo eran “Sí” y “Editar texto”. Opté por el segundo. Sólo se desplegó:

¿?

De nuevo estaba en la pantalla para redactar con el resultado de la edición automática. Sólo quedaban esos dos signos. De plano, molesto ante esa forma de tomarse libertades con una publicación que consideraba inocua, di tap en “Publicar”. Toda la pantalla se bloqueó en negro donde resaltaban las letras rojas del mensaje:

Su duda demuestra que es un peligro social.

Permanezca en el sitio actual mientras llegan las autoridades.

El botón debajo sólo decía “Espere”. En pánico absoluto estuve picándolo una y otra vez con la esperanza de que apareciera un “Deshacer” mientras el sonido de sirenas y helicópteros se precipitaba sobre mí.

Cuento: “Algoritmo Orwell”

Eduardo Honey

Nació en (Ciudad de México, 1969) Ing. en sistemas. Autor de *Códex Obsidiana*, *Cósmicos espejos humeantes*, *Cronofauna*, *Séptima Puerta* y *Firmamentos oca-so*. Textos suyos han ganado diversos premios. Ha sido seleccionado para participar en varias antologías.

De la Habana a Próxima Centauri

Gretchen Kerr Anderson

*Si alguna vez la humanidad se decide
a colonizar la galaxia,
tendría que viajar hasta una estrella cercana
con un planeta habitable (...)
Nuestro vecino más cercano, Próxima Centauri,
podría albergar varios exoplanetas potencialmente habitables
a los que podríamos intentar llegar.
Emerging Technology From The Arxiv*

Martica quería viajar a otro sistema estelar, pero no podía ir a Próxima Centauri sin hacer el papeleo adecuado, así que fue a la embajada de Próxima en La Habana. Pero, ¡cuál no fue su sorpresa al encontrarse con una la burocracia galáctica!

—¿Quieres ir a Próxima Centauri? —le preguntó el funcionario con su voz monótona. —Necesitamos el Formulario de Visitantes Intergalácticos, el Informe de Ascendencia Centauri, el Documento de No Conocimiento de Vida Extraterrestre y el certificado de la salud de su gallina.

—¿¡Mi gallina?! —exclamó Martica—. ¿Pero, qué tiene que ver mi gallina?

—No te preocupes—dijo el funcionario—. Es sólo una formalidad. Además, debemos asegurarnos de que no llevas contaminación terrestre. Ahora, ¿dónde está su pasaporte cósmico?

Martica suspiró, notando que esto iba a ser una tarea más complicada de lo esperado. Pasó horas en la embajada, llenando formularios y respondiendo preguntas absurdas. ¿Conocía a algún extraterrestre? ¿Tenía alguna enfermedad espacial? ¿Sufría de claustrofobia en los transbordadores interestelares?

Finalmente, después de un día entero, le entregaron su permiso de viaje. Era un pedazo de papel extraño, con letras que cambiaban de color y una estrella gigante que se movía en círculos.

—¡Aquí tiene! —dijo el funcionario—. Y no olvide que debe llevar ropa térmica, ya que la temperatura promedio en Próxima Centauri es de -270 grados Celsius.

Martica se quedó boquiabierta, preguntándose si realmente había sido buena idea viajar a Próxima. Pero, después de todas las molestias, no iba a quedarse sin ver lo que había allá. Llegó al aeropuerto espacial, y estaba a punto de embarcar en la nave, cuando de repente escuchó un grito:

—¿Y su gallina?!

Martica se volvió y vio al mismo funcionario de la embajada, corriendo hacia ella con una jaula en la mano. Dentro estaba su gallina, Alegría, a quien había olvidado en medio de todo el caos.

—¡No se puede ir sin su gallina! —dijo el funcionario—. Es parte de nuestro protocolo de seguridad.

Martica la tomó, metiéndola en la cabina junto con ella. La nave despegó, y mientras miraba por la ventana, vio que el funcionario le hacía señas con las manos, diciendo adiós.

—No me lo creo -dijo Martica—, ¿quién hubiera pensado que la única forma de viajar a Próxima Centauri sería con una gallina a bordo?

Alegría cacareó en su jaula, como si estuviera de acuerdo con ella. Y así, Martica partió hacia Próxima Centauri, con su gallina a su lado, pensando que los centaurinos tenían un buen sentido del humor.

ESTE CUENTO NO TIENE MUCHO SENTIDO. EL CHISTE NO CUAJA

Cuento: “De la Habana a Próxima Centauri”

Gretchen Kerr Anderson

(Mayarí, Cuba 1998). Poeta y narradora. Licenciada en Lenguas Extranjeras por la UHO Universidad de Holguín. Primer Premio en poesía con el poemario «Retórica Negra» (Mayarí, 2018). Obtuvo primer lugar en el concurso literario de la Universidad de Holguín en las categorías narrativa y poesía (Holguín, 2018). Ganadora del certamen de publicación de la revista digital Novum de la UBIK-USB Universidad de Bolivia con el relato «La Hechicera» (2020).

Vengo hasta ustedes desde un Dios muy lejano

Daniel Frini

*El rey sajón que ofrece al rey noruego
Los siete pies de tierra y que ejecuta,
Antes que el sol decline, la promesa*

El Pasado, Jorge Luis Borges
El oro de los tigres, 1972

Inconmensurables señores: me presento ante esta asamblea para reclamar justicia y llamar a vuestra indulgencia, exponiéndoles mi caso. Vengo solo, sin mediadores ni protectores, porque entiendo que sabrán ser ecuanímenes y creo, de manera segura, estar asistido por la verdad.

Soy Raúl Ordóñez. Mis antepasados nacieron en la Hispania. Uno de ellos, el iniciador de la estirpe, se llamó Ordoño, y todos sus descendientes —mi padre, el padre de mi padre y así hasta llegar a él— nos llamamos sus hijos.

Sin embargo, por mis venas corre sangre de otra raza, además de la ibérica: también vengo de los mapuches que habitaron el sur de la América, aún antes de que los barcos españoles llegaran con empeño de conquista.

Por eso mi piel es cobriza; mi cabello renegrado y grueso; mi rostro es redondo, con pómulos altos y mentón fuerte y tengo ojos pequeños y negros. Nací en Caleufú, departamento de Rancúl, a un costado de la Ruta 4, en la provincia de La Pampa, en una época que se me antoja perteneciente al futuro; si bien no sé en qué tiempo estoy viviendo y, ni siquiera, si el concepto «tiempo» es válido aquí. Durante toda mi niñez cultivé la tierra de mis señores; y tuve una pobre educación, apenas la necesaria para aprender a leer y escribir, y para ser un hombre temeroso del Dios nazareno.

Sin embargo, en algún momento de mi juventud fui reclutado, junto a otros veinte, por un grupo de científicos que trabajaban en un proyecto muy importante, en apariencia, y secreto. Durante varios años fuimos entrenados en diversas artes, para servir como recolectores de datos y comisionados en distintos destinos. Nos llamaron los Enviados, y nos convencieron de que éramos soldados de la Tecnología, héroes, y que seríamos honrados por las generaciones futuras como Aquellos que Abrieron el Camino. Nunca lo mencionaron, pero estaba claro que no esperaban que volviésemos.

Acepté mi destino, quizá, por las palabras que usaron, o por el ambiente de entusiasmo militar que precedió a una epopeya que se adivinaba trascendente; o porque me sabía cobarde y quise convencerme, así, de que no lo era.

Por artes de encantamiento me tocó en suerte ser enviado al Puente de Stamford, en la mañana del veinticinco de septiembre del año mil sesenta y seis, a la batalla en que Harald Harald

Sigurdsson, conocido como *Hadrada* y último rey vikingo de Noruega, obtuvo del rey sajón sus siete pies de tierra inglesa.

Estuve allí, a su lado, cuando en plena furia guerrera y con su estandarte *Landeythan* ondeando junto a él, recibió la flecha que le atravesó la garganta y acabó con su vida. Cuando los sajones del rey Godwinson contraatacaron, uno de ellos se precipitó sobre mí con rabia violenta. Por puro y simple acto reflejo, busqué alrededor algo para protegerme y mi mano encontró una espada abandonada con la que intenté cubrirme. La fortuna quiso que mi atacante, en su carrera impetuosa y vehemente, resbalase en las vísceras de un muerto y cayese sobre la espada que yo sostenía, muriendo a mi lado mientras pronunciaba algo que no entendí, y me sonó a maldición. El sudor o, tal vez, la sangre nubló mi vista. Un instante después, una lanza entró en mi pecho, matándome y sin que aún hubiese soltado la espada. Fue así que, sin quererlo, honré la tradición vikinga como un *einherjar*, un muerto heroico, y fui llevado al Valhalla por las Valquirias.

Allí, día tras días y en las llanuras de Asgard, nos enfrentamos en sangrientos combates, que todos parecen disfrutar, en espera de la última batalla al final de los tiempos. Por las noches somos curados de nuestras heridas para repetir la lucha al día siguiente. En el caldero mágico siempre está listo el estofado de jabalí y se celebran extraordinarios banquetes acompañados con embriagante hidromiel.

Sin embargo, no estoy cómodo allí. No soporto los repugnantes modales de los guerreros, sus habituales demostraciones escatológicas y las palabrotas. Suelen caerse desvanecidos por las borracheras y tratan a las valquirias como a vulgares prostitutas, toqueteándolas y sometiéndolas a sus más bajos deseos, a la vista de todos y festejados por todos.

Pero lo que realmente me aterroriza es estar obligado a participar en las diarias batallas. Ya lo dije: soy un cobarde. Siento un pánico atroz cada vez que veo avanzar a un temible y enorme guerrero, con su rostro desencajado, y drogado por los alcaloides de la muscaria o el cornezuelo. Lo normal es que yo caiga, con terribles heridas, en la primera embestida. Y esto, según parece, durará por la eternidad. Para todos aquí, esto en el paraíso; pero no para mí.

Les he planteado mi caso y por eso recurro a ustedes con humildad.

Poderoso Odín, jefe de todos los dioses y señor de la sabiduría; temible Thor, dueño del trueno; sereno Freyr, amo de la naturaleza; Tyr, señor de la guerra; Heimdall, dios de la luz; Baldr, el más bello y amado de los dioses; Frigg, esposa de Odín; Sif, la de los largos cabellos rubios: No soy digno del honor dispensado a los más grandes guerreros vikingos. Acepto mi muerte, pero les pido, les ruego a todos ustedes, por favor, relévenme de este privilegio, permítanme abandonar el Valhalla y marchar a mi cielo cristiano.

Cuento: “Vengo hasta ustedes desde un Dios muy lejano”

Daniel frini

Nació en Berrostarán, Córdoba, Argentina; en 1963. Ingeniero, escritor, artista visual, Magister Internacional en Literatura y Narración Creativa. Publicó en revistas virtuales: Argentina, España, México, Colombia, Chile, Perú. Traducido y publicado en Italia, Portugal, Brasil, Francia, Estados Unidos, Gran Bretaña, Uzbekistán y Hungría.

Sota de Copas

Mónica Marchesky

No se acordaba si fue en “Mundo de Neón”, “Crepúsculo” o en “Bates” que Alice Nowak lo vio por primera vez. Recordaba levemente ese primer encuentro. Fue el día que vio una lluvia insignificante de meteoritos. Sí, tuvo que ser en Neón —pensó— porque lo había visto en los espejos biselados detrás de las botellas del barman. Esa vez le había enviado una copa por la mesera y brindaron a través de los reflejos. Al marcharse, recordó que había pasado a su lado.

—Gracias por la copa, —le dijo, deslizando una tarjeta entre sus manos.

Se tocaron brevemente y esa piel joven, caliente y atrevida, la colmó de adrenalina. Ella había sonreído con una mueca y lo había dejado ir.

Ahí estaba otra vez, sonriente, saludándola a través de los espejos de Neón. ¿Cómo se llamaba?, ¿Ward?, ¿Weird?, ¿Wolf?, poco importaba, ¿Y la tarjeta?, tampoco importaba. ¿Qué iba a hacer ella?, una veterana, retirada de las fuerzas policiales, ¿con un Adonis como ese? Sonrió pensando alguna situación sexual, encaramada como un buitre sobre esa carne joven.

Pidió otra copa.

—¡Sabueso! —se dijo en voz baja—me decían sabueso.

Esa frase era la desencadenante del recuerdo que no quería olvidar, era el látigo flagelador que una y otra vez sangraba su conciencia.

Ese día había estado bebiendo mucho, celebrando junto a su equipo la requisa más grande de drogas de diseño que había atrapado. La esperaban en la casa, era el cumpleaños de su hijo más chico, cinco años. Toda la familia había colaborado para decorar el patio, habían empezado a llegar los invitados...ella se descuidó, descuidó a su familia. El ataque con drones fue a la hora que ella levantaba la última copa antes de retirarse. El cartel de los pinches asiáticos los tomó por sorpresa. Todos muertos. El llamado a su celular, le cayó justo cuando estaba a mitad de camino. Detuvo el coche, el alcohol no la dejaba razonar, quedó inmóvil, sin respuesta, como un cybor a la que le extraen el chip. Ya no fue la misma, el retiro involuntario le llegó sin que ella se diera cuenta, de eso habían pasado muchos años, pero para ella, había sido ayer.

Levantó la mirada del vaso y lo vio sentado a su lado, sonriendo ¿por qué sonreía? —se preguntó.

—Esta vez la copa te la invito yo, ¿qué estás tomando? —preguntó.

Como no tuvo contestación, le hizo una seña al barman.

—El hombre de azul —dijo ella— y se retiró sin tomar la bebida, sin agradecer, sin saludar.

Hacía tiempo que no combinaba su ropa, tenía todas las aplicaciones desactivadas al respecto. No se fijaba en el calzado, ni en sus abrigos, se colocaba encima lo primero que encontraba tirado. Se había dejado de cortar el cabello que le caía cano sobre los hombros. Ya casi nadie la recordaba, ni ella se reconocía. Había perdido las cuatro horas de trabajo en la biblioteca digital que le habían conseguido, luego del retiro de la fuerza policial. Había perdido su casa y su familia. Solo le quedaba una vieja propiedad heredada de una tía que nunca conoció y una magra paga mensual que le llegaba mes a mes a su tarjeta.

Pasó delante de “Bates” y entró. El lugar estaba más tranquilo que “Mundo de Neón”, las luces no molestaban y los espejos tampoco. Se sentó a la barra, como siempre y el mozo le sirvió lo de siempre.

Vio de reojo, a su lado el traje azul y lo reconoció. Lo miró y fue como si lo viera otra vez por primera vez. Debajo del saco, llevaba una camisa con flores y ahora se había colocado una boina tipo bohemia que le quedaba realmente ridícula. Cerró y abrió los ojos; esa mano levantada, esa ropa extraña y esa boina, se le representó la sota de copas y sonrió. Se dijo para sí que solo le faltaban las botas y la bufanda larga, que casualmente vio enredada en su cuello.

—¿Me estás siguiendo? —preguntó sin mirarlo.

—Sí —respondió como se llamara, sota de copas—. Te necesito.

Hacía mucho que nadie la necesitaba, que nadie requería de sus servicios, que nadie la buscaba, ni la llamaban para saber cómo estaba. ¿Qué querrá este pinta? —se preguntó.

—No cuido enfermos, no cuido niños, no hago trabajos de jardinería —dijo en un tono monótono.

—Necesito un guardián para mis peces. —Dijo, también Sota, en un tono monótono.

No le entendió, pensó que el alcohol le estaba nublando la entendedería. Quedó por un rato rebobinando si realmente había oído lo que le pareció, pero siguió sin entender.

—Tampoco trabajo con drogas, no hago entregas, no diseño, no vendo software ilegal, no hago copias, no... —Y dejó la frase colgada.

—Ya lo entenderás —fue la respuesta.

Cuando volvió a levantar la vista, el joven se había retirado.

Por suerte, los bares quedaban en la misma cuadrícula de donde vivía, eso le facilitaba el regreso a la casa. Mientras abría la puerta repetía:

—¡Un guardián para sus peces!, ¡Que mierda me quiso decir!, ¡Se está burlando!

Entró a la casa en un exceso de tos y decidió en ese momento, seguirle el juego. Se miró al espejo y se dijo a sí misma: —¡Te juro que se me representó la sota de copas!, ¡No te rías!, ¡Te lo voy a mostrar! Y entró en la red a buscar alguna imagen para cerciorarse. Se encontró con varias del sota de copas, pero una, la del Tarot, la dejó sin aliento. Nunca se había dado cuenta que, desde la copa levantada, salía un pez...

A la noche siguiente, regresó a “Mundo de Neón” y solo pidió un trago, no lo encontró, pasó por “Bates”, solo otro trago y terminó en “Crepúsculo”, tampoco lo encontró. Quería estar sobria, quería entender a ese ser extraño que se vestía extraño. Algo había por fin despertado su curiosidad. Durante tres días repitió la rutina, como una colegiala que esperaba su primera cita. Al cuarto

día se dijo:

—Bien, vieja estúpida, se han burlado de ti.

Cuando entró en Neón, estaba decidida a recuperar el tiempo perdido, se emborracharía y se olvidaría de Sota de copas.

Al quinto trago, oyó como el fru-fru de la seda de un traje y eso le trajo a la memoria a sus tías solteras preparándose para ir a un baile, el olor de las enaguas de tul, la textura de esas telas incomparables y desaparecidas. Una mano en el hombro la trajo nuevamente a Neón. Ahí a su lado estaba Sota de copas, con su traje azul de flores rojas, la boina descansaba sobre la barra. ¿Es que nadie más que yo lo ve? —se preguntó— tendré que dejar de beber —se dijo— estoy perdiendo la conexión con la Matriz.

Esta vez no hubo diálogo, lo miró a través de los espejos y le pareció que sus ojos eran de gato y que sus manos tenían membranas. Lo ignoró.

—¿A quién recurres cuando te das cuenta que necesitas un ajuste? —le preguntó al barman— Sota seguía a su lado como un monigote.

—Al mandamás —dijo el muchacho al pasar.

—¿Lo conoces?, ¿sabes dónde lo puedo encontrar?, ¿lo has visto?

—No, no y no —y agregó— Sabueso, es mejor que te vayas a casa.

Alice Nowak, pensó que no podía pedir un ajuste a algo que no existía. Estaba sola en esto. Sota comenzó a seguirla como una sombra. El último bar al que entraron fue como siempre “Crepúsculo”, ya se apoyaba en él para caminar y al llegar a la casa, le dijo:

—Bien, chico, es hora de despedirse, —sin preámbulos, a la vez que él abría la puerta.

—Te necesito —volvió a decir.

—¡Que te den tus pe-ces por el cu-lo! —arrastrando las frases.

—Ven —le dijo tomándola del brazo, conduciéndola a la parte de atrás de la casa, donde se encontraba un pozo de agua, que nunca había registrado que estaba allí.

Sota retiró la pesada tapa de madera y alumbró hacia abajo.

—¡Esto es de lo que te hablo! —le dijo.

Sabueso se aproximó a la boca y miró, lo que vio fue algo que la llenó de horror. Allá al fondo, se sacudía una masa de peces enormes, con ojos de gato y membranas. Se entrelazaban como víboras en reproducción, subidos unos a otros, chillando.

—Necesito un guardián que los cuide hasta que empiecen a salir —le susurró.

Alice dio un respingo y le vino toda el alma al cuerpo, se le fue el efecto del alcohol en un segundo, cayó hacia atrás, Sota había desaparecido. Se incorporó y volvió a mirar, alumbrando con su celular, y efectivamente seguían allí los peces deformes. Corrió hacia la casa y se encerró. Desde la puerta de la cocina que daba al patio donde se encontraba el pozo, los vio. Salían como torpes pichones ciegos, tropezando con todo. Se golpeó la cabeza con las manos, se metió en la ducha fría hasta que decidió que estaba sobria.

La tapa del pozo seguía abierta, no se animó a ir a ver, en la mañana lo haría. Se tiró en la cama y se durmió. Al despertar, lo primero que hizo fue ir a ver el pozo. No había nada, solo el agua mansa le devolvió una imagen desordenada de sí misma.

—Tengo que dejar de beber —volvió a repetirse en voz alta.

Pero a la noche, volvió a “Mundo de Neón”, todo estaba tranquilo, Sota no estaba, la música había comenzado a sonar, la gente alborotada la trajo a la realidad.

—¡Tranquila!, ya comenzaron a salir —le dijo el barman.

Cuento: **“Sota de Copas”**

Mónica Marchesky

Nació en Salto, Uruguay, el 27 de Abril de 1959. Escritora de ciencia ficción y fantástico, promotora cultural. Animadora de talleres literarios. Co-fundadora del Grupo Fantástico de Montevideo. Publicó "Sota de Copas"-cuentos. "¿Has sido bueno y piadoso Francisco?" Novela de ciencia ficción.

La profesora Hester

Leonor Nieto Muñiz

(Carta de un detenido al Inspector encargado de investigar la muerte de la Profesora Hester Farengen ocurrida en junio de 2020 en las instalaciones destinadas a alojamiento de personal docente de la Universidad de Filadelfia)

Filadelfia, 28 de junio de 2020

Inspector Harris :

Siendo usted quien me detuvo como presunto asesino de la mujer que conoce como Profesora Hester Farengen, me siento obligado a escribirle la presente para darle ciertas explicaciones. Me mueve a ello una sola razón: usted y yo estamos del mismo lado: defendiendo el cumplimiento de la ley.

Efectivamente yo maté a la profesora, pero fue en defensa propia tal como he declarado. Comprendo que mi edad y estado físico hagan poco creíble que para proteger mi vida del ataque de una anciana en silla de ruedas haya acabado matándola, pero le aseguro que mi interés era que viviera para ser juzgada y condenada por sus delitos.

Es necesario que le haga algunas precisiones. Esa mujer era en realidad la doctora Sally Smith una asesina serial de jóvenes estudiantes en el Campus de la Universidad de esta misma ciudad, en el año 2650. No crea que estoy loco o que trato de parecerlo para defenderme de la acusación de homicidio. Siga leyendo y se lo explicaré.

Le dije que usted y yo estamos del mismo lado, efectivamente yo también soy policía pero de otro tiempo.

En el año 2648 la doctora Smith, especializada en una rama de la física que en el tiempo en que ahora nos encontramos aún se desconoce, ingresó a la Universidad como ayudante de cátedra. Un año después por una reorganización administrativa pasó a trabajar en el decanato de la Institución. Era una mujer hermosa, soltera, de treinta años y se enamoró apasionadamente del Decano, con el que tenía una cercana relación laboral. Cuando el doctor Philips -que así se llamaba el Decano- comprendió que las atenciones de Smith para con él se debían a un interés amoroso, los avances de la doctora fueron rechazados enfáticamente y procedió a relevarla de sus funciones en el decanato asignándole la titularidad de una cátedra en la Universidad. En realidad este traslado significaba un ascenso en el prestigio y carrera académica de la doctora, pero ella no lo entendió así ya que la privaba del trato diario con él y eso la enfureció. En la Navidad de 2650 el Decano fue brutalmente asesinado junto con su esposa y sus dos hijos pequeños. El asesino trató de implicar -sin éxito- a una joven profesora recién ingresada plantando pruebas falsas que la incriminaban,

pero la investigación dejó clara la inocencia de la joven y, en cambio, los indicios señalaron como responsable a la entonces doctora Smith.

Comenzamos a investigarla: antecedentes, trayectoria, conductas, costumbres y en el curso de esa investigación diferentes pistas nos permitieron identificarla como la responsable de una serie de muertes de jóvenes estudiantes ocurridas un año atrás, que la policía no había podido resolver. Las fechas de esas muertes coincidían con el período en que Smith trabajó como ayudante de cátedra y cesaron cuando pasó a trabajar directamente en el decanato. Estimamos que fue cuando se enamoró de Philips y su retorcida mente se concentró únicamente en seducirlo. Nuestros peritos determinaron que padecía una seria patología siquiátrica. Cuando obtuvimos las pruebas indiscutibles sobre su culpabilidad tanto en los homicidios de las estudiantes como en las muertes del Decano, esposa e hijos, no fue posible detenerla porque había literalmente desaparecido.

Coincidió con una semana de vacaciones en la Universidad y cuando se retomaron las actividades se descubrió que el teletransportador ubicado en el Departamento de Ingeniería -que ya había sido probado con éxito con objetos físicos y sujetos vivos no humanos- durante la semana de asueto, había sido utilizado para un transporte en el tiempo, sin que se pudiera determinar la fecha y el lugar de destino ya que el aparato se había descalibrado, sin duda intencionalmente, ingresando datos erróneos y contradictorios en forma tal, que existían tres distintos destinos y fechas posibles.

Las autoridades policiales me designaron para perseguir a la doctora y he sido teletransportado sucesivamente a dos de los destinos geográficos y temporales marcados en el teletransportador sin obtener resultados. Finalmente se me transportó a este tiempo y a esta ubicación según las últimas coordenadas que indicaba el equipo. La cercanía de estas últimas coordenadas geográficas con la Universidad, hicieron comenzar mi búsqueda allí, estimando que era un ámbito en que nuestra asesina se sentiría cómoda por resultarle afín a sus conocimientos y modo de vida.

Comencé a asistir a la universidad y a investigar a los docentes. El perfil de la que ustedes identifican como Profesora Farengen en cuanto a sus aficciones, comportamiento y la fecha de su llegada a la Universidad coincidía con el viaje en el tiempo de la Dra Smith, pero su edad era muy superior a la de nuestra asesina. Eso determinó que me acercara a ella y frecuentara su compañía. Me resultó más fácil de lo que suponía y al cabo de unas semanas estaba seguro. Era ella. Y su apariencia era tan sólo una caracterización.

Mi intención era detenerla, no matarla, pero cuando la confronté extraje de entre sus ropas una daga e incorporándose ágilmente de su silla de ruedas me atacó, autolesionándose antes levemente y en forma intencional su brazo izquierdo (ya se habrá comprobado que la herida del brazo es muy superficial) y mientras intentaba clavar la daga en mi pecho exclamó burlona “Has atacado a una anciana e indefensa profesora, me has herido y he tenido que matarte para defenderme”. Estaba a punto de lograr lo que se proponía cuando yo, finalmente, pude desviar la mano que empuñaba la daga y se la clavó en su propio pecho. Sus huellas aunque tal vez borrosas por la lucha que sostuvimos probarán lo que digo.

Ahora le explicaré, porque no volveremos a vernos. Según fue acordado por mis superiores con el Departamento de Ingeniería de la Universidad, soy teletransportado a origen cada noventa días para informar de mis investigaciones. Así lo han hecho en oportunidad de mis anteriores

traslados que lamentablemente no tuvieron éxito y así se hará en las próximas horas pues, hoy se ha cumplido el plazo. En esta oportunidad volveré a mi tiempo con mejores noticias pues la Dra Smith ya no podrá hacer mas daño. Sin embargo, no pude cumplir con mis órdenes, debía devolverla a su tiempo con vida. Ignoro como afectará su muerte ocurrida en un tiempo pasado los sucesos del futuro, pero eso lo estudiarán y resolverán los científicos.

Creo que mi celda vacía avalará cuanto le he dicho en esta carta, pero también el forense podrá verificar que la Profesora no era una anciana, sino una mujer joven y en buen estado físico y que era su caracterización y su innecesaria silla de ruedas lo que la hacían parecer mayor. También le sugiero investigar sobre el destino de la verdadera Profesora Farengen, porque sospecho que fue una víctima más de Smith que la habrá asesinado para adoptar su identidad. Con esto me despido y le deseo que pueda cerrar su caso de un modo convincente para las autoridades pese a mi inevitable desaparición.

Detective James Lambert

Cuento: **"La profesora Hester"**

Leonor Nieto Muñiz

Nació el 11 de mayo de 1955 en Montevideo-Uruguay. Escribana y Abogada. Publicó libro de cuentos: Prisma.

Lo que le importa a Gaia

Dhel Nagami

El temblor duró más, casi un minuto y fue trepidatorio. De seguro un 6.5 de magnitud. Me distrajo al tener que acomodar las muestras, los cuadernos y lápices sobre mi mesa. Intenté retomar la traducción del fragmento de recién descubierto. Era un extracto del *Geographas* de Platón, uno de sus libros perdidos.

—Doctora —interrumpió Gadamés, mi asistente—. El equipo iniciará la evacuación. Los sismógrafos no paran: hay racimos por doquier alrededor de la caldera y la presión aumenta.

—No te preocupes, me iré con el último grupo en, ¿treinta minutos? —contesté. Según el plan, con los helicópteros por llegar, llevaría máximo veinte minutos.

—Mucho menos, doctora. Le aviso.

—Gracias, has hecho un grandioso trabajo.

Se retiró y volví mi atención a las imágenes que mandó el Dr. Massimo Estevas, académico y arqueólogo en jefe de la Universidad de Knossos. Veinte años de amistad tras el seminario sobre la caída de Micenas por un volcán.

PARMÉNIDES .— ...Sócrates, lo que no expresé con mi pregunta es mi origen. Provengo de una larga línea de habitantes de Knossos ... Cuando la furia de Gaia gritó en su parto, Kr... navegaba de regreso a... Su embarcación sobrevivió las enormes olas que llegaron.

Mensaje en el celular: “Sismo 8.3. Ubicación: Caldera de Toba, Indonesia”.

En el cielo las ardientes flamas trazaban perfectos arcos antes de caer en Talassa... negro humo... Arengó a la tripulación, los castigó con dureza ... aún a la distancia supo que no habría hogar ni familia... en la columna de negro humo fue que la vio: furia absoluta, gozo, poder extremo ...

SÓCRATES .— De ser así, Parménides de Santorini, Zeus y los demás dioses estarían aterrados, serían inexistentes. El problema: sobre tu dicho nada ha sido escrito...

—Doctora, es momento de irnos.

Revisé mi reloj: veinticinco minutos pasaron. Recogí las fotografías, la laptop y mis cuadernos. Seguí a Gadamés rumbo al helipuerto. Quedaban solo tres coordinadores en ciencias y Larry,

el capitán del ejército encargado de la seguridad. Subí al helicóptero con el apoyo de Larry. Por igual ayudó a los demás. Tomé los auriculares que estaban en mi asiento al iniciar el despegue.

—¿Y el capitán? —pregunté.

—Se quedará —contestó el piloto— lo más que pueda. Son sus órdenes.

Desde el aire aprecié como Larry daba órdenes a parte de su tropa. De golpe fueron lanzados de lado. Los vehículos a su alrededor se movieron también. Gadamés me tocó el hombro y me pasó su tableta: mostraba el registros de los sismógrafos. Marcaban ocho grados de magnitud que mantuvieron por casi tres minutos.

Si Yellowstone estallaba en este momento, seríamos vaporizados. Volar a máxima velocidad por una hora nos pondría a salvo... por un tiempo. Cuatrocientos kilómetros son nada para una caldera de ochenta kilómetros de diámetro.

En la tableta apareció “Sismo 9.1. Ubicación: Caldera de Aira, Japón”.

—Doctora, tenemos una transmisión para usted. Canal seis por favor.

—Génesis, ¿estás allí?

La señal estaba invadida de zumbidos, cortes e interferencias. Aun así, reconocí la voz de Massimo.

—Sí, aún estoy aquí, aún estamos aquí. ¿Qué pasó?

—Estalló Santorini. El sismo devastó a Creta y estamos sin electricidad. Por fortuna tenemos una estación de radio en la universidad.

—Lo lamento mucho, en verdad lo lamento...

—Es lo de menos. Recibimos una serie de videos tras la erupción. Los chicos están subiéndolos por vía satelital. Te mandaremos las ligas. Una disculpa: tuviste razón todo el tiempo.

Las amistades se fundan por la mutua confianza y aprecio. Aunque a veces no se coincide con las ideas. Dos décadas atrás fue la única persona que se me acercó en la cafetería tras mi desastrosa presentación. Fuera de él y su becario, los demás abandonaron el salón a los cinco minutos.

—Extraña su idea, doctora: tratar de fundamentar en fenómenos volcánicos una serie de protomitos. No niego que es interesante y está bien hecha la investigación. Solo que no se sostiene: nada aparece en los escritos que nos llegaron de la antigüedad.

—También está el diario de Stevensen con el Krakatoa; Don Miguel y otros testigos en el Paricutín; Phelps en Santa Elena.

—Pudiera ser, doctora. Son registros subjetivos, en momentos de tensión máxima y no puede negar que los gases volcánicos, quizás, provocaron alucinaciones. No olvide el Oráculo de Delos. La cuestión, ¿hay forma de demostrar esto?

—Yo también fui testigo.

Como parte de mi predoctorado tuve que realizar trabajo de campo. Visité Islandia donde los volcanes seguían apareciendo cada año a tal grado que la mitad del país fue evacuado. Con un grupo de vulcanólogos islandeses entramos al Eyjafjallajökull en periodo de baja actividad. De for-

ma impredecible reaccionó lo suficiente para soltar ríos de lava y expulsar algo de magma.

Me distraje al regresar y quedé aislada en una placa rocosa. Estaba rodeada por dos flujos ígneos de las que surgía humo y ceniza. Las cenizas dejaron de ascender para conjuntarse y revolotear sobre los ardientes ríos. Tocaban la superficie en flujo para salpicarse entre sí. Las nubes se hacían y deshacían, se fusionaban entre ellas y convertirse en una entidades conscientes, fúricas, en un algo que estaba por estallar con fuerza. De su interior chispas y rayos brincaban.

Se soltó una tormenta de aguanieve que las afectó al rodearse por niebla. Me localizaron los vulcanólogos para sacarme de allí. Precisamente era lo que veía en los videos que llegaron: espectros de ceniza, pulsantes ríos de lava, la encarnación de la furia en las columnas de humo.

Llovieron los mensajes:

“Erupción: Caldera de Toba”

“Erupción: Caldera de Aira”

“Erupción: Campo Volcánico Michoacán-Guanajuato”

...

Los eliminé de mi vista para ver los sismógrafos de Yellowstone: estaban fuera de escala y se quedaron congelados. Una enorme resplandor llegó por detrás y llenó el horizonte.

Gadamés me miró aterrorizado: eran menos de treinta minutos de vuelo. Sin orden pensé en la traducción faltante, en Massimo, en las tropas, en mis hijos, en la nada que somos ante la verdadera y máxima diosa: Gaia enfurecida.

Cuento: "Lo que le importa a Gaia"

Dhel Nagami

Dhel Nagami (Querétaro, 1994) Antropóloga sin titular con gusto por las lenguas y la lingüística. Escribe en el poco tiempo libre que le deja la familia y el trabajo. Ha publicado en Espejo Humeante, Penumbria entre otras revistas.

Ratón astronauta salva el mundo

José Luis Ramírez.

—Hola, Phooey —la voz sonó dentro de mi cabeza en el lenguaje de los ratones, una combinación entre un aroma y un chillido, como si un colega advirtiera un buen trozo de queso a unos cuantos pasos.

Olisqueé un poco el aire como para comprobar si quien me hablaba estaba cerca pero no, sólo alcancé a reconocer a lo lejos el aroma de Fe, Fi, Fo y Fum, los otros 4 que junto conmigo conformábamos la carga útil del experimento biológico de rayos cósmicos BIOCORE, a bordo del Apolo 17.

Éramos cinco ratones de bolsillo convertidos en *mousetronauts*, como nos llamaban en NASA, y que habíamos sido elegidos para orbitar Luna durante 12 días, 13 horas y 52 minutos.

—Lo más lejos que haya estado un ratón de la Tierra.

Oír la voz en mi cabeza era por mucho la sensación más rara de todas, desde aquella noche del 7 de diciembre de 1972 en que el cohete había despegado, o cuando pasadas las 50 millas de altitud los astronautas de la misión bromeaban con que nos habíamos ganado nuestras alas, o cuando comenzó a sentirse el efecto de la microgravedad, o cuando la maniobra de Inyección Trans Lunar...

—¡Vaya que ha sido una aventura!

Asentí asida a la red en mi contenedor individual para no flotar. Era cierto. Desde que me habían seleccionado en el Centro de Investigación Ames —la única hembra de la misión— había sido un reto tras otro, las pruebas de centrífuga, oxigenación mínima, vibración y estrés, pero sobre todo la cirugía para implantar los dosímetros sobre el cráneo y bajo el cuero cabelludo.

—Has sufrido mucho, Phooey.

Miré con mis ojos negros en la penumbra, sin expresar ninguna emoción en particular. ¿Sufría? El contenedor cilíndrico de aluminio de 14 pulgadas de largo y 7 de diámetro no era precisamente acogedor, pero tenía alimento y una reserva de superóxido de potasio que mantenía fresco el aire, incluso tenía control de temperatura y humedad relativa.

—Aunque dorada, sigue siendo una jaula.

Pensé un momento en lo que decía la voz. Mi especie se había adaptado a los desiertos del sureste de Estados Unidos y norte de México, esa fue una de las razones por las que nos habían elegido para el experimento, podíamos mantenernos hidratados a base de semillas (que guarda-

mos en los carrillos) e incluso entrar en un estado de topor para conservar la energía; pero sobrevivir en tales condiciones podía ser difícil, había depredadores y sequías particularmente largas en las que era prácticamente imposible conseguir alimento.

—Así que es mejor convertirse en cobaya.

Me hizo gracia el insulto velado. Sé que la voz en mi cabeza usaba el término como ‘ratón de laboratorio’ y que no me había llamado cuyo o conejillo de indias, otro de los mamíferos del orden *Rodentia*, más propio de América del Sur, con el que tenemos en común la manía de llenarnos la boca de comida inflando los cachetes, aunque ellos pesan demasiado para los viajes espaciales.

—Pero este no es un viaje de placer —dijo inmiscuyéndose en mis propios pensamientos—. Al volver te sacrificarán por sobredosis anestésica para realizarte una autopsia. Sólo les interesa analizar los efectos de los rayos cósmicos HZE en tu cerebro y ojos. Van a extraer el implante de policarbonato y nitrato de celulosa para estudiarlo. Hay 12 ratones de control siendo disecados en este momento para estudios histológicos en la Universidad de Honolulu y otros 17 en Pago Pago.

Pensé en mis 29 congéneres, idénticos en todo a nosotros 5 pero sin la fortuna de haber viajado al espacio. Recordé lo que había dicho la voz en mi cabeza poco antes: “Vaya que ha sido una aventura. Lo más lejos que haya estado un ratón de la Tierra”. Y ellos, pobres desgraciados, ni siquiera se habían ganado sus alas ni les habían dado un nombre de cariño los astronautas humanos.

—Fee-fi-fo-fum, huelo los huesos de un inglés. Vivo o muerto, haré harina con sus huesos.

Al escuchar el verso me paralicé de miedo, con tan mal tino que los dedos abiertos se soltaron de la red en el contenedor y comencé a flotar libremente, el pelo del cuerpo se me crispó y aun cuando estaba toda temblorosa era incapaz de moverme.

Los astronautas mientras tanto comenzaban la maniobra de descenso del módulo lunar. Podía escuchar su conversación en la radio y me imaginé al gigante que hablaba en mi cabeza aplastándolos contra el regolito con un garrote del tamaño del cohete Saturno.

Intenté pensar en cómo evitar la catástrofe de un alunizaje duro.

Tal vez si yo hablaba con esta entidad podría convencerle de que los humanos no eran tan malos, sólo que no encontraba ningún argumento. Desde los inicios de la historia, cuando comenzaron a acumular grano, les dio por adorar a Bastet como protectora de sus hogares y sus templos; pero ¿de qué mal los libraba la diosa del amor y la armonía, enojados sus gatos en oro y lapislázuli?

—Fee-fi-fo-fum...

Y mucho antes de eso, en el Eoceno, cuando el asteroide extinguió a los grandes saurios, humanos y ratones compartían un último antepasado común, un mamífero euterio del que ambas especies heredaron genes comunes.

Fue eso lo que llevó a Clarence Cook a crear una variedad específica de ratones C57BL, y antes de él fue William E. Castle quien probó la genética mendeliana cruzando distintas variedades durante generaciones. Castle no era mal tipo, cuando se trasladó a la facultad de biología aplicada, no lejos de Cambridge, cedió un gran espacio para que sus ratones estuvieran a gusto.

Pero tenía que haber algo más que una granja cómoda para criar ratones de laboratorio, pero qué.

—...haré harina con sus huesos.

Harina para hornear pan, grano para moler harina, trigo para cosechar grano.

—¡Detente! —chillé con toda la fuerza de mi voz— Los humanos no son distintos de ti ni de mí.

—Phooey, te daré una sola oportunidad para probar tu punto. Si me convences, dejaré a estos alunizar, hacer sus experimentos y volver a casa. Pero si no, arrojaré su Luna contra la Tierra y acabaré con ellos.

Asentí, otra vez asida a la red en mi contenedor. Sabía que la voz en mi cabeza no era tanto un gigante sino un ser sublime y aterrador, uno con muchas bocas y ojos, capaz de arrojar el satélite y acabar con el mundo en una explosión resplandeciente como mil soles.

Dando eso por sentado, me aclaré la garganta y comencé mi exposición.

—No hace mucho, en el Instituto Nacional de Salud en Bethesda, el doctor John Calhoun comenzó una serie de experimentos donde ponía unos pocos ratones en un hábitat con comida ilimitada y sin ningún peligro externo, él estimaba que en estas condiciones la población podría llegar a 5000 roedores, pero nunca sobrepasó los cientos de habitantes. Y eso que a cada experimento hacía el hábitat más sofisticado: tenían habitáculos cómodos, tolvas para alimentar a la vez a muchos más ratones, grandes espacios de recreo... Así que ya puedes suponer lo utópico que llegó a ser este ‘universo’ para cuando llegó al número 25 el día 9 de julio de 1968...

Era cierto, en un área poco menor a 70 pies cuadrados colocaron a 8 ratones de laboratorio, 4 machos y 4 hembras fértiles, de quienes nació la primera generación de ratones en unas pocas semanas. Luego de eso, cada dos meses la población crecía exponencialmente, primero 8 ratones, luego 16, 32, 64...

—Para agosto de 1969 la población ya era de 620 ratones, pero a partir de este punto comenzó la decadencia. Los machos merodeaban por las tolvas de comida para acapararla y las hembras se aislaban a parir hasta que sus hijos las arrojaban fuera del nido cada vez más jóvenes. Los ratones se peleaban entre ellos sin razón y casi todos presentaban cicatrices o heridas abiertas; luego perdieron también las ganas de luchar, se dedicaban sólo a comer y dormir, dejando incluso de cohabitar para reproducirse. En mayo de 1970 nació el último de los ratones en el Universe 25 y a partir de ese momento la población no hizo sino disminuir hasta que pereció la última alma del experimento.

—La utopía se tornó en distopía —concluyó la voz en mi cabeza.

Esta vez no fue necesario asentir, caminé por la red hasta el extremo opuesto del contenedor, donde expulsaba mis desechos.

—El etólogo concluyó que la sociedad había colapsado porque al proveer de todas sus necesidades biológicas a los roedores sólo les había solucionado la situación del cuerpo, pero no había estimulado el desarrollo de su espíritu.

Tras defecar una cagarruta, me solté de la red y floté libremente por el contenedor durante unos segundos. Sabía que había sido tiempo suficiente para que el módulo de descenso Challenger tuviera un alunizaje suave y esperaba haber convencido al Destructor de Mundos de no sacar a Luna de su órbita y arrojarla contra el planeta Terra mientras los astronautas recorrían la superficie en el róver lunar.

—Los humanos creen que los animales no tienen alma, Phooey.

Asentí, pero al no estar sujeta a la red ese único movimiento del cuello me hizo cambiar el vector de dirección y golpear con el interior del tubo de aluminio.

—Yo sé, pero cada vez que observan un destello de inteligencia o creatividad tienden a antropomorfizarlo, sin saber que no son rasgos humanos lo que miran en el otro, sino que se reconocen ellos mismos como animales que han desarrollado esta característica.

—Tienes una mente hermosa, Phooey, pero tu alma es simplemente perfecta.

Y fue entonces cuando me acogió en su seno y al mirarle, vi que no era gigante sino incommensurable.

*

Los animales de laboratorio que NASA envía al espacio oficialmente se designan con un código, en el caso de los cinco ratones de la misión Apolo 17 fueron: A3305, A3326, A3352, A3356 y A3400, aunque los astronautas decidieron apodarlos: Fe, Fi, Fo, Fum y Phooey; los primeros cuatro evidentemente provienen de la historia de “Jack y las habichuelas mágicas”, pero el quinto es una expresión coloquial usada en inglés para denotar disgusto o frustración, una especie de “Bah!” que seguramente eligieron porque les faltó un quinto nombre gracioso.

En el reporte oficial, se establece que uno de los ratones murió durante la misión y los otros cuatro sobrevivientes fueron sacrificados y disecados para estudiarlos. La autopsia no reveló la causa de la muerte y —hasta el momento— los cinco comparten junto con el astronauta Evans dos récords de vuelo espacial entre seres vivos: la mayor cantidad de tiempo pasado en órbita lunar y la mayor cantidad de órbitas lunares recorridas.

Cuento: "Ratón astronauta salva el mundo"

José Luis Ramírez

José Luis Ramírez (Puebla, Pue. 1974). Ingeniero Industrial en Electrónica y estudió maestría en Ciencias de la Computación. Publicado en distintas antologías: Mundos Posibles, Auroras y Horizontes, El crimen como una de las bellas artes Vol.III, Los Mejores Cuentos Mexicanos Ed.2003, Visiones Periféricas, El hombre en las Dos Puertas, Los Mapas del Caos y Silicio en la Memoria. Premio Nacional de Cuento Fantástico y de Ciencia Ficción 1998.



sonámbulo

Edición especial

Ciencia ficción

PRÓXIMA APARICIÓN FEBRERO 2025

